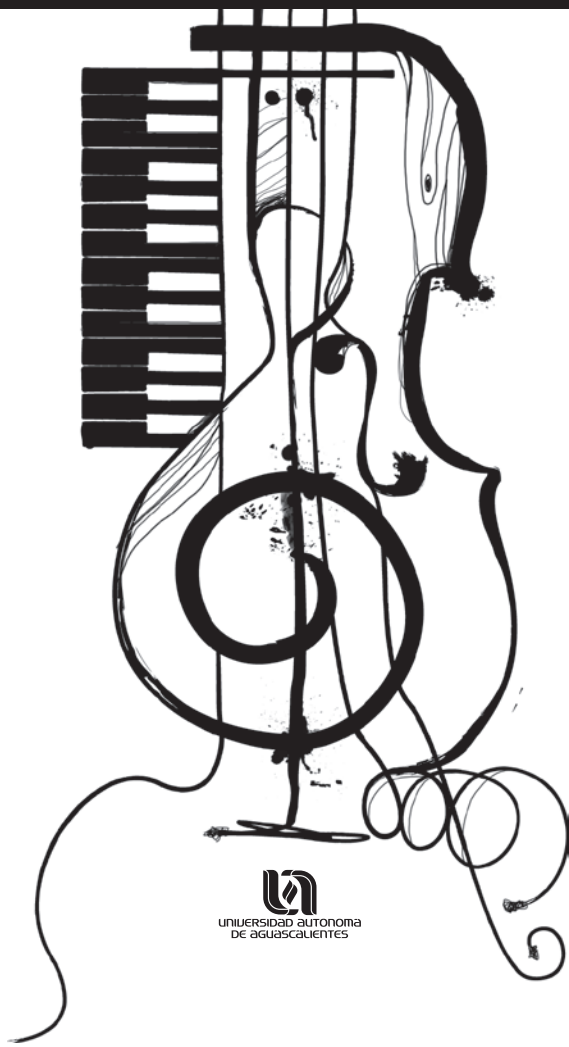


PARTITURAS DEL ÍNTIMO DECORO

Ricardo Orozco Castellanos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

PARTITURAS
DEL ÍNTIMO
DECORO

PARTITURAS DEL ÍNTIMO DECORO

Ricardo Orozco Castellanos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

PARTITURAS DEL ÍNTIMO DECORO

Primera edición 2011

Primera edición 2015 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes

Blvd. Universidad 940

Ciudad Universitaria

Aguascalientes, 20131, Ags.

D.R. © Ricardo Orozco Castellanos

ISBN 978-607-8457-16-8

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

*Dedico este libro a Cecilia, mi esposa.
Y a mis hermanos Celia (I.M.), Carmen, Jesús y Gabriel.
Todos ellos, como yo, viajeros
en los tiempos de Asunción.*

Agradezco a mi casa de trabajo,
la Universidad Autónoma de Aguascalientes,
la oportunidad de publicar este volumen de relatos en ocasión
del XXV Aniversario de la carrera de Letras Hispánicas.
Especialmente, debo gratitud a Ana Belina Escobar Martínez,
por el paciente cuidado de la edición.

ÍNDICE

I. Partituras	15
Serenata sin alientos	17
(Des) concierto de medianoche	25
Nocturno para cuerdas	35
Aria bufa, falso tenor	45
Pieza sola para saxo triste	55
Ensayo rompe de flauta cabezas travesa	67
II. Del íntimo decoro	79
Adagio viendo la nieve caer o los desiertos del amor	81
Sonata en el jardín	111
El clave bien temperado	137

*Yo que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro.*

Ramón López Velarde

I. PARTITURAS

Serenata sin alientos

A

currucada, encogida sobre sí misma, sumida en los pliegues del tiempo, siguiendo el invisible desplazamiento del aire en lentas espirales. No dormida, no, alerta siempre, atenta a mínimos, inquietantes movimientos a ras del piso. Suspendida en sus cavilaciones de animal que ha renunciado a las libertades de la calle, pero también a las innumerables asechanzas de los demonios, Nikita no mueve ni la cola. Apenas la nariz, incesante radar que nadie advierte, le trae los aromas caducos de la cena insípida que nadie comió, los maléficos olores del baño donde casi todos los habitantes de la casa han ido a depositar sus temores oscuros, su maloliente rabia, su angustia incolora. Mudo testigo inmóvil, decidida a no moverse más de ahí, su cuerpo enflaquecido en los últimos años impide el paso entre el comedor y la recámara que solía ser principal. Muñeca de trapo que ya no es compañía de nadie, juguete de nadie, Nikita finge dormir sus sueños de perra feliz.

Inmóvil, enmudecido por propia voluntad, decidido a no moverse nunca más de ahí, su largo cuerpo –jaloneado por la adolescencia voraz de los últimos aciagos años– impide el paso a la cocina. Muñeco de trapo abandonado que ya no es

compañía de nadie, juguete de nadie. Él inmóvil, él mudo, él. Y los demonios en el aire.

En qué momento las discusiones habían subido de tono y las palabras se enmarañaron, se juntaron como engranes descompuestos, sin concierto ni armonía. Cuando los perros rabiosos comenzaron a asediarlo. En qué momento se rompió el delgado hilo de oro del sueño y comenzó la pesadilla que se prolonga sobre los pliegues del tiempo, en las invisibles espirales del aire, y se desborda en los silencios del padre que ha pasado de los gritos a los gruñidos a las súplicas balbucientes a las calladas lágrimas. Nadie puede pronosticar cómo terminará este nuevo episodio, cuándo se callarán esos perros.

La última vez fueron necesarias horas incontables de desesperante negociación para que accediera a salir de su cuarto, para que se dignara comer un plato de sopa. Ahora, pero ya hace tantas horas, ha declarado que no comerá ni beberá, que se dejará morir así, echado en el piso, ovillado, inmóvil y mudo. Horas de horas pasaron, y nadie ha logrado moverlo de ahí. Nikita sigue inmóvil mirándolo con los ojos de su sueño infantil.

El médico de la familia estuvo lentos minutos intentando convencerlo de incorporarse para dialogar con él, para inyectarle serenidad, para al menos mirarle la cara de niño crecido a fuerza. Pero no logró nada. Se negó a contestar el saludo; y si lo oyó fingió no hacerlo. Durante esos largos, acuciantes minutos sólo se escucharon murmullos trémulos de las hermanas menores, un llanto quebrado, vencido, acaso las voces –si siempre ruidosas– ahora asordinadas de Mónica y Mariana, las hermanas mayores. Esos perros ahí, detrás, ubicuos, ladrando, babeando en la espera. Qué será necesario para obligarlo a reaccionar. Por lo pronto, nadie lo sabe. La noche no parece terminar nunca. El suplicio tampoco. Los demonios siguen aquí, detrás de la puerta, asomando sus

rabiosos ojos escarlatas, acechantes, prestos a saltar como un relámpago negro sobre su cuerpo.

Tampoco sabe nadie cuándo comenzaron las pesadillas. Tal vez el día olvidado en que su madre conoció el nombre cierto de su muerte. O la tarde tan presente en que la dejaron por fin descansando en su ataúd, la angustiada tarde cuando tuvieron que desprenderse de aquel cuerpo disminuido, ya sólo cobijado por la tierra, hundido en los pliegues del tiempo, resuelto en las espirales del polvo. Quién podría hoy descifrar los caminos que inventó la enfermedad para adueñarse de él, cómo penetró en su cuerpo atormentado por el duelo la semilla del caos.

Pasó los últimos días de vida de su madre sumido en el silencio, hundido en las almohadas más blandas, durmiendo y durmiendo. Amanecía cansado de dormir. Días hubo en que durmió veinte horas y aún así tenía sueño, un sueño incontrolable, obsesivo y circular. Las fechas comenzaron a ser irrelevantes, las nociones de deberes y quehaceres se fugaron muy lejos de su voluntad. Dejó la escuela, dejó las pocas amistades con que contaba en su edad turbulenta, dejó las aficiones –le gustaba leer novelas de aventuras marítimas– para concentrarse distraídamente en la televisión, el más poderoso de los somníferos, la fuente nutricia de sus fantasías, de sus sueños, de sus pesadillas diurnas. Comenzó a dormir sin tregua, ni siquiera se levantaba de la cama para comer. Mónica le llevaba a veces un bocado que masticaba sin ganas, como quien traga una medicina obligatoria e insufrible. Adelgazó más de la cuenta.

Sólo pasados doce días del funeral, dio señales de vida. Abandonó la cama, se reconcilió con el baño, recobró ánimos para probar algo de comer. Salió a la calle, por fin, luego de aquellas crueles semanas en que sólo la atisbaba por la ventana de su recámara. Volvió a cursar el primer año de preparatoria que había interrumpido cuando decidió dedicarse al cuidado

de su madre, enfermero voluntario por más de cuatro meses. Pero la semilla del caos pronto se convirtió en una planta que crecía tan veloz y disparatada como su propio cuerpo. En un par de años, su situación había empeorado. El médico recomendó consultar un psiquiatra. El padre puso el grito en el cielo: no iba a consentir locos en la familia, nunca. Jamás había aprendido a tolerar las enfermedades ajenas. El periodo final del cáncer de su mujer le había parecido una tortura. Imaginarse ahora al hijo como enfermo mental ya no le parecía soportable. Pasó un año más de negativas y renuencias, mezcladas con frecuentes escenas en que la tensión iba creciendo como un árbol de múltiples raíces que sube seguro hacia los cielos abiertos de la locura.

Él terminó a duras penas la preparatoria. No hizo el examen de ingreso a la universidad, tampoco quiso salir a buscar empleo. Se encerró detrás de los muros de su casa a vivir una vida supletoria, hecha de imágenes de televisión y fotos de revistas. De lado y al margen, su vida transcurrió durante meses en la más absoluta inanición. Pero cada vez más frecuentes, los pleitos de familia. Por las nimiedades más absurdas: una mirada torcida, una mueca de disgusto, una palabra que caía en el caldo de cultivo de los rencores, se desataban batallas campales de insultos, berrinches, pataletas al límite de la epilepsia.

Casi siempre la brutalidad provenía del padre. Con palabras y con gestos y con golpes, según fuera creciendo su cólera, para la que estaba incuestionablemente dotado. Los hijos parecían haberse acostumbrado a esas representaciones en que las voces de todos, siempre chillantes, iban subiendo de tono hasta confundirse en un estrépito imposible de tolerar, en el que no era posible distinguir palabras, cuando mucho tonos más o menos airados, más o menos crueles.

Sus propios gritos los ensordecen, salvo a la insobornable Nikita, que tiene las orejas perfectamente hechas al griterío y

al tumulto. Ya no le importa. Se refugia aburrída en el mismo rincón de la recámara que solía ser principal cuando vivía la señora de la casa.

A últimas fechas el padre ha sustituido las groserías por meras interjecciones, su rabia se manifiesta sin palabras: portazos, gruñidos, puñetazos o coscorrónes, acaso de vez en cuando acompañados de dos o tres incomprensibles y siempre ofensivos adjetivos. Y luego, largos ratos de ausencia que bien podrían confundirse con siestas, acompasadas por la suave respiración, casi silenciosa, de Nikita.

A pesar de que la costumbre borra toda frontera entre lo ordinario y lo extraordinario, lo de esta noche parece el extremo. Nunca antes él había alcanzado semejantes niveles críticos. La primera solución, la que creyeron más a mano fue llamar al médico. Ante el evidente fracaso, el padre no tuvo otro remedio más que aceptar la sugerencia de llamar al psiquiatra que el médico había recomendado. Le llamó varias veces hasta por fin localizarlo.

Se apellidaba Maldonado y era de aquellos psiquiatras que habían contribuido a establecer la profesión en la ciudad apenas quince años antes. Era fundador del hospital psiquiátrico, del que seguía siendo director desde hacía años. Apareció por fin, con su anodina cara de profesional desgastado, sus huesos demasiado visibles y con esa sonrisa absurda que dejaba ver unos colmillos decididamente perrunos. Le bastó una conversación a media voz con Mónica y Mariana –el padre había caído minutos antes en un repentino mutismo, quién sabe si solidario con el del hijo, o simplemente un reflejo, como si se tratara del hermano gemelo de Nikita– para tomar la decisión más drástica: le inyectó como pudo un eficaz sedante, y pidió una ambulancia para trasladarlo al psiquiátrico. Las hermanas palidieron, todavía lloraron, si fuera posible agregar llanto al llanto, pero al fin se rindieron. Él escuchó los ladridos, se estremeció sin mover un músculo, en su corazón cayó un

bloque de hielo. Los ojos bermejos de los perros fue lo último que vio antes de sentir en su brazo los arañazos, en su cuello los afilados colmillos. La última imagen que alcanza a retener, como leve resplandor entre las sombras espesas de su mente, es el rostro casi gris de su madre en el ataúd.

El padre se encerró en su cuarto. Cuando Nikita lo sintió entrar, cerrar la puerta, deshacer las sábanas, arrojar los zapatos, echarse sobre la cama medio vestido, despertó de su vigilia de perra feliz y ladró sin mucho ánimo, segura de que de nada valdrían sus protestas. Y así fue. El hombre sólo pronunció dos palabras, ya sin cólera, ya sin fuerzas, ya sin lágrimas, como un autómata programado para decir: “cállate, infeliz”.

Acurrucada, encogida sobre sí misma, sumida en los pliegues del tiempo, siguiendo el invisible desplazamiento del aire en lentas espirales, Nikita cuida el mal sueño de todos esta noche.

(Des)concierto de medianoche

Debería escribir un informe técnico en los términos usuales, pero no he podido. Además, son las 3:45 de la madrugada, nadie se pone a escribir informes técnicos a estas horas y menos después de lo que ha pasado. Sin embargo, antes de guardar este cuaderno en el cajón más visible del escritorio, he decidido escribir unas notas.

Es que, ¿cómo se cuenta una pesadilla? ¿Y cómo se cuenta un sueño que no es sueño sino la más real de las historias, pero que parece un sueño? Ojalá fuera sólo eso, un sueño del que ya hubiera despertado.

Las últimas semanas han sido pesadísimas, ya no siento lo duro sino lo tupido. Lo que ha venido ocurriendo es de por sí grave; sin embargo, lo peor es que nadie se interesa ni se preocupa. No quiero guardar este cuaderno sin poner en palabras lo que pasó esta noche y que, además de lo ya dicho, es la gota que derramó el vaso, el motivo que me anima a escribir estas notas y a actuar ya, como sea, pero ya.

Me tocó guardia. A las diez hice un último recorrido por el pabellón, sala por sala, como corresponde. No noté nada raro, nada en particular, ni en los pacientes ni en el ambiente. Porque hay veces que uno sospecha algo, tienes la corazonada

de que algo va a pasar. Pero anoche no. Todo normal. Escribí mi reporte y le avisé al velador, que hace funciones de vigilante nocturno, para que hiciera sus rondas cada dos horas como está previsto. Lo encontré en su caseta, acariciando a sus dos perros –no sé como el director se los deja tener aquí– como si fueran dos mujeres que llenaran sus fantasías eróticas cada noche. Escondió la botella de tequila barato que ya llevaba por debajo de la mitad –y apenas eran las diez– y salió a darse por enterado de mi reporte con una mueca de fastidio. “Sí, doctorcito”, fue su respuesta. Lo dijo con jiribilla, malintencionado, fingiéndose solícito, el muy taimado. Sabe que me molesta que me diga “doctorcito”, yo lo siento una agresión, porque en el fondo alude a mi baja estatura, qué carajos le importa si soy chaparro.

Me vine a la oficina para poner orden en mis reportes, en mis libros. Me preparé un café bien cargado porque me esperaban muchas horas sin dormir y, la verdad, el ambiente del hospital no es muy agradable que digamos para pasar la noche de guardia entretenido en algo que valga la pena.

Sin embargo, debo confesar que me quedé dormido. No sé realmente por qué. Siempre he resistido las desveladas con los ojos bien abiertos, desde que era estudiante de los primeros semestres. Pero anoche me quedé dormido. No por mucho tiempo, porque a eso de las doce me despertó el griterío.

Las enfermeras, horrorizadas, dieron la voz de alarma. Y qué bueno, porque ellas solas jamás hubieran podido hacer nada. Ni cómo controlar a ese grupo de salvajes que parecían los protagonistas de una película o los personajes de una novela con sus gritos, sus horrendos pijamas al aire, sus voces de locos sin salvación, sus gestos feroces que pude ver gracias a la luna llena. Ahora que lo escribo, pienso que más de alguno podría haberse convertido en hombre lobo y a mí no me hubiera extrañado, tal como se presentaban las cosas.

No son muchos los enfermos del pabellón masculino, pero juro que anoche me parecían hordas innumerables, un ejército

bárbaro en harapos, una muchedumbre escapada de la peor cárcel del mundo, no sé.

La escena no duró más que unos minutos pero a mí me pareció una pesadilla que duraba toda la noche y aun durante el día. Alfredo, el velador, completamente borracho, trataba de contenerlos a gritos sordos y empujones inútiles. Las enfermeras inmovilizadas. El psiquiatra de turno nunca llegó, como hecho a propósito. Luego de angustiosos minutos de inactividad se me ocurrió la única solución que parecía tener a la mano: la manguera con que se riegan los jardines mal cuidados y raquíticos del andador principal. Entre Alfredo y yo la acarreamos, luego él abrió la llave y yo comencé a disparar el chorro de agua helada como un lanzallamas, sintiéndome de pronto uno de esos odiosos tipos que salen en las películas –un Schwarzenegger cualquiera– aniquilando con sus armas del futuro a cuanto enemigo se les pone enfrente. Pero sólo así pude controlarlos y lograr que uno a uno fueran regresando a secarse en los baños, a acurrucarse ya tranquilizados en sus camastros. A muchos tuve que inyectarles tranquilizantes, afortunadamente las enfermeras me ayudaron y terminamos la faena relativamente pronto.

¿Qué querían con su motín? ¿Escaparse, protestar, “echar relajo”? No lo sé. No sé siquiera quién los puso de acuerdo o si tan sólo fueron como una manada de búfalos que seguían lo que el de adelante estaba haciendo, a lo mejor un sonámbulo que soñaba vivir la película *Atrapado sin salida*. Vaya uno a saber. Pero el susto fue mayúsculo y las dificultades para apaciguarlos no se diga. Todavía hoy, que lo estoy recordando, a casi veinticuatro horas de ocurrido, sigo pensando que fue como un mal sueño que tuve, como si mi conciencia hubiera encontrado esa terrible forma de vengarse de mí porque me había quedado dormido.

No sé la hora que era cuando por fin logramos tranquilizarlos a todos, cuando aparentemente todo quedó en paz.

Si lo anterior me dejó noqueado, lo que ocurrió hoy ya no alcanza adjetivos. Casi me avergüenzo de contarlo, pero bien dicen que el papel lo resiste todo, por eso decidí escribir estas notas en mi viejo cuaderno de anatomía.

Todavía no se me pasa la rabia, que no viene de ayer: viene de hoy, cuando lo platiqué con Bernardo y con Diana. Ella se puso roja de indignación, el coraje se le notaba en el brillo de sus ojos, pero también en los gestos, en ese modo que tiene de mover las manos, de acomodarse el cabello. Propuso que en ese mismo momento nos presentáramos en la oficina del director a exigirle una solución inmediata: que se levantara un acta, sin pretextos. Bernardo, en cambio, es un pinche cobarde; él sólo mira para su santo, tiene miedo de que lo expulsen del servicio social y eso atrase sus planes de obtener el título este mismo año. Es un tipo nefasto, la verdad. Lo que platicamos nos acabó de distanciar, aunque, la verdad, nunca pudimos congeniar. A mí nunca me cayó bien. Desde que lo conocí, aquí en el hospital, me pareció un sujeto creído, pagado de sí mismo, un niño bien que no se quiere manchar la camisa con la mugre que se descubre en cualquier parte a donde uno vaya a hacer el servicio. Y no se necesita ser médico, como yo; ellos, los psicólogos, también tendrían que estar preparados para moverse en la mierda sin que les dé asco. Mira lo que te vienes a encontrar a la vuelta de la primera esquina: un tipo exquisito, un niño bonito que quiere acabar con esta pesadilla lo más pronto posible para instalarse, ya con su cédula profesional enmarcada, en su precioso consultorio, comprado con el dinero de papi, para atender sólo casos fáciles, ninguna complicación, todo tan aséptico como el consultorio mismo. Lo que tienes que ver.

Al final quedamos en que Diana sería como la abanderada de los tres. Como médico residente, soy un poco empleado del hospital. Ellos son pasantes, tienen menos que perder, no están tan sujetos a las órdenes de Maldonado ni a sus caprichos

andropáusicos. Así, acordamos acompañarla, yo como testigo de los hechos de anoche, y Bernardo para respaldarnos. Ella se le plantaría enfrente para acorralarlo, para sacarle sus trapitos al sol. En una de éstas, hasta le reprocharía sus aventuras con María Luisa, la trabajadora social: tan obvios son que ni se cuidan de andarse fajando a la vista de quien sea, en cualquier lugar del hospital, qué poca madre. Diana no se anda con medias tintas, en eso me cae muy bien la chava, es valiente, con la clase de valentía que le da el ser una mujer preparada, inteligente, segura de sí misma, y kilómetros más guapa que la tal María Luisa, por ejemplo.

Como era de esperarse, la entrevista resultó un fracaso. Salimos de la oficina del director con una sensación de impotencia, derrotados y hasta humillados. Diana estaba hecha una furia, sus ojos, de un color entre verde y avellana, normalmente cálidos y brillantes, ahora le brillaban más de cólera, parecían dos mosaicos a punto de saltar de sus cuencas. Resumió lo ocurrido en una sola frase: “Viejo pendejo, qué se cree”. Bernardo, que a la hora de la hora le sacó al bulto, se le quedó mirando según él muy extrañado, preguntándole en silencio qué quería decir y cuál era la conclusión. “Les aseguro que no va a hacer nada, el muy cabrón”, agregó Diana. Jamás le había escuchado dos groserías juntas. Es más, no recuerdo haberle escuchado ninguna antes. No dijo más, no podía, estaba temblando, sobre todo de las piernas, esas maravillosas piernas con que Diosito la premió. Y así, sin decir más, se fue, dejándonos plantados en la oficina de pasantes, con nuestra cara de mensos, como quien mira partir un tren bala que se lleva algúnpreciado bien en sus vagones, algo que nunca podrás volver a ver.

También esta noche fue para no dormir. Apenas habían pasado unos minutos de las doce, apenas había retomado mi cuaderno para escribir el borrador del informe que me pidió el director,

aunque de sobra sé que no servirá de nada, cuando Yolanda, la enfermera más novata, recién egresada de la escuela, vino a buscarme: no podía ni hablar la pobre, tartamudeaba, manoteaba para darse a entender. Quería que fuera de inmediato a la sala C, donde había ocurrido algo que ella no lograba explicarse, a juzgar por la expresión de sus negros ojos desorbitados. Cuando llegamos allí, tuve que rendirme a las evidencias: Basilio Reyes y otros cinco o seis pacientes –yo no los llamaría así, porque no son realmente enfermos psiquiátricos, los trajeron aquí por mariguanos, teporochos, indigentes, lo que sea– se las habían ingeniado para cortar la luz y deslizarse como verdaderos delincuentes, al fin muchos de ellos lo fueron o lo siguen siendo, hasta esa sala, donde está internado desde apenas hace unos días Gerardo, un muchacho de no más de veinte años, al que nos trajeron con una crisis de pronóstico reservado. Quién sabe cómo llegaron hasta allí, en la oscuridad, burlando la supuesta vigilancia de ese par de enfermeras tan nerviosas, seguramente por el extraño espectáculo que acababan de presenciar. Quién sabe con qué agallas, movidos por una necesidad tan antigua como el hombre –más que una necesidad sexual, yo diría un hambre de violencia, una sed animal que no se sacia bebiendo toda el agua del mundo–, con qué astucias lograron llegar hasta la cama de Gerardo y lo violaron allí, en presencia de los otros pacientes de la sala, impunemente. Cómo acallaron los gritos del muchacho, quién sabe. Cómo, después de lograr su propósito bestial –aquí la palabra está muy bien empleada, aunque yo parezca redactor de *Alarma*–, salieron de allí sin ser vistos, aunque Yolanda asegura que los lideraba Basilio, peligroso como una bomba a punto de estallar. Alfredo, el velador, dijo luego que no vio nada, que todo le pareció normal cuando por fin pudo restablecer la corriente. Eso es increíble, que se lo cuente a su abuela, ni quién se lo crea. Es evidente que el director le dio órdenes de callarse sobre cualquier cosa de lo

que está ocurriendo últimamente. Y ante la magnitud de estos hechos, lo más probable es que no abra la boca para nada.

Lo que no puedo entender es la simplicidad infantil, la lógica implacable con la que Basilio me contó su historia cuando lo interrogué: “Teníamos ganas –me dijo– y como no se puede entrar al pabellón de las mujeres, pues desquitamos las ganas con ese muchachito que tiene cara como de niña el angelito, usted lo vio”. Lo que ellos no vieron, carajo, fue cómo la cara del “angelito” se convirtió en el rostro del terror. Tantas películas gringas de sangre que he visto, tantos cadáveres que examinamos en el anfiteatro del hospital universitario, y nunca había visto una cara así, como la de Gerardo cuando fui a atenderlo. Y eso que ya habían pasado no sé cuántos minutos del “incidente”. Me pasó lo que nunca creí: no pude contener las ganas de vomitar y tuve una arcada allí mismo, en la sala C, no alcancé a llegar al baño. Era una visión del más allá, sin exageración. Ahora que lo escribo han pasado horas, pero todavía se me erizan vellos y cabellos, se me espantan los poros, se me acalambran los testículos, siento como si me hubieran dado un gancho al hígado y una bola de plomo que me oprime el estómago.

Si el muchacho se agrava habrá que llamar una ambulancia –en casa del herrero..., aquí ni ambulancia tenemos– para llevarlo al Hospital Civil. Temo que su débil organismo no aguante más y reviente muy pronto. Me resisto a escribir ahora con términos técnicos, eso lo haré en el informe oficial, pero igualmente me cuesta trabajo describir el estado en que quedó. Siento que en cualquier momento volveré a vomitar, no quiero arruinar el cuaderno, no quiero recordar, pensar, me sigue dando escalofríos. Esto es puro horror, simplemente. Para qué más palabras.

Nocturno para cuerdas

Y

cuánto tiempo lleva ahí, acunada en la inmensa cama que cada vez le parece más ancha y más ajena. Bajo el dosel de caoba, rodeada de mullidos cojines y almohadas suaves que no ha dejado de humedecer con sus lágrimas. Sobre el edredón cálido, relleno de plumas de ganso, Diana se ovilla porque siente frío, un frío polar que viene del Norte perdido de su vida. Lloro sosegadamente la coda de un prolongado llanto. El sismo de su corazón ocurrió hace un rato, ahora vive las réplicas cada vez más leves, más espaciadas, menos abruptas. Pero no deja de llorar y en su mente se agolpan feroces tantos recuerdos hirientes, como dentelladas caninas sobre una piel desollada. Cada nuevo recuerdo es una gota de alcohol sobre la carne viva. Y el círculo recomienza y los sentimientos se sobreponen indistintamente mezclados, como en una bebida espesa que ya no sabemos si es dulzona o amarga, si nos hará felices o nos causará la resaca más atroz.

Siempre hay una gota que colma el vaso. Pero no siempre distinguimos en qué momento el vaso se está colmando y si vale la pena romperlo, derramar el ácido sobre la alfombra de los días sin sabor. Diana acumuló por años una capacidad de pozo sin fondo para contener tantas amarguras, tantas aguas

turbias, tantas saladas lágrimas, que no podría distinguir si, en efecto, el vaso se había colmado, si la gota de hoy era de verdad la última que soportaría.

Hace ya rato que Humberto fue a dormir en el sofá, y si es que el sueño pudo dominar su furia, a estas horas debería estar roncando como un maldito –quisiera Diana creer–, tal como roncán los que no tienen cargos de conciencia. Aguza el oído para tratar de escuchar la respiración bronca del marido, sumido en sus malos sueños, así lo desea ella, retorciéndose en los remordimientos, que suelen doler como los reumas más arteros, que nos despiertan con un sabor insufrible en el esófago semejante al que causan las agruras que Humberto padece desde hace años. Alcanza a percibir un ronquido desacompañado, sin silbidos, característico de los hombres que duermen solos. Y entonces Diana decide encerrarse en la habitación. Sabe que en unas horas más, él querrá bañarse, rasurarse, lavarse los dientes, vestirse para ir a trabajar, y ella no está dispuesta a dejarlo entrar. Por eso cierra con llave y se dispone finalmente a intentar dormir, más que nada para ya no pensar, para cortar el llanto que sigue fluyendo como de un pozo inagotable. Maquinalmente se coloca el pijama, y encima su bata de satín color borgoña, aquella que más entrañable le resulta. Se limpia parsimoniosamente la cara enrojecida, inflamada por el disgusto, los párpados hinchados de llorar, los labios doloridos de tanta palabra no dicha, de los insultos que se guardó y ahora crecen en su garganta igual que tumores dañinos. Cuando al fin decide convocar, sin demasiada convicción, al sueño que no podrá restablecer sus energías agotadas, oye un leve toquido en la puerta. Teme que sea Humberto, en una más de aquellas insólitas vueltas de tuerca, una de esas escenas intolerables de arrepentimiento que suelen suceder a sus arranques de ira, uno de esos momentos de debilidad apabullante que terminan en gestos consabidos, en súplicas de perdón que ella se sabe de memoria. Esta

vez se ha prometido mandarlo al diablo. “A la chingada”, se sorprende balbuciendo ella misma, “a la chingada”. A punto está de levantar la voz para escupirle justamente esas palabras: “vete a la chingada”, cuando repara de pronto en que sus hijos la pueden escuchar y un pudor de última hora paraliza su garganta. Tímidamente pregunta: “¿quién?”

“Yo, mamá”, le contestan desde el otro lado de la puerta como si fuera del otro lado del mundo. Un eco imperceptible le llega tan adentro que parece abrir las compuertas del llanto, nuevamente, como si el depósito de la pena se hubiera recargado repentinamente. “Entra”, suplica en vez de ordenar, como hubiera hecho en cualquier otro momento.

Su hijo, que se llama Humberto, como el padre, tiene quince años, una excepcional inteligencia, una timidez invencible, una rebeldía que comienza a brotar apenas como hiedra que mañana poblará un jardín cerrado. Esta noche su padre lo ha golpeado en una maniobra que estaba destinada a Diana. Ella era el objeto de la rabia del hombre, pero el hijo se interpuso a tiempo de recibir un puñetazo que le dejó una aureola violácea en la mejilla, marca de ignominia que alimenta su rencor, estigma de mártir que el muchacho necesitaba para dar cauce a su inusitado odio contra el padre.

Ambos lloran por unos minutos, dejando correr la cinta de los agravios que comparten desde hace tiempo. Se abrazan, confunden la sal de sus lágrimas y sorben la nariz en un acorde desolado. Sus palabras suenan como si salieran de la bocina escondida de un radio. Y ellos parecen intérpretes borrachos de canciones tortuosas. Al cabo, conversan en voz muy baja, haciendo largas pausas para calmarse mientras se pasan el dorso de la mano por las cuencas de los ojos.

El diálogo concluye cuando con una inflexión decisiva, para ella misma desacostumbrada, extraída de los rincones de su fuerza perdida, Diana le anuncia: “lo voy a dejar. Esta vez sí lo dejo. Te lo juro.”

Ese mismo día, Diana puso en obra la decisión asumida en la madrugada delante de su hijo. Habló con dos de sus hermanos para comunicarles lo que pensaba hacer y al mismo tiempo pedirles ayuda. Necesitaba encontrar una casa para ella y sus hijos, necesitaba hallar el modo de revelar todo a su madre sin causarle un daño irreparable. Necesitaría hacerse cargo de sus hijos sin pedir un centavo a Humberto, no quería rebajarse, ni doblegar el orgullo renacido desde la noche anterior. Necesitaría un nuevo trabajo que complementara sus ingresos, insuficientes como los de cualquier profesor universitario.

Durante mucho tiempo, Diana se había refugiado en la universidad, en sus clases, como el único asidero a una barca que se iba quedando cada vez más lejos de la orilla. Su familia, su matrimonio, eran un bote a la deriva, que amenazaba cada día con encallar. Los libros, los estudiantes, las conferencias y cursos, la mantenían ligada a ese otro mundo del que nunca quiso desprenderse, ella que siempre había sentido como genuina su vocación. Había sido la mejor alumna de una generación recordada por muchos maestros como brillante. Había obtenido el título de licenciatura con halago de sus sinodales, que le auguraban el mejor futuro profesional. Casi simultáneamente había comenzado una maestría en diversas clases de terapias en boga por aquellos años. Tuvo que trasladarse fuera de Asunción para cursar el posgrado porque en la universidad estatal el desarrollo académico era raquítico. Al término, le fue fácil encontrar ubicación como maestra, sus antiguos profesores la arrojaron en sus primeros pasos, todavía cercano estaba su prestigio de cerebro privilegiado en la carrera.

Pero lo que realmente ambicionaba era convertirse en terapeuta, empujar en ese campo, porque por entonces unos cuantos psiquiatras no siempre bien formados constituían el exiguo *quorum* del colegio de la ciudad. Y era un grupo cerrado, obtuso, incapaz de aceptar la multiplicidad de

enfoques de la psicología moderna. A Diana le interesaba particularmente trabajar con adolescentes. Pero durante los siguientes dieciocho años tuvo que restringirse al ámbito claustrofóbico y exquisito de la academia. De la biblioteca a las aulas, soportando malamente las soporíferas reuniones departamentales, batallando con las antiguas rencillas entre colegas y haciendo amistades nuevas, viendo pasar una y otra generación de estudiantes, cada vez más mediocres, cada vez más desinteresados de los verdaderos problemas, cada vez más iletrados e insensibles, transcurrieron esos años en los que Diana sentía marchitarse sus ilusiones, apagarse el fuego de su deseo de aprender, achatarse las puntas de su talento, hundirse en el pozo de la indiferencia la ambición de servir a otros.

A Humberto lo conoció en la Universidad de Occidente, a donde había ido a realizar los estudios de posgrado. Era un estudiante no precisamente destacado, que realizaba una maestría en Administración como lo podría haber hecho en Aeronáutica: sin el más mínimo interés. Sin embargo, era el tipo de hombre que Diana descubrió que más le interesaba, al menos en ese momento. Alegre, desinhibido, simpático y dicharachero, muy bien plantado en sus intereses personales, hábil para hacer fortuna, y hasta bien parecido, lo que no dejaba de llamar la atención de Diana, aunque declarara lo contrario, quizá movida por un esnobismo muy propio de las muchachas bien educadas, como ella, en las convenciones de su pequeña ciudad.

Los primeros años significaron una prolongada e intensa luna de miel. Tuvieron sólo dos hijos varones, no obstante que Diana había pensado en cuatro o cinco. En ello comenzó a hacerse sentir el extremo egoísmo de Humberto. No se había tratado de cuidar cuestiones económicas, el dinero no dejaba de fluir gracias a las habilidades plenamente demostradas por él para multiplicarlo. Había sido, simplemente, tacañería

emocional: un deseo de posesión exacerbado, que se desbordaba cada día más. No quiero a nadie más, no quiero que nos interrumpen, no quiero compartirme, no quiero ver que ames más a otros, aunque sean tus hijos. Sólo te quiero a ti.

Al principio, semejante demostración de cariño, tan excesiva como sospechosa, no incomodó mayormente a Diana. Mientras los hijos todavía eran niños, no le dio mucha importancia. Pero cuando crecieron lo suficiente para reclamar un espacio propio en la familia, cuando fueron lo suficientemente mayores para advertir los extremos de egolatría a que había llegado Humberto, Diana se encontró de golpe con una tensión explícita, creciente, un tumor al principio insignificante que un buen día descubrió mayúsculo y maligno, disperso. No había cura posible, el cáncer iba a estallar en cualquier momento. Ella lo supo a tiempo, pero la solución no podía ser puesta en práctica. Su talento para ayudar a otros había sido sistemáticamente soterrado hasta convertirlo en un deseo larvario, imposible de sacar a la superficie. Las peleas fueron haciéndose más frecuentes. Humberto se mostraba absurdamente celoso hasta en detalles mínimos. Le prohibió, literalmente, acudir a las reuniones sociales con sus colegas del Departamento. Estuvo a punto de prohibirle que siguiera dando clases, que estudiara, que asistiera a cursos. Tanto tiempo hacía que ella había renunciado a salir de la ciudad en busca de novedades académicas, ni siquiera para hacerse de libros, que eran su único alimento espiritual.

Insensiblemente, las discusiones degeneraron. Si al principio ocurrían en la intimidad clausurada de la alcoba, ahora se habían trasladado al espacio abierto del comedor, delante de los niños, para mayor contrariedad de Diana. Humberto no reconocía límites, su soberbia había alcanzado las fronteras de la tiranía. Mientras sólo ella había resultado víctima de aquellas escenas repetidas y cada vez más humillantes, Diana había aguantado todo: insultos mordaces, reproches sin

motivo, palabras de plomo que el marido dejaba caer como balas certeramente dirigidas, noches sin besos ni miradas, ni un “buenas noches”, mucho menos la caricia habitual y, claro, muchísimo menos el sexo, que había sido el lujo de sus primeros años. Humberto sabía hacer el amor con gracia de virtuoso, pero en los últimos dos años, ella había perdido la ilusión de volver a tener un encuentro como aquellos, tan sólo un rato que recordara un poco los ratos indecibles en que sus cuerpos se conjuntaban en la más perfecta armonía que pudiera imaginarse.

Sus hijos habían pasado de testigos a protagonistas. Y eso a Diana le agotó las fuerzas para pelear. Humberto los trataba justamente como si no fueran sus hijos, como si no hubiera cooperado con su semen en antiguos trances de amor para hacerlos nacer. Se comportaba con ellos como si fueran extraños, intrusos, enemigos. El maltrato crecía y Diana no creía tener las agallas para cortar de raíz aquel drama que amenazaba convertirse en tragedia. En el fondo, seguía prendida la llama de su deseo, y al igual que tantas mujeres sojuzgadas por el monstruoso peso del deseo sexual, abrigaba la estúpida esperanza de ver un día el milagro del cambio. Su cerebro le decía claramente que Humberto no cambiaría jamás, que bajaba en un tobogán de perversión y nada podría detenerlo. Pero sus entrañas le susurraban aún palabras deshilvanadas de deseo: volverá, él volverá, lo haremos volver, ésta es su casa, ésta es la hoguera que requiere en sus noches, ésta la cueva donde vendrá a refugiarse, la cuna donde quiere dormir.

La noche anterior, Humberto la había cubierto de insultos delante de sus hijos. Y cuando pasó de las palabras a las manos, su hijo sacó el coraje de quién sabe qué rincón de su cuerpo esmirriado para detener el brazo agresor, llevándose una serie de humillantes puñetazos. Luis, el hijo menor, no podía creer lo que veía. Cuando las aguas bajaron de nivel, Diana hubo de trabajar largamente para calmarlos. Acostó a los dos

en la recámara del mayor y esperó a que Humberto sacara sus cosas para dormir en el sofá, como acostumbraba luego de escenas torturantes como aquélla. A la mañana siguiente, mientras trataba de reunir fuerzas para dar su última clase del día, acomodando libros ya acomodados en su cubículo, la secretaria del Departamento la distrajo unos momentos para comentarle la novedad: Bernardo Meza había sido nombrado director general de un nuevo centro (no se acordaba bien del nombre pomposo de la institución recién creada). “¿Cómo ve?”, concluyó la muchacha, que bien percibió la tristeza casi habitual en los ojos de Diana.

“¿Que cómo lo veo?” se dijo. Mal, obviamente. Meza era, seguía siendo, un imbécil, un ignorante que pasaba por sabio, un mercader de la profesión. Pero Diana lo pensó un poco más y se encendió una débil luz en su cerebro agitado. “Voy a pedirle trabajo a ese tipo, no hay remedio”.

Aria buffa, falso tenor

omo se acostumbraba todavía en esos tiempos, su padre lo acompañó el día en que fue a pedir la mano de su novia, Araceli de Alba.

Todo el día estuvo nervioso, se cambió por lo menos dos veces de traje, incluidos los calcetines, los zapatos y la corbata. La cita había sido fijada, en un estilo muy propio de los padres de Araceli, hacia las ocho y media, lo que bien podría significar que lo esperaban a las nueve. Pero Bernardo estuvo listo desde las siete, comiéndose las uñas, repasando la línea del peinado una y otra vez con insistencia maniática. Evidentemente era vanidoso, su madre se lo había reprochado muchas veces, no es bueno que los hombres sean así, y menos él, un psicólogo que debería controlar sus emociones y moderar ciertos excesos del temperamento.

Sin embargo, su padre, que no hacía caso de esas nimiedades, lo había incitado a que se presentara ante los padres de la novia impecablemente vestido, que los impresionara desde el principio con su porte, con su educación.

—Tú tienes clase, ellos tienen dinero. Dinero tú vas a llegar a tener, qué duda cabe. Pero ellos nunca van a tener clase, te lo aseguro. Entonces, eres tú el que le hace un favor a la muchacha casándote con ella, la vas a elevar de categoría.

Bernardo, de todos modos, estaba nervioso. Cuando llegaron a la residencia ostentosa de los De Alba, construida en medio de un inmenso *green* del campo de golf, justo en el mejor punto del fraccionamiento Rincón de las Arañas –le habían dejado el ridículo nombre que tenía el predio cuando sólo era un suburbio ejidal de la ciudad–, Bernardo sudaba copiosamente, a pesar de que la noche de octubre era fresca. Le imponía mucho respeto la figura del futuro suegro, porque no parecía sobornable con sonrisas, con palabras cándidas o intencionadas dichas a media voz, tal como había seducido a la hija. Don Rigoberto de Alba era un emigrado del campo, un rancharo enriquecido y astuto como el que más, ahora metido a comerciante, tan próspero en los negocios como lo había sido en sus propiedades rurales. Era, a no dudar, un hombre directo y bronco, con un estilo que a Bernardo le disgustaba profundamente porque no encontraba la fórmula para atajarlo, para contestar oblicuamente sus preguntas punzantes, incisivas, que le lanzaba al cuerpo como quien devuelve una pelota rápida en el tenis, o como una bola salvaje lanzada con mala intención por el *pitcher*. Bernardo preferiría, claro, la primera comparación –porque era un aficionado cada vez más consuetudinario al tenis– que la segunda, la que mejor acomodaría a don Rigoberto, fanático a morir de los Diablos Rojos y de los Dodgers de Los Ángeles, el equipo de sus sueños, donde un mexicano simpático y rechoncho había armado una revolución lanzando bolas a velocidad increíble con la mano izquierda, mientras parecía elevar oraciones al santo de su devoción para enviar las endemoniadas curvas que dejaban viendo visiones a los mejores bates de las Ligas Mayores. Bernardo se sentía incómodo en presencia de ese hombre iletrado que acostumbraba cargar pacas de billetes especialmente verdes en el bolsillo, desnudamente, en vez de usar una cartera decente con las imprescindibles tarjetas de crédito. Pero había conquistado con lujo de facilidad, con

su verborrea imparable, con sus gestos grandilocuentes, con su mirada estudiada, con sus maneras aristocráticas –como de un noble arruinado– que había aprendido en películas, a aquella chica recién egresada de la Normal –no de la Normal del Estado, afortunadamente, sino de la carrera de educadora que había cursado en un sacrosanto colegio de monjas–, hermosa y sencilla como flor del campo (si la cursilería de la descripción, inadmisibile hasta para el propio Bernardo, que carecía por completo de sentido poético, cabe en el caso de la futura señora de Meza).

Apenas hechas las presentaciones de rigor, apenas sentados en los sillones de la sala, finos y caros pero indudablemente incómodos, apenas la madre de Araceli hubo hecho el ofrecimiento de algo de tomar, don Rigoberto pasó al ataque.

–A ver, muchacho, ¿piensas dedicarte el resto de tu vida a cuidar locos?

Servicio as. Bernardo no estaba preparado para una pregunta así. Arqueó las cejas, frunció los labios en una mueca de estupor y no contestó nada. Sólo volteó a ver a su padre, suplicando en silencio que lo sacara del primer atolladero.

–No, no, no, don Rigoberto –terció de inmediato el padre de Bernardo, acudiendo en su ayuda–. Hoy en día los psicólogos tienen mucho campo de trabajo, y además no todos sus clientes están, digamos, locos. Hay de todo.

–Está bien. Yo nomás decía. A mí me basta con que el muchacho sea gente responsable, trabajador, buen católico. Lo de más, Dios dirá.

Bernardo pasó la prueba no sin dificultades. Se vio obligado a mejorar su servicio, sus voleas, los reveses y, sobre todo, las devoluciones a bote pronto, que eran su principal problema tanto en el tenis como en el trato con su suegro. Después de la boda, sus habilidades camaleónicas comenzaron a rendir frutos. Se ganó la confianza de don Rigoberto, imitando

sus gestos, sus palabras, siguiendo el curso directo de su pensamiento, aprendiendo primero a pelotear, luego a devolver las bolas cada vez con mayor potencia, en la medida en que la confianza en sí mismo se lo iba permitiendo.

Aprendió a hacer negocios, a mirar su profesión también como un posible negocio. El consultorio que había montado con ayuda de su padre no era la gran cosa, pero una inyección inesperada de recursos por parte del suegro transformó el pequeño despacho al tal grado que en pocos años Bernardo pudo rentar un edificio completo y subarrendar oficinas para abogados y contadores y consultorios médicos. En el mejor lugar colocó su nuevo consultorio, engalanado con su título y con los diplomas que iba consiguiendo por aquí y por allá, mediante asistencia a cursos de dudosa calidad; a veces, incluso, su asistencia era lo dudoso, porque se las ingeniaba para que el instructor, abrumado por el cúmulo de explicaciones mentirosas que Bernardo exponía con frialdad inigualable, compadecido tal vez o harto de la pegajosa palabrería conque aquél solía acompañar sus disculpas, terminara por otorgarle la constancia, a pesar de que jamás realizaba las lecturas o las investigaciones que le exigía su menguada honestidad.

Así fue haciéndose de prestigio en un medio y en una ciudad que no se preocupaba mucho por la autenticidad académica de sus conocimientos, que más bien se guiaba por la fama pública y hasta por el lujo de las instalaciones y el elevado precio de las consultas, siguiendo la estúpida consigna de que “si cobra caro, es bueno”.

Llegado el momento, y ya como respetable padre de familia de cuatro mujercitas que habían salido bien libradas de las trampas de la genética –tenían los rasgos de la belleza campirana y el carácter apacible de su madre– hasta donde podría observarse mirándolas en las fotos que Bernardo había colocado en lugares visibles de su elegante librero de

nogal donde envejecían tantos libros nunca repasados, decidió incursionar en negocios que compensaran el aburrimiento doméstico de su esposa. Araceli hubiera querido ejercer su profesión de educadora, al menos por algún tiempo, pero se halló ocupada en embarazos y partos tan frecuentes que no hubo respiro ni momento de tregua para pensar en ello. Pasados diez años de matrimonio, sin embargo, sintió el deseo de salir un poco de casa, de ver otros paisajes humanos además de sus amigas y vecinas. Por consejo de don Rigoberto, Bernardo abrió un jardín de niños con salón de fiestas anexo. Su mujer se encargaba a medias de administrarlo, contrataba a las educadoras, lo promovía entre sus amigas, la mayoría de las cuales vivían en la misma isla –cada una en su propio Rincón de las Arañas– y se movían en el mismo círculo protector: las mismas escuelas para sus hijos, las mismas tiendas, el mismo club; hasta los mismos hoteles en las mismas playas cuando iban de vacaciones.

Los negocios florecieron como florecieron sus hijas, al amparo de don Rigoberto, que era su *coach* de picheo, su entrenador personal. Bernardo descubrió muy a tiempo los puntos flacos del suegro y, por lo tanto, pudo sacar amplia ventaja de ello. Como él, Bernardo había fabricado una imponente fachada de respetabilidad para su vida. Detrás de los muros se escondían los rincones oscuros, pero uno no invitaba a nadie a esos desvanes llenos de cachivaches, era de mal gusto llevar a las visitas a conocer los telebrejos que guardamos en la buhardilla: las bicicletas descompuestas, los bancos de gimnasio que abandonamos por la pereza de hacer ejercicio, las sillas rotas, las muñecas estropeadas por las hijas, los juguetes que ya nadie quiere, los zapatos que nunca quisimos regalar por pura tacañería, los espejos estrellados que no reflejan ya nuestro rostro verdadero o que quizá denuncian nuestro verdadero rostro. Así es que Bernardo y el suegro eran como *pitcher* y *catcher*, como pareja

de dobles campeones de Wimbledon: se entendían a las mil maravillas, se comunicaban los secretos para atraparse el uno al otro en la red de las complicidades más sórdidas, se daban consejos útiles para enfrentar a las esposas en los momentos críticos cuando ellas –desprevenidas o ingenuas, pero no tan tontas como parecía– descubrían las traiciones, las groseras infidelidades, las juergas que terminaban en vergonzantes orgías, a veces casi en sus narices. En esos momentos había que exhibir los mejores trucos: el *passing shot* o el *cambio de velocidad* engañoso y certero. Estaban convertidos en el doble de sus ídolos: John McEnroe, Fernando Valenzuela.

Finalmente, los últimos años trajeron mejores regalos, si tal cosa fuera posible de aceptar considerando que todos los años –ya casi veinte– desde el matrimonio con Araceli habían transcurrido en la mayor bonanza. Al gobierno del estado había llegado, apenas hacía unos meses, un negociante, compadre del alma de don Rigoberto, amigo de amigos –donde los haya–, compañero de ideales –ambos militaban sin militar en el partido que había recuperado a la gente decente para gobernar el estado–, colega de las mejores causas –ambos eran Caballeros de Colón y Rotarios–, espejo suyo en tantas cosas: los dos eran íntimos del Arzobispo, por ejemplo, y seguían sus sabios consejos en materia de moral pública, aunque en privado preferían confesar sus pecados de modo más humilde. Así las cosas, el nuevo mandatario no tardó en invitar a don Rigoberto a colaborar en su gobierno. El compadre se negó, pretextando inconveniencias de la edad, algún achaque reciente, pero más que nada la necesidad de atender sus negocios más de cerca que nunca.

–Del plato a la boca se cae la sopa, compadre– le había dicho al gobernador. –Yo prefiero seguir siendo comerciante, es lo único que sé hacer, para qué me hago pendejo. ¿No cree?

Pero un fogonazo iluminó su cerebro mientras buscaba las palabras para no herir la susceptibilidad del amigo que generosamente lo hacía partícipe de la Gran Obra.

–Prefiero que invites a mi yerno, compadre, ése sí es aguzado, ya lo conoces.

Don Rigoberto sintió el repentino temor de que la última frase hiciera recordar al prohombre la profesión de Bernardo, podría ser una indelicadeza, sobre todo si se toma en cuenta que alguno de los hijos del compadre había pasado discretamente por el afamado consultorio.

A la semana siguiente, Bernardo Meza, cuyo prestigio había pasado del diván de psicólogo a las cámaras de televisión y a los micrófonos de la radio, repitiendo las mismas gastadas fórmulas de tantas otras estrellas del espectáculo seudo científico, fue nombrado Director General de una nueva institución: el Centro de Atención Psicosocial, con la idea de dar por muerto al antiguo Hospital Psiquiátrico, en el que el mismo Bernardo había prestado su servicio social y que ahora resultaba por lo menos obsoleto.

En las nuevas oficinas, improvisadas en lo que fuera un museo del Centro Histórico en tanto se construía el flamante edificio, Bernardo se sintió a sus anchas. Contrató a la secretaria de mejor ver –no importó si sabía leer y escribir–, dispuso una batería de modernos teléfonos y comenzó a despachar.

Dos semanas después, comenzaron a llover las solicitudes de empleo en la nueva institución. Bernardo no se dignaba estudiarlas. Para ello tenía un jefe de personal. Pero algo llamó su atención en la agenda que le preparaba su secretaria todos los días. Una mañana los nombres que aparecieron en peticiones de cita consecutivas le eran lejanamente conocidos. Le pareció recordar, además, que ambos tenían algo que ver con su pasado, aquellos tiempos que le avergonzaba recordar, aquel pasado anterior a su actual celebridad. Se llamaban ¿Porfirio qué? y Diana –creo que– Ruizvelasco.

Pieza sola para saxo triste



1 día en que sepultamos a mi madre, después de los últimos angustiosos meses que pasé velando su enfermedad, sentí que el cielo se me caía encima. Fue una tarde nublada y borrascosa de agosto. A la hora en que iba a celebrarse la misa cayó un chaparrón bíblico que inundó las principales avenidas de la ciudad y retrasó muchísimo la llegada al cementerio. Por eso, los sepultureros hicieron su trabajo rápido y a todos los presentes nos parecieron más lamentables esos momentos finales. Yo no había podido llorar, al menos no lo hice delante de mis hermanos, ni a la hora en que recibíamos el pésame de los parientes más lejanos, de los amigos, de los conocidos y desconocidos que nunca faltan. No lloré entonces porque simplemente tenía atoradas las lágrimas muy dentro de las cuencas de los ojos y el llanto enterrado más allá de la garganta. Sólo hasta que me vi solo, en esta casa que ahora me parece más sola que nunca, pude abrir las compuertas de mi desesperación. Creo que más que llorar por ella, lloraba por mí mismo, absolutamente perdido en la autocompasión más lastimosa. Me sentí otra vez un jovencito de trece o catorce años, como cuando murió mi padre, desamparado, con la sensación de que el futuro no tenía sentido y el pasado era

apenas un suspiro. El dolor comenzó a abrirse paso apenas ayer, después de haberme despedido de mis hermanos, de mis cuñadas y cuñados, que insistían en que no me quedara aquí solo, que alguien, alguno de mis sobrinos, se quedara a pasar la noche en esta casa. Pero yo me negué, dije que iba a estar bien. En realidad, yo sabía que no iba a estar bien, pero no quise ni quiero testigos de mi dolor. Lo quiero vivir a mi gusto, regodearme en él, masoquista como he sido siempre. Quiero vivir mi duelo solo, solito, bien solo.

Como no podía dormir, me puse a buscar en el arcón de madera donde mi madre guardaba sus recuerdos. Hallé fotos muy viejas en las que no reconozco a muchos de los retratados. Hallé documentos sin mayor importancia que ella guardaba sólo por ese afán de guardar cosas que caracteriza a tantos ancianos: no eran más que recibos de teléfono de años pasados, invitaciones a bodas, recuerdos de bautizos, recetas médicas, algunas con mi firma –que estuve a punto de no reconocer–, boletas de calificaciones de mis hermanos –ninguna mía–, facturas amarillentas de aparatos que seguramente ya fueron a parar a la basura. Hallé finalmente un cuaderno mío de mis tiempos en la Facultad de Medicina. No sé por qué lo puse aquí, no sé siquiera si ella lo guardó, pero el hecho es que aquí está. Lo hojeé sin fijarme mucho en sus páginas, eran apuntes de anatomía, seguramente del primer año de la carrera, lo cual significa más de veinticinco años. Apenas pude reconocer mi propia letra. De pronto, al estar a punto de cerrarlo, me di cuenta que las últimas páginas están escritas al revés, como si fuera un cuaderno de taquigrafía, seguramente con el ánimo de separar lo que allí estaba consignado de los apuntes que contiene la mayor parte. Lo descifré con calma, mientras los minutos y mis lágrimas corrían parejos.

Ahora creo que guardé este cuaderno como si fuera la botella donde encerré mi pasado y lo lancé al mar de los años,

con la esperanza incierta de que llegara a la otra orilla y me encontrara a mí como único destinatario del pedido de ayuda.

Por muchas razones, no dejé de asombrarme. Escribía entonces con faltas de ortografía, confuso tal vez, reiterativo, pero sincero, sin duda. Había una dosis de ingenuidad y horror genuino. Comenzaba apenas mi práctica médica. Yo tenía las ilusiones todavía a flor de piel, las llevaba en los bolsillos de la filipina, me acompañaban dondequiera que iba, en el estuche de diagnóstico. Hoy, ya perdidas, no tengo siquiera la ilusión de recuperar alguna de aquéllas. Y además, había en mi relato rabia, una santa rabia en contra de los viejos médicos comodinos y corruptos, que apenas consiguieron un miserable cargo administrativo se hundieron en la mediocridad, cancelaron para siempre sus ambiciones y se dedicaron a medrar con su sueldo oficial, poniéndose un parche vergonzante en los ojos para no ver la mugre que proliferaba a su alrededor. Yo me rebelaba entonces contra ese mundo, sin programa, sin ideas muy claras de lo que yo podría hacer para cambiarlo, de hecho no sabía que era imposible cambiarlo. No tenía muy claro lo que quería, pero sabía muy bien lo que no quería. No quería ser como el director del psiquiátrico. Sólo eso.

Decidí retomar el cuaderno, aunque no pueda retomar mi tiempo, que irremediablemente pasó. Y es que cada día vas perdiendo un mechón de pelo y dos esperanzas. Amaneces un día con dolor de muelas y notas que los anhelos de juventud se te fueron al carajo. Una tarde descubres las primeras arrugas, las primeras canas, y tienes la absoluta certeza de que ya nunca lograrás aquellos viejos anhelos: tener tu consultorio propio en una colonia popular, como aquella en la que yo me crié.

Y una mañana de domingo, mientras descansas un poco de tu recién aparecido reuma, abres el periódico y te encuentras con que acaban de nombrar a Bernardo Meza, al *doctor* Bernardo Meza, así lo dice el periódico –y no dudo que el

cínico se haya puesto el *doctor*, a pesar de que todo el mundo sabe que ni siquiera un diplomado estudió—, director general de una nueva institución de salud mental, la que seguramente sustituirá con el tiempo al viejo hospital psiquiátrico. Y claro que te da un vuelco el corazón y sientes que te reclaman viejas úlceras en el estómago. Bernardo Meza fue mi compañero en aquella desdichada época del psiquiátrico. Nunca me olvidaré de cómo se escabulló de los problemas que tuvimos entonces, cómo le huyó a toda responsabilidad, cómo ni siquiera quiso acompañarnos a Diana y a mí cuando fuimos a presionar al director para que tomara el toro por los cuernos. El Bernardito terminó su servicio, obtuvo su título, seguramente el papá le puso el consultorio y desde entonces todo ha sido estafar con su charlatanería a cuanto cliente riquillo se le pone enfrente, buscando siempre las técnicas de moda, las más espectaculares estupideces que de tanto repetirse en el radio y en la televisión se van volviendo verdades inmutables. Es un maldito hipócrita, pero ahí lo tienes, bien relacionado, millonario, haciéndose cargo ahora del centro de atención psicológica, o como se llame el lugar donde ahora trabaja el muy ojete.

Por eso sentí como ganas de llorar cuando volví a leer aquel informe, aquella confesión que escribí hace veinte años, a lo mejor más de veinte. Qué va a hacer Bernardo ahora, el día en que se halle a otro Basilio Reyes, aquel violador al que deberían haber castrado antes de encerrarlo en el psiquiátrico. Qué va a hacer si un día se le aparece en sus narices un muchacho como Gerardo, con su cara de angelito, ultrajado por la furia y la locura de una pandilla de machos imbéciles.

Pero yo qué puedo decir, de qué me quejo. Me hice mayor, cumplí cuarenta y cinco este año y sigo igual: mendigando una plaza en el Seguro Social, cruzando solicitudes de lo más amables con el Secretario de Salud del Estado, cubriendo interinatos en el Hospital Civil, marchitándome en la enfermería de la fábrica todas las mañanas, a merced de los altibajos financieros de las

empresas, que un día –así, sin más, con la mano en la cintura– te mandan al carajo porque no hay presupuesto para un médico de planta: para eso está el Seguro Social que mucho nos cuesta, te dicen, te dan una patada en el culo y allí vas otra vez a limosnear un puesto, una chamba cualquiera, porque nunca has podido ahorrar lo suficiente para poner tu consultorio. Ya ni lo sueñas, ya ni aspiras a eso. La última liquidación de la última empresa donde trabajaba sólo me alcanzó para atender a mi madre en sus últimos meses de vida.

Ahora me quedaré más jodido y más solo que nunca. Totalmente huérfano y solterón, sin un quinto y desempleado. Y seguramente tendré que ir a pedirle empleo a ese cabrón de Bernardo Meza. Es lo último que me queda. Hacer de tripas corazón, tragarme todo el orgullo y la poca vergüenza que todavía guardo en las entrañas, ponerme la máscara de la hipocresía, felicitarlo por sus *éxitos*, abrazarlo como si fuéramos los mejores amigos que dejaron de verse por tantos años, llamarle “mi hermano” en un arranque de cinismo extremo, con la audacia del que ha perdido todo el pudor y se juega a una carta todo su futuro. Invitarlo a tomar unas cervezas y una botana –bien sé que a él le encanta el trago– y deslizar a media conversación la petición del modo menos denigrante, como si nada. Hacer ver mi necesidad de trabajo como una ocasión perfecta para él de contar con mi experiencia, y para mí como una de tantas opciones que estoy barajando. Y esperar su respuesta, humillado hasta los tuétanos, temblándome la barbilla ante la mera posibilidad de que con su actitud de perdonavidas me diga: “no te preocupes, para eso estamos los amigos, yo me pongo en contacto contigo”, lo que equivaldría a una negativa, según el código de los burócratas que ahora habrá aprendido rápidamente.

Acudí, sin embargo, a la cita, aunque no pueda soportar la idea de exponerme al desprecio –tan civilizado– de ese “triunfador” hijo de la chingada, que estará acechando el

momento para cobrarse viejos agravios con una sonrisa, la misma sonrisa estúpida con que despide su programa de televisión luego de recetarle una sarta de consejos vanos a los incautos que por pura ignorancia sintonizan el canal. Nomás de pensarlo se me ha puesto la piel de gallina, me dieron calambres en el vientre, se me engarrotaron los pómulos.

Pero ya estaba allí, en la oficina remodelada, limpia, frente a una secretaria que más bien parecía salida de un anuncio de la tele. Me había pedido esperar “unos momentos por favor, el doctor está ocupado”. Otra vez “el doctor”. Ya me imaginaba delante de él, el tipo bien disfrazado de gente decente pero que mucho no se diferencia de aquel Basilio Reyes, dispuesto a violar a la menor oportunidad. Me dio un mareo y hasta ganas de vomitar como aquella maldita noche de pesadilla. Yo no tengo “cara de angelito”, pero cada día me siento más vulnerable, tan indefenso que más me valdría internarme en ese nuevo Centro en vez de haber ido a pedir trabajo. Haría mejor si me resigno a sufrir mi destino sin defenderme como aquel muchacho, Gerardo.

Esos eran mis retorcidos pensamientos cuando se abrió la puerta del “privado” y vi salir a una señora de muy buen porte y mejor ver. La reconocí por las piernas. Una mujer como ella, por más años que hayan pasado, siempre será recordada por sus lindas piernas que harían la delicia, todavía hoy, de cualquier hombre observador que tenga las hormonas en su lugar.

Afortunadamente, Bernardo no salió a despedirla y no pudo verme sentado en la sala de espera, aguardando mi turno de pasar al cadalso. Luego supe por qué no se había despedido en la puerta él, que siempre posó de caballero galante.

Ella salió de la oficina del director hecha una furia. Ya he escrito eso antes, está en mi cuaderno de anatomía. Dicen que la vida se repite, yo más bien creo que nosotros la repetimos porque no aprendemos nada de ella. Diana volvió

a ser para mí la muchacha intrépida y decidida que conocí en el psiquiátrico, la muchacha fuerte, valiente, que no le tenía miedo a los hombres como aquel pinche director que tan malos lo hizo pasar entonces. A nosotros no importaba, pero a aquellos pobres infelices que tenían la desgracia de caer en las mazmorras del hospital, a ellos sí que les fregó la vida.

Al principio no me reconoció. No esperaba que lo hiciera, yo no tengo un rasgo digno de recordar como sus piernas. Pero cuando le hablé por su nombre y detuve su brazo, antes de que huyera de la preciosa oficina del *doctor* Meza, ella supo quién era. Me miró a los ojos y me preguntó –el tono interrogativo salía sobrando– “¿Porfirio Gutiérrez? ¿Qué haces aquí?”

Yo sólo pude responder con similar pregunta: “Nada, Diana. ¿Y tú?” Salimos de la oficina para poder hablar, porque noté que estaba demasiado molesta en aquel sitio. Hice una seña a la secretaria como indicándole “ahorita regreso”, aunque supe con claridad desde ese instante que nunca regresaría. Ya en los pasillos comenzó a hablar con más serenidad. Mientras hablábamos con frases cortas, atropelladamente y tal vez moviendo demasiado las manos yo, ella las cejas, creí ver una cara conocida, la de un hombre de mediana edad con las facciones de un adolescente perdido en su edad. Bien podría haber sido Gerardo, por qué no. Ojalá haya sido él porque eso significaría que sigue vivo, por lo menos.

La invité a tomar un café, si no le molestaba. Ella lo dudó por unos momentos, pero finalmente aceptó. Estábamos en el centro, muy cerca del Francia, el viejo hotel que ahora se había convertido en una aburrida tienda con restaurante. Fuimos allí. Y allí, después de sorber lentamente su café, después de enjugarse un par de lagrimones que a despecho de su orgullo le habían brotado, me contó la entrevista con Bernardo Meza, nuestro antiguo compañero. De cerdo y animal no lo bajó. Ella había pedido la cita impulsada por la necesidad –algo me contó de su actual situación personal– de obtener un nuevo empleo

por las tardes, que le permitiera retomar lo que consideraba su verdadera vocación: los adolescentes con problemas familiares: “es un pleonasma, ¿no?”, pudo al fin bromear. Le interesan sobre todo aquellos que sufren maltrato de los padres. Y resulta que el cabrón de Meza, enterado quién sabe con qué artes de que ella se está divorciando, apenas la tuvo enfrente se lanzó a la yugular, sin pudor, tratando de hacerla caer allí mismo, como en las telenovelas, a las que seguramente es muy aficionado, por lo que uno puede ver en sus programas.

“Pinche macho cabrón”, fueron las palabras con que concluyó su relato del episodio. Me recordaron ciertas palabras que una vez pronunció cuando salimos de la oficina del director del psiquiátrico. Las dijo en el mismo tono, con desprecio, pero ahora noté una inflexión agregada, algo que sólo los años y las decepciones le pueden dar a las palabras: una especie de resignada certeza, la certeza de que, pase lo que pase y hagas lo que hagas, la gente ya no cambiará, la certeza de que lo mires por donde lo mires el mundo es una porquería.

Yo la escuché hasta ese momento admirado de su historia y de algún modo satisfecho –mi masoquismo no tiene límites– de comprobar mis temores con respecto a mi propia entrevista nunca efectuada con el *doctor* Meza. Antes de despedirnos, intercambiamos teléfonos, direcciones. Y finalmente, ella me preguntó, supongo que por cortesía, “¿y tú, cómo has estado?”.

“Bien, muy bien”, le contesté, al tiempo que sentí subir a mi garganta vidrios cortantes y en los ojos la picazón que pronostica la inminencia de las lágrimas. Pero me contuve, le di un beso de despedida, hice una seña de adiós con la mano, y me quedé allí plantado, mirándola irse como quien mira partir un tren bala que se lleva algúnpreciado bien en sus vagones, algo que nunca podrás volver a ver.

Me quedé un rato más, hojeando revistas sin enterarme de nada, sólo por tener la vista ocupada, y tratar de desenmarañar

mis pensamientos. Como resultaba imposible, decidí regresar a la casa. Aquí, solo, me he puesto a escribir en mi cuaderno de anatomía. Algunas lágrimas lo mojaron. Decididamente, creo que me estoy volviendo viejo, y hasta llorón. A solas, pero un viejo llorón. Necesito internarme en el psiquiátrico, antes de que lo entierren los políticos colegas de Meza. Necesito un lugar para mí, para llorar mi rabia y expiar por todo lo que debí haber hecho hace tiempo y ya no podré hacer ahora. Pero no habrá un médico residente que me compadezca, que se rebele ante mi desgracia, que pelee por mí ante el director del hospital, que le miente su madre a todos los Bernardos del mundo.

Aguascalientes, 2001.

Para Jorge Abia y Rafael Núñez,
solistas de instrumentos más discretos.

*Ensayo rompe de flauta
cabezas travesa*

1

Las magníficas torres del templo de San Antonio, creación funambulesca, finisecular y megalomaniaca del Maestro de Obras don Refugio Reyes, orgullo de la ciudad que mira al cielo claro, ocultan bajo sus arcadas caprichosos juegos de campanas, que son accionados a distancia por la pericia y el vigor del campanero.

Pero esa mañana, algo obstruyó los mecanismos de las poleas que permiten hacer sonar las campanas desde la sacristía. El campanero no pudo dar la primera llamada a misa de siete porque un peso desconocido, duro, empecinado, se lo impedía. Fue el párroco quien dio aviso a la policía judicial, seguro de que el cuerpo llevaba muchas horas en calidad de cadáver. Tampoco tuvo dificultad en reconocer en aquel cuerpo ya frío, cruelmente inexpresivo en su desnudez de ultratumba, al muchacho. Lo conocía de vista: era miembro del coro juvenil que todos los jueves ensayaba a deshoras los cantos que vestían de gala la misa del domingo. No estaba seguro del nombre, podría ser Andrés, o tal vez Edgardo, incluso Miguel,

como el arcángel cuya flamígera espada se levanta desafiante sobre el maligno.

2

Miguel juega a las canicas. Chiras pelas. Un mosaico de colores fulminantes se estrella en colisión con las ágatas y se queda girando en la órbita equivocada. Chiras pelas. Miguel intenta con el yo-yo. Se le revienta la cuerda. Chiras pelas. Miguel enreda la cuerda del trompo. Miguel se enreda en la cuerda del trompo. Chiras pelas. Miguel juega beisbol a la salida de la escuela, en el llano pelón. Una bola fácil de fildear se le escapa del guante. Grave error que cuesta tres carreras cruciales en la fatídica séptima entrada. Chiras pelas, Miguel. Miguel juega a la rayuela. La moneda exhibe en el aire su falso brillo plateado y cae demasiado lejos de la raya. Chiras pelas. Miguel juega brinca este burro, se cae, lo atropellan, lo brincan, siempre lo brincan. Chiras pelas. Pero Miguel tiene un tesoro secreto que le da un poder maravilloso. Miguel escucha todos los días en su mente, melodías desencadenadas de una belleza que lo asusta. Miguel no tiene idea de lo que significan la palabra paroxismo, la palabra espasmo, la palabra orgasmo. Pero Miguel escucha en su mente una música tan dulce y tan triste que le causa espasmo, que lo lleva al paroxismo, que lo convulsiona suavemente en el orgasmo del húmedo sueño. En este sueño no hay chiras pelas. Nunca.

3

¿Qué clase de enigma habría que descifrar, más allá de las investigaciones de la policía, tan previsible en sus cansados métodos? ¿Qué significado podría darse al absurdo de un

jovencito muerto entre las sogas que activan la campana mayor? Las hipótesis convertidas en rauda chismografía, gracias al afán mercenario de los periódicos, se multiplicaron *ad nauseam*, al punto de confundir gravemente la atribulada conciencia del padre Rafael, vicario parroquial, responsable de conducir las inquietudes de los jóvenes hacia los senderos transitados por Jesús. Un sacerdote joven, todavía no curtido en la lucha contra las asechanzas del mal, involucrado en el mundo de los jóvenes por dictado de obediencia y por interés generacional, es quizá la persona que mayormente habrá de sufrir esta historia entre los que conocieron a Edgardo, desde luego sin considerar a la familia inmediata.

4

La familia inmediata está compuesta por unos cuantos miembros: una madre sorprendentemente impasible, abatida, que aceptó la muerte de su hijo como una ordalía. Una hermana mayor metida siempre en sus asuntos de estudiante universitaria. Una abuela muy anciana que casi ni se dio por enterada, recluida como está en una casa de retiro, dispersa su mente, atrapada en las tenazas de la enfermedad de Alzheimer. Ellos, los presentes. El padre, según consta en autos, había emigrado a los Estados Unidos cuando el hijo era un proyecto encerrado en la barriga de la futura madre. Por lo tanto, considérese técnicamente ausente o prácticamente muerto.

5

Podría ser Andrés el que canta solo, al fondo del patio, bajo la sombra aromática del limonero. Canta solo, en el rincón más alejado y más oscuro de una casa inabarcable encerrada en el

barrio de Triana, la casa de sus abuelos que tal vez murieron hace muchos años. Andrés podría cantar eternamente bajo el cielo claro, bajo el sol ardiente, bajo la luna llena. Podría cantar, con esa voz de escasa potencia pero bien timbrada, como la de un triple del coro de la abadía de Westminster, podría cantar eternamente el *Pie Iesu* de un *Requiem* desconocido compuesto para los ángeles, que no morirán jamás. Y también podría ser Andrés el que escucha en el disco esa música que seguramente sólo los ángeles pueden tocar. Podría ser un solo de flauta travesa o un delicado aire barroco que suena en el *piccolo*: quizás el concierto conocido como *Il gardelino*, cuyo complicado juego de notas vivaces compuso el veneciano fraile Antonio Vivaldi hace trescientos años. Quisiera ser Andrés el virtuoso que interpreta la soberbia partitura que al quedar grabada en el disco sobrevivirá tal vez otros trescientos años. Podría ser Andrés, podría ser...

6

[Del cuaderno escolar encontrado en su cuarto:] *Sólo me tengo a mí mismo. Estoy perdido en el ancho mundo. Ajeno a todo lo que pasa frente a mis ojos. Sólo tengo mi voz para cantar. Soy como Farinelli, "il castrato", estoy enamorado de mi voz, que suena en el vacío como un solo de flauta sostenido en el hilo más delgado que sale de mi boca. Soy Edgardo, príncipe de la más noble estirpe, mas arrojado al mundo en un tiempo equivocado. [...] Edgardo rima con bastardo: el hijo desheredado apenas al nacer. Estoy solo, perdido en medio del desierto. Sólo tengo mi voz para cantar y mis oídos para escuchar las voces que resuenan en los corredores de mi cabeza. Soy el eunuco en el palacio de un reino que no existe. Y canto sólo para mí porque nadie me escucha. [...] Sólo distingo entre las voces una: la de Farinelli, el más famoso contrateno, él me habla mientras canta su aria*

favorita, él se ríe mientras canta y me habla y me ordena subir hasta lo más alto, como las notas que sólo un contratenor puede alcanzar, como las notas agudas, silbantes, del piccolo. [...] Soy Edgardo, sólo me tengo a mí mismo en este castillo. Mi padre el Rey me abandonó porque no sabe que soy su hijo. Nadie sabe que soy amigo de Farinelli, que hablo con él todo el tiempo. Es mi amigo secreto, él me señala el camino con su voz.

7

Dios castigó su pecado. Nada podía sacarla de esa sintonía monótona. La frase se repetía como el tic tac de un metrónomo incrustado en su cerebro, con la acalabrada persistencia de la migraña, punzante, excluyente de cualquier otro vocabulario. Dios había castigado su pecado. Le parecía una conclusión limpia, transparente, como si su pasado se reflejara en la brillante superficie de un cristal impoluto y estuviera ahora más claro que nunca. “Dios me castiga por mis pecados”, pregonó ante los pocos conocidos y parientes que se presentaron al funeral. “Dios castiga tarde o temprano”, parecían decir también los rostros falsa-mente compungidos de los mal llamados dolientes que se acercaban a darle un abrazo de compromiso. Quizá tan sólo aquel joven sacerdote, Rafael, sentía de veras lo que había pasado con su hijo. Fue muy discreto al expresar las condolencias durante una conversación sensata, al mismo tiempo consoladora y llena de claridad, que tuvo el poder de transformar los sentimientos de culpa que agobiaban a la madre durante las primeras horas del duelo en emociones más serenas, acompañadas de una suerte de paz interior que la devolvió al mundo de los vivos, del que parecía ausente.

8

La nota policiaca aparecida sólo en uno de los diarios de la ciudad no hizo sino agregar confusión a quienes se enteraron de los hechos. Con el acostumbrado vocabulario alarmista, patético y estereotipado que los caracteriza, el anónimo reportero habla del “macabro hallazgo” de un cadáver todavía no identificado (aunque el padre Rafael ya había acudido a la morgue para reconocer el cuerpo, ya había declarado ante el MP y ya había localizado a la madre y a la hermana, y esta última también había estado en la morgue). Habla de “versiones equívocas” sobre las posibles causas del deceso (en lo que no le falta razón por motivos obvios). Habla de que ni siquiera el nombre del occiso está determinado (Miguel, Andrés, Edgardo...). Señala, finalmente, con palabras dignas de novela decimonónica (no necesariamente buena) que “existen profundas sombras sobre este escalofriante caso” y se pregunta, como en los mejores tiempos de la nota roja: “¿un suicidio más en nuestra ciudad o hay un maniático asesino que anda suelto por ahí?”

9

Hay golpes en la vida, yo no sé. /Golpes como del odio de Dios. Desde sus tiempos de estudiante, el padre Rafael se había aprendido de memoria el poema de Vallejo, y esos versos iniciales seguían adheridos a su cerebro, acaso pegados a su piel, no sólo por el enigma verbal que encerraban sino por la perturbadora comparación (“como del odio de Dios”). ¿Por qué el odio de Dios? Vallejo no desconocía, por su educación cristiana, que Dios es amor, infinito, absoluto, completo amor. Por qué, entonces, hablar del odio. Pero, más allá de toda

discusión teológica, al padre Rafael le parecía que, en efecto, hay golpes en la vida que parecen nacidos del odio de Dios, de la cara oculta de Dios, de algo que no es Dios ni su opuesto, sino la total ausencia de Dios. Ante esos golpes no vale defensa alguna, no hay nada que hacer más que tratar de levantar la cerviz, apabullada por el tremendo mazazo, sacudirse los escombros que han caído sobre el alma y hacer el recuento de los daños. El padre Rafael trataba de hacer el recuento de los daños que la muerte del muchacho le había dejado en el alma, antes de ponerse a resolver el enigma de su muerte, tanto o más inextricable que el enigma de su vida. La conclusión a la que llegó le pareció extrañadamente contradictoria, y más poética que filosófica: la muerte de un hombre echa un velo de oscuridad y silencio sobre la vida de ese mismo hombre; la muerte nos deja aún más perplejos, si es posible, ante el misterio de la vida. *Ahora vemos como en un espejo, en oscuridad*, había escrito Pablo de Tarso, el visionario. El padre Rafael quería ver más allá del engañoso espejo, con los ojos de su fe. Pero al sentir que la fe flaqueaba, encogida por el golpe de Dios, prefirió la acción: decidió transmitir a la familia en duelo todas las seguridades que a él le faltaban.

10

La testigo, Ileana Treviño, declara ser mayor de edad, originaria de Monterrey, en pleno uso de sus facultades mentales. Asegura haber conocido al hoy occiso en esta ciudad hace dos años y ocho meses. Diga la testigo si las relaciones que sostuvo con el occiso fueron de amistad o de noviazgo y si hubo concubinato o alguna otra forma de intimidad entre ellos. Declara la interrogada haber sido novia del occiso durante por lo menos un año y seis meses, que dejó de tratarlo porque ella se salió del coro, que nunca tuvieron relaciones íntimas. Diga

la interrogada si es verdad que el hoy occiso en alguna ocasión trató de cometer con ella delito de estupro. La declarante solicita se le explique en qué consiste el mencionado delito de estupro. La agente del ministerio público interviene en esta diligencia para aclarar a la interrogada sus dudas con respecto al ya citado delito de estupro, según lo establecido en el código penal del Estado. Aclarada la duda, la declarante manifiesta no haber sido víctima de tal delito, ya que el hoy occiso nunca intentó actos deshonestos contra su persona sin su consentimiento, pues ella era mayor de edad cuando comenzaron a tener relaciones de noviazgo. Diga la interrogada si el hoy occiso tuvo algún modo de tocamiento con la declarante con o sin su consentimiento. Declara la testigo que no puede contestar a esa pregunta por tratarse de asuntos de su fuero íntimo de los que le avergüenza hablar; no obstante, asegura que el hoy occiso siempre se condujo correctamente durante el período mencionado. Diga la testigo si puede declarar la razón por la que dieron por terminadas sus relaciones, cualesquiera que fueran. Expresa la interrogada que el hoy occiso era de carácter algo retraído y que no acostumbraba comentar sus sentimientos, por lo que ignora cuál fue la razón por la que rompieron el noviazgo, pues dicha ruptura, aunque de común acuerdo, se realizó por iniciativa del occiso. Que es todo cuanto tiene que declarar. Firmado al calce y al margen para todos los efectos a que haya lugar.

11

Si los caprichos arquitectónicos del templo de San Antonio se deben a la imaginación barroca y a la mentalidad ecléctica del Maestro de Obras, luego entonces sólo la música barroca puede ayudar a entender estos hechos desconcertantes, concluye el padre Rafael aplicando una retorcida lógica, con argumentos

que nunca hubiera aceptado su severo maestro de Filosofía, el ilustre dómine Gustavo Elizalde. El padre Rafael combate la confusión de su mente con una dosis profusa de Vivaldi. De las consabidas *Cuatro Estaciones* pasa a los delicados conciertos para flauta soprano y aun para flauta sopranino, cuyo agudísimo timbre le hace recordar las voces femeninas del coro que dirige desde hace seis años en su parroquia, las voces de esas jovencitas núbiles que gusta de imaginar en hábito conventual, excediéndose en un pudor tan obviamente candoroso que llama la atención hacia su lado contrario: cierto resabio de impudicia se aparece por su mente a pesar de las rigurosas penitencias con que suele castigar a su imaginación encarcelada. Le ha venido como una ráfaga la imagen de Ileana, la guapa muchacha regiomontana integrante del coro, a la que de algún modo él empujó para que saliera con Edgardo. Se pregunta ahora si sus intenciones eran realmente honestas, si sólo trataba de buscarle al muchacho una salida saludable a su enfermiza manía de estar pegado a la parroquia o bien era una forma de alejar sus propias tentaciones. ¿Tentaciones? *Vade retro*. Detiene la música. Apaga el aparato. Lo mejor es darse un buen baño con agua fría para despejar el cerebro y bajar un poco la temperatura de esos recuerdos espinosos. Agua fría, mente fría. Más Aristóteles y menos imaginación: receta infalible.

12

Miguel escucha claramente la voz ambigua de Farinelli, que le ordena subir al campanario.

Esa noche hay ensayo del coro. Miguel lleva su flauta travesa. Quisiera poder estar solo en la iglesia y tocar por siempre, allí, encerrado, bajo las grandes arcadas, bajo la

cúpula soberbia o caprichosa, que según cuentan fue motivo de que el Maestro de Obras arriesgara la vida.

El coro termina el ensayo hacia las diez. Andrés desaparece, envuelto en una nube invisible.

Después, muchos minutos después, la flauta se adueña del aire y del espacio. Sólo se oye la música y el eco de la música y tal vez el eco del eco. O la música se oye a sí misma, simultáneamente, lo mismo en el presbiterio que en la nave central o en los brazos laterales que forman la planta de cruz latina; lo mismo en el retablo principal que en las altas bóvedas de piedra y estuco.

Se eleva la música hacia la coronilla más alta de la cúpula, la aguja que tiende al cielo. La música se eleva, se reproduce, se expande, impidiendo el paso del aire. Amenaza al espacio, inmoviliza los relojes.

La música enmascara, desvanece al ejecutante: no será ya más que un aura, una sombra entre las muchas sombras, el fantasma de un alma en gracia permanente. Así, incorpóreo, Andrés asciende al campanario. La voz resuena adentro, muy adentro de él.

Edgardo conoce esa voz: es Farinelli, el contratenor, *il castrato* lúbrico y salaz que le ordena subir a la torre, a lo alto, más alto. Allá en el campanario se reincorpora a la música, se envuelve en ella.

No tiene frío, aunque esté desnudo.

No tiene miedo, aunque la muerte lo esté mirando a los ojos.

No siente su cuerpo, aunque la gravedad lo esté venciendo.

Sólo siente la música, sólo obedece a la voz.

Sólo obedece a la música.

Solamente.

Sólo él, solo.

Aguascalientes, julio de 2006.

Para Francisco y Ana.

II. DEL ÍNTIMO DECORO

*Adagio viendo la nieve caer
o los desiertos del amor*

1

Todos los años, durante el ardiente verano, los muchachos del seminario menor pasaban unas semanas de vacaciones, que los superiores denominaban no sin razón “en comunidad”, en la Hacienda de Gallardo, aquel paraje extraordinario, increíblemente todavía verde, mucho menos depredado de lo que cabría esperar en las regiones vecinas de la ciudad, que eran tierras secas, en los límites de los magueyales desérticos donde comenzaba el estado más próximo, el que rodea como una mano protectora o sujeta como una garra, según quieran los caprichos de los historiadores, al pequeño territorio de Asunción.

Todos los años, desde que Esteban era seminarista, acudía con sus compañeros a aquellas aventuras que podían convertirse en siniestras si alguien caía desprevenidamente del caballo, se fracturaba dos o tres costillas jugando los deportes improvisados en los grandes pastizales o sucumbía ahogado por su impericia en las aguas mansas pero extrañamente traidoras de la presa de San Valentín. Cada año ocurría alguna de aquellas desgracias, de modo que, acostumbrados a las

malas noticias, ni siquiera pensaban en los peligros. Por lo contrario, las ilusiones iban hinchándose desde la Pascua de Resurrección –durante la semana que todos pasaban en sus casas, con sus familias– hasta los últimos días del año escolar, que solía clausurarse solemnemente el día de San Pedro y San Pablo con una ceremonia en el patio mayor, a pleno sol, delante de todos los alumnos, presidida por el Obispo en persona. Días antes había tenido lugar el espectáculo aterrador llamado con insólita ironía Examen de Honor: ceremonia académica en la que el mejor alumno de Humanidades comparecía delante del claustro docente –presidido por el rector– y, desde luego, ante los compañeros y ante la presencia magnífica del Obispo que premiaba su presentación con unas palmadas, una ancha sonrisa y las palabras rituales: “Te felicito, joven, eres muy inteligente”.

Este año, por primera vez, Esteban había tenido el honor de atormentarse durante dos semanas preparando el famoso examen honorífico, que, por lo demás, discurría totalmente en latín para los alumnos del quinto grado, como él. Los años anteriores la carrera entre él y Julio Romo la había ganado siempre este último, considerado el cerebro más brillante de su generación. Pero Julio había dejado inopinadamente el seminario al término de la Semana Mayor, lo que había despejado el camino para que Esteban –incansable en su papel de segundo de abordo, humilde sombra adherida al árbol luminoso– brillara como nunca y obtuviera el extraordinario cuanto dudoso honor de rendir un examen público sobre *omnia res cognita* que los severos sinodales, en su desbordante y egolátrica euforia inquisidora, tuvieran a bien requerirle.

Salió bien librado, obtuvo las consabidas palmadas y sonrisa del Obispo, y desde luego la frase de felicitación no fue muy diferente de las que cuatro veces consecutivas anteriores le había dedicado a Romo: “Eres muy inteligente, joven. Te felicito”. El examen se celebraba el día de San Juan Bautista:

era un auténtico baño de crípticos saberes para la ignorante mayoría que no tenía acceso a las cumbres del conocimiento *latine lingua*. Pero también era como un baño liberador para el interrogado, que hubiera preferido los exámenes comunes y corrientes en el salón de clase, donde de vez en cuando, si uno no era buen estudiante, cabía el recurso pecaminoso de recurrir a los “acordeones” cuando los geniecillos del grupo, siempre demasiado egoístas, no se dignaban compartir su arrogante sabiduría.

Cinco días después la ceremonia oficial del fin de cursos era ya un mero trámite social, al que acudían los orgullosos familiares, siempre excesivamente ingenuos para imaginar las retorcidas pasiones que comenzaban a hacer presa de sus hijos, destinados al servicio sagrado y a menudo tan débiles en el control de sus deseos, no sólo los ultra prohibidos y tan molestos deseos carnales, también aquellos otros, más sutiles, que recibían los nombres –¡ah!– tan conocidos, de envidia, celos, pereza...

Así que Esteban se había ganado esas vacaciones, las de aquel bendito año del Señor, a pulso, desvelándose sobre los librotos de gramática española y latina, empapándose de las excepciones de la tercera declinación –que, por supuesto, eran infinitamente superiores a las reglas–, dándose de topes contra el *aoristo*, esa extraña forma lingüística inventada por los griegos que, como puede deducirse, eran gente sin quehacer que pasaba los días imaginando maneras de atormentar a los futuros estudiantes de griego, milenios adelante. Esteban prefería el latín, no obstante los enredos de su alambicada gramática. Gustaba de componer, muy en secreto, versos latinos algo cojos y muy grandilocuentes que imitaban –de lejos, de muy lejos, había que reconocer– a los clásicos de clásicos: Horacio, Virgilio, un poco Séneca, y desde luego nunca a Catulo, autor profano donde los haya, al que tenían vedado

leer y que el padre Abraham les había revelado alguna vez, con cierto sigilo, a despecho de la mirada vigilante del rector.

Los primeros días de las vacaciones tan ansiadas transcurrieron sin incidentes. Nadie se fracturó una pierna, no hubo ahogados en la presa de San Valentín, quizá porque desde hacía unos años, los padres formadores habían discurrido que lo mejor era enseñar a nadar a los muchachos en la piscina del propio seminario para evitarse semejantes tragedias veraniegas. Tampoco habían ocurrido los excesos tradicionales que, a pesar de los cuidados del prefecto, hombre desconfiado como pocos, solían avergonzar al grupo y a veces, cuando sobrepasaban toda proporción, llegar a los oídos ultra sensibles del rector quien, con toda parsimonia, tomaba el toro por los cuernos y dictaba la sentencia consabida: los culpables del desvarío (una borrachera inimaginable, una rebeldía pertinaz de alguien que se negaba a rezar como mandaban los cánones, un glotón que engullía a horas impracticables la cena de los demás, un rijoso que descalabraba al más presumido o al más pendejo de la clase, un enamoradizo que saltaba los cauces de la prudencia y había estado en un tris de faltar gravemente a la castidad movido por la siempre feroz concupiscencia) eran despedidos sin más averiguación de la comunidad y regresaban llenos de oprobio a sus hogares por el resto de las vacaciones e inclusive, en los casos extremos, no regresaban al claustro nunca más.

Ciertamente no habían ocurrido ni desgracias ni escenas bochornosas. Esteban mismo se había sentido a salvo este año de los incidentes que solían echarle a perder buena parte del gozo: el año antepasado tuvo que regresar a medio mes para convalecer de una fiebre tifoidea pescada quién sabe en qué malhadado momento de gula, cuando se había hartado de chicharrones y carnitas y consumé de borrego y salsas más que picantes y tortillas recién hechas en comal de barro.

Este año se sentía exultante, lleno de ideas y proyectos que bullían en su cabeza como un hormiguero. Tenía ganas de todo: de levantarse temprano para ir a caminar por los senderos menos conocidos; de montar a caballo cada vez más lejos hasta los límites difusos de la hacienda, donde sólo se atrevían los más osados jinetes; de bañarse en las aguas de su Jordán particular –el arroyo del Refugio– purificándose para defenderse de las asechanzas del enemigo; de escribir sonetos imperfectos a la luz de la luna, más preocupado por lograr rimas inusuales que por el contenido sentencioso y el tono prestado de sus versos; incluso tenía la idea de escribir alguna obrita de teatro, quizá una imitación de alguno de aquellos sainetes españoles que solían representarse en los festivales del Día de las Madres o algo más serio: un pasaje bíblico recreado en los tiempos actuales. Sabía que entre sus compañeros encontraría eco: no todos carecían de talento, había muchos que tenían cualidades de actores, vis cómica, habilidades para el canto y la declamación, sabían tocar instrumentos y hasta componer melodías más o menos originales.

El verano apenas había comenzado. Ni siquiera se habían presentado las primeras tormentas, aquellas que refrescaban cuerpos y almas atribulados por la sed imperiosa de los primeros días de julio. Esteban tenía más de un mes por delante para realizar todas las hazañas que su imaginación, acicateada por el triunfo escolar reciente y por sus diecisiete años bien cumplidos, podría volver actos inolvidables.

2

La Hacienda de Gallardo vivía, literalmente, de recuerdos. Todo en ella era parte de una memoria ilustre. Había sido el centro desde donde los antiguos dueños de la tierra, los marqueses de Gallardo, habían partido a sus conquistas: cada

año más tierras, más poder, más influencia en la Audiencia de Guadalajara en tiempos de la colonia, más poder de decisión con los gobiernos estatales, ya en tiempos republicanos, lo que los había beneficiado notoriamente, permitiéndoles acumular propiedades de tal manera que llegaron a emular a sus antepasados peninsulares, aquellos Adelantados que habían hecho la guerra a los chichimecas en épocas inmemoriales y habían obtenido del Rey de España los títulos de nobleza que exhibían orgullosos en su escudo heráldico, colocado en la imponente fachada del Palacio de Guadalupe-Gallardo, el mismo que luego fue asiento del poder ejecutivo estatal y en todos los rincones de sus muchas haciendas y solares. Tres cuartas partes del territorio del estado eran de su propiedad todavía a mediados del siglo XIX. Y el centro de ese poder omnímodo se había establecido en aquella ciénega regada por las aguas hoy escasas de la presa de San Valentín. Desde la Casa Grande de su hacienda, los marqueses de Gallardo habían tejido una enorme telaraña de intereses que alcanzaba salas y antesalas gubernamentales de la capital de la República, a donde muchos de los descendientes de la familia habían llegado para estudiar carreras liberales cuando en Asunción ni se soñaba con universidades: las mujeres estaban destinadas a la Normal del Estado, cuando más; los jóvenes varones agradecían al destino que los empujara a salir de la ciudad en busca de títulos universitarios, que ya no de nobleza. Los marqueses ya no eran marqueses: ahora eran el licenciado don Martín, el ingeniero don Alonso, el arquitecto don Rogelio. Pero las señoritas y las señoras seguían siendo simplemente señoritas o señoras porque ninguna de ellas había manifestado el menor interés por los estudios, cuando mucho se contaban dos o tres monjas que, no por afán de conocimiento sino por ocultar su fealdad de la cruel maledicencia femenina y de la perfidia burlona de los hombres, se habían refugiado

en claustros carmelitas o en celdas del Verbo Encarnado de ciudades lejanas.

Pero como todo en la vida tiende a declinar, la stirpe de los Gallardo se había visto menguada a lo largo de un siglo de violencia campesina, asonadas militares, conspiraciones políticas y revoluciones. Ya desde 1917, al triunfo de los constitucionalistas, sus posesiones se vieron amenazadas, pero no sería sino hasta los años treinta, con la malhadada revolución agraria cuando su buena estrella se eclipsó definitivamente. El enorme latifundio que aún sobrevivía como una serie de propiedades hábilmente mancomunadas entre los muchos herederos de los antiguos patriarcas se había logrado conservar prácticamente incólume gracias a los manejos hábiles, no siempre escrupulosos ni mucho menos honorables, de los administradores de la hacienda. Los años aciagos llegaron. En los tiempos del cardenismo, los campesinos agraristas –a quienes motejaban como auténticos “demonios”, emisarios del Anticristo: el odiado Presidente de la República– reclamaron el reparto de las tierras secularmente detentadas por la familia Gallardo, con lo que, más pronto que tarde, el suelo sobre el que habían pisado y asentado sus reales desde épocas ya perdidas en toda memoria fue víctima del más terrible de los sismos: la violencia. Mucha sangre llegó al río –más bien a la presa de San Valentín, porque acá los ríos brillan por su ausencia–, muchos muertos se cobró la tierra, muchos sinsabores trajo la revuelta. Generaciones enteras de Gallardo se vieron desarraigados, hubieron de huir a la capital de la República. Alguno incluso prefirió cambiarse el apellido para ingresar en las lides de la farándula –doble ignominia que para su fortuna no tuvieron que atestiguar los mayores, bien sepultados en elegantes lotes del capitalino panteón Francés de la Piedad– y terminó sus días escribiendo dramas sobre las injusticias aterradoras de sus antepasados contra peones y apareceros.

Andando el tiempo, la mazorca desgranada reunió sus escasos dientes en la que ya era conocida –quién sabe si para siempre– como ex hacienda Gallardo. Unos cuantos habían sobrevivido. Alonso, el mayor, se hacía cargo por ahora de sus hermanas solteras Adelina y María Teresa, que habitaban a sus anchas en la Casa Grande, demasiado grande tal vez para los tiempos que corrían, durante los inhóspitos meses del verano que tendían a prolongarse lánguidamente en los sopores de la tarde hasta casi la puesta del sol. En tiempos de frío –de octubre a marzo, y a veces hasta bien entrado mayo– las hermanas habitaban en su caserón de la colonia Anáhuac, en la capital, aquella reminiscencia del porfiriato en la que pululaban los recuerdos de tiempos mejores, donde cada objeto era un jirón de historia familiar, cada mueble como un cuadrante del escudo de armas, cada cuadro podrido de la duela un trozo de vida que se fue. Pero ellas trataban de retener a toda costa el tiempo, encapsulándolo en las teclas negras y amarillentas del viejo piano Steinway que el bisabuelo había mandado traer de Alemania a mediados del siglo anterior para que alguna de sus hijas pudiera entibiar las tardes de su helada soltería fatigando el teclado en búsqueda de un gesto cortés casi olvidado, de un rostro sumergido en su memoria, de un nombre desgastado en el desvelo, de un cuerpo cuya cálida cercanía sólo pudo ser advertida a medio sueño, en los sonámbulos corredores, en noches interminables de enero de un año absolutamente borrado de todo calendario.

Por estos tiempos, tan sólo es posible identificar a las “señoritas Gallardo”, Adelina y María Teresa, ambas situadas más allá de la dudosa frontera de los treinta años, eso sí, muy bien llevados con dignidad propia de princesas destronadas. Las hermanas pasaban la mayor parte del tiempo en la vieja casona de la colonia Anáhuac, animando la vida doméstica de la familia y representando el papel matriarcal para frenar a tiempo los impulsos de sus hermanos, quienes con frecuencia

parecían inclinados a perder la brújula en malos negocios, en malas elecciones profesionales o en malas decisiones políticas o lo que era peor (porque podría llevarlos a errar en todo) en mala selección de esposa. Ellas estaban allí para vigilarlos, para velar por el buen nombre de la familia, si es que algo quedaba de ello, para administrar los gastos menores, y a veces también los mayores, cuando los varones demostraban absoluta incapacidad para ahorrar, para mirar hacia el futuro, resistir los años de vacas flacas y esperar mejores tiempos.

Sólo en los meses de verano, Adelina y María Teresa Gallardo, nombradas por riguroso orden de edades aunque a estas alturas parecieran francamente gemelas –no obstante los tres o cuatro años de distancia entre sus respectivos nacimientos–, inexorablemente dejaban atrás las preocupaciones cotidianas de ser las auténticas “cabeza de familia”, dejaban el aparente ajeteo de su vida en la metrópoli, para venir a descansar, a sus anchas, en la ex hacienda y de paso jalar las orejas de los administradores de la propiedad, reducida al casco que con pompa se seguía llamando la Casa Grande, a pesar del deterioro cada vez más ostensible de la finca. Las hermanas gozaban de los privilegios de sus antepasados y también de la estima de muchos antiguos trabajadores que ahora eran orgullosos pequeños propietarios. Los domingos, en la solemne celebración religiosa de las doce, ellas aparecían como reencarnación un tanto fantasmal de las tatarabuelas marquesas, tocadas con mantilla sevillana de aquellas que bordaban en Asunción las hermanas Navarro, hábiles como pocas con agujas e hilo, como revividas Ariadnas. Por su pertenencia al linaje de los Gallardo, las hermanas tenían el derecho nunca disputado de asistir a escuchar la misa dominical desde el locutorio superior, aquella especie de balcón con celosía de madera que en muchas iglesias se reservaba a las monjas de clausura; sin embargo, en un gesto quién sabe si de modestia o condescendencia hipócrita, las solteronas preferían

arrodillarse en el reclinatorio especialmente fabricado para ellas que se colocaba frente al presbiterio, señalando con ello el privilegio del que todavía gozaban en estos últimos tiempos en que afortunadamente la Nación parecía revirar un poco hacia las buenas costumbres, luego de años de presidentes jacobinos, gobernadores comecuras, alcaldes timoratos que no se atrevían a presentarse en la misa de doce, como la gente decente, sino que se levantaban con el gallo y de manera vergonzante acudían a misa al alba con la secreta esperanza de que quien los viera cumplir sus obligaciones religiosas no le fuera con el chisme al secretario del señor gobernador o peor aún al comandante de la zona militar.

De modo que Adelina y María Teresa se mezclaban pero no tanto (“es bueno el cilantro pero no tanto”, solía decir su abuela) con los parroquianos los domingos y también en otras contadísimas ocasiones, siempre relacionadas con festejos religiosos: el día de San Juan para implorar la lluvia sobre los magros campos de Gallardo; el día de la Virgen del Refugio para dar gracias por las primeras tormentas; el día de Santiago solían abrir la Casa Grande a toda la población y agasajarla con tamales y atole porque su padre, el difunto don Alonso, tenía particular devoción al apóstol de Compostela, a quien había ido a visitar en peregrinación allá en su santuario de Galicia en los primeros años del siglo. Se mezclaban, ciertamente, pero sin abandonar su sitio, sin olvidar diferencias, sin abatir distancias secularmente establecidas.

3

El verano en la ciénaga se adelantaba siempre más de lo debido y se prolongaba también más allá de lo soportable. Las primeras lluvias nunca se presentaban antes del día de San Juan y cuando así ocurría se trataba de un verdadero milagro

del Bautista, que seguramente había interpuesto sus buenos oficios para abrir las compuertas del cielo, aquella magna presa cuyas aguas benditas no siempre se repartían por igual, tal como ocurría con los distritos de riego en los llanos de Asunción y de Gallardo.

Pero una vez que los primeros aguaceros forzaban las compuertas, las nubes se precipitaban a la tierra como una caballería desbocada y en pocas semanas los primeros frutos estaban a la vista: higos de oscuras mieles y duraznos de corazón encarnado, chabacanos a punto de caerse de maduros y granadas desgranadas que derramaban al sol su sangre púrpura, membrillos carnosos como una tentación nocturna, peras como cuerpos de mujeres soñados por Rubens. En el verano, los seminaristas se convertían a una religión hedonista que veneraba las formas y los sabores y las delicias de la pulpa, para luego purgar la culpa en el sanitario durante largas y dolorosas noches insomnes. Así expiaban los pecados que por un extremo entraban con alborozado placer y por el otro salían provocando desastres en el cuerpo y remordimientos en el alma.

Las siestas que se prolongaban más allá del bochorno de las cuatro eran poco menos que una tortura para los muchachos, ansiosos por llenar las tardes con aventuras reales o soñadas. Por eso algunos desaparecían durante las interminables horas de la siesta sin que se tuviera noticia de sus andanzas, lo que nunca dejaba de preocupar al bedel –un estudiante de Teología extremadamente aprensivo y celoso de cumplir las órdenes que había recibido del prefecto–, quien se privaba del descanso vespertino para estar en alerta continua: no fuera a ocurrir un desaguisado o una desgracia por un descuido suyo. Sin embargo, qué duda cabe que durante el verano se sueltan los demonios.

Esteban conocía como nadie los placeres de la fruta madura. Había nacido y crecido literalmente en medio de la

huerta que su padre cultivaba en el viejo barrio de Santacruz, conocido en Asunción precisamente por la fama de sus huertas, a donde acudían a probar las delicias del verano personajes encumbrados. Del modesto capellán hasta el obispo y del gobernador del estado para abajo, muchos comensales se reunían bajo las sombras de los chabacanos y los nogales en larguísimas comidas que terminaban al caer la tarde, cuando las tertulias espirituales o las juntas políticas debían interrumpirse por el asedio inmisericorde de los zancudos. Cuántas decisiones trascendentales se habían tomado allí, bajo los duraznos floridos, al calor de un coñac. Cuántas conspiraciones habían comenzado como una humilde charla de sobremesa mientras los concurrentes gozaban el jugo almibarado de las peras y masticaban con fruición la carne de los chabacanos como si se tratara de una pieza de caza que ellos mismos hubieran derribado con sus escopetas, como los lores ingleses en sus campiñas. Cuántas indiscreciones –si no es que hasta inconfesables secretos de confesión– habían salido de los labios sellados de algún clérigo al que se le pasaban las inocentes copas de tinto mezcladas sin ton ni son con aguardientes infames por sus emboscados enemigos. Cuántas muchachas de buena sociedad habían concebido allí, bajo los árboles cómplices de sus sueños veraniegos, las fantasías más desafortunadas que de pronto, para sorpresa de sus pudorosas madres, un día se hacían realidad, dura y pesada realidad que había que enfrentar con sus fatales e indeseadas consecuencias: una boda forzada, un recién nacido que no tenía culpa de nada ni idea de los instantes gloriosos en que había sido concebido, ni mucho menos de cómo en aquel *paraíso de compotas* –para usar la frase feliz del jerezano– se había fraguado tiempo atrás su futuro nacimiento. Allí creció Esteban, enterándose a medias, menos que a medias a cuentagotas, de aquellas habladurías inocuas y triviales, o de ciertas verdades irrepetibles de tan truculentas que

afloraban entre los manzanos de la huerta paterna. Allí aprendió el agridulce amor de los membrillos, a distinguir con precisión de cirujano las granadas dulces de las agrias y a desear por encima de todos los placeres del gusto el regusto azucarado, oscuramente meloso, indescriptible, incomparable, de los higos que se caen de maduros y desprenden aquella pegajosa leche de sus cabos, presagio tal vez de otros placeres igualmente contradictorios en que a la miel se une el repentino sinsabor de una gota de leche salobre y pegajosa.

Por ello, por reencontrarse con aquella dicha que en los últimos años le había sido casi negada, restringida por su encierro en el seminario, Esteban buscó la manera de escatimar las horas de la siesta de esa tarde de julio. Acechó el fingido sueño del bedel -cuyos ojos de tecolote aparentaban con calculada malicia estar cerrados a piedra y lodo- y escapó hacia la huerta de la Casa Grande, cuyas tapias podía librar con relativa facilidad. Lo hizo solo, porque sentía el picor de la tentación como un gusanillo en el estómago y no quería compartir el peligro ni los frutos de su atrevimiento con nadie, tampoco el posible castigo, si el omnividente bedel llegaba a enterarse de su delito. La huerta no era tan grande ni tan abundante como su huerta, en la que Dios lo había colocado al despertar un día de su sueño prenatal. Esteban se decepcionó de inmediato: allí no había hileras de granados ni largas avenidas sombreadas por los chabacanos, ni perales orillados a las paredes como allá; no había tampoco necesidad de discernir entre las granadas buenas y las de acibarado jugo; sólo había duraznos y membrillos, eso sí, bien maduros, succulentos y carnosos como a él le gustaban; había también unos cuantos naranjos seguramente plantados para que dieran flores de azahar e impregnaran el aire con su aliento enervante. Cuando se hubo hartado de duraznos y membrillos buscó la manera de salir, pero un ruido repentino lo detuvo. Se sintió descubierto, una plancha de acero pareció caerle sobre

el vientre. Del susto creyó oír voces, una voz más bien, que lo interrogaba desde lo alto –a saber por qué Esteban oyó la voz en lo alto si la casa era de una planta y sus gruesos muros de adobe no se elevaban más allá de cinco metros por encima del suelo. Era el mayordomo quien lo interpelaba.

–Muchacho sinvergüenza, cabrón, quién te dio permiso de meterte a la casa. Vas a ver, muchacho, ahorita que te alcance.

Esteban emprendió la fuga con pies alados, invocando como Aquiles la ayuda de los dioses del Olimpo para librarse de aquella persecución que lo avergonzaba aún más que su pecado. Pero el hombre también tenía pies ligeros –que, como puede fácilmente comprobarse, no son privativos de los héroes antiguos– y al fin lo alcanzó, derribándolo justo por los talones, táctica que siempre da buenos resultados, hasta con los Aquiles de verdad, según es fama. A Esteban no le quedó más remedio que tratar de salvarse por la vía más expedita, si bien riesgosa. Se identificó como pudo, digamos que recitó sus generales como si el hombre fuera un agente judicial, con la intención de que al reconocerlo seminarista –fugado sí, curioso sí, pero no delincuente– menguara la furia del ángel exterminador. Su salvación, sin embargo, no provino de sus propias palabras entrecortadas, sino de un poder superior. Repentinamente, por el escorzo de su mirada confundida por la sorpresa, tuvo una visión. Ante sus ojos estaba la mismísima María, la Virgen, no había duda. Los cabellos castaños recogidos en una simple cola de caballo caían resplandecientes sobre sus hombros. El rostro era un óvalo perfecto, ligeramente rosado, como el que había visto en tantas estampas y cromos piadosos. El vestido era clarísimo y resplandecía aún más al sol de la tarde. Pero lo que terminó de anonadarlo fue la ternura increíble que despedían sus ojos, una ternura de color indefinido –podía ser azul o verde o tal vez como las almendras o como la miel– que lo bañaba entero. Aquel baño de ternura hizo que Esteban recuperara en cierto modo el dominio de su cuerpo. Se

levantó, sacudiéndose el polvo que se le había adherido a los pantalones, como para estar más presentable ante la aparición. Pero al susto inicial que le había suspendido la facultad para usar de sus sentidos, y particularmente el uso correcto de la razón y la palabra, había sucedido una suspensión mayor de todas sus facultades. La sola vista de aquella mujer paralizó sus latidos. Al cabo de unos segundos que para Esteban fueron una probadita de la eternidad, la mujer habló. Y su voz también venía del cielo, por ello él no pudo reaccionar como cualquier mortal hubiera hecho. Seguía en su arrobamiento, lo que sin duda a ella comenzaba a parecerle indudable signo de retraso mental en el muchacho.

–Así que eres seminarista, ¿eh? –sus palabras no sonaron a pregunta sino a una resignada comprobación.

Esteban contestó con un movimiento de cabeza equívoco, que lo mismo podía significar sí o no.

Ella sonrió como sólo podía hacerlo una virgen y se despidió de él con una invitación absolutamente inverosímil, lo que a Esteban terminó por convencerlo de que la aparición no era un sueño ni un producto de sus fantasías:

–Cuando quieras conocer la casa, vienes y tocas la puerta como la gente decente y con mucho gusto te enseñó lo que quieras ver. ¿Cómo te llamas? –y le alargó la mano para saludarlo.

Cuando Esteban le contestó, los colores de su cara seguían alterados y el temblor de sus manos era muy perceptible, de modo que regresó el saludo con total torpeza, de manera tan ridículamente pueblerina que de inmediato sintió una espantosa vergüenza y pronunció su nombre a tropezones, casi inaudiblemente.

–Esteban de la Torre –debió decir, pero le salió un murmullo incomprensible.

–Yo soy María Teresa Gallardo, para servirte. No vuelvas a saltarte la barda como un ladrón, ¿eh? –cada que decía “¿eh?” le guiñaba un ojo, gesto que él no sabía ni remotamente cómo interpretar.

Ella se dio vuelta para regresar a la casa. Desde el umbral del portón hizo un gesto de despedida y añadió casi cantando con su bien timbrada voz:

–Hasta luego, Sebastián.

Esteban se fue todavía más confuso, aunque quizá aliviado un poco porque ella había malentendido su nombre, así que no habría a quién castigar en caso de que la señorita Gallardo tuviera intenciones de reportar el incidente al bedel. Cosa improbable que, sin embargo, no dejaría de atormentar a Esteban en los días por venir.

4

Primero tocó con los nudillos, sin suficiente convicción. Luego descubrió un puño de bronce que al accionarlo tañía casi como una campana y de pronto se descubrió golpeando con ansiedad. Las manos le sudaban. Se acomodaba el pelo, el lacio pelo en perpetua rebeldía. Hacía un calor bochornoso, eran las tres y media de la tarde, pero él traía puesto el suéter gris y la corbata azul marino, eran parte del uniforme oficial del seminario que en las vacaciones sólo usaban los domingos en la misa quienes no tenían ningún servicio litúrgico que realizar. Se limpió el sudor de la frente y el cuello con un immaculado pañuelo blanco en uno de cuyos ángulos su madre había bordado las iniciales en hilo rojo –ET– y en el ángulo opuesto el monograma JHS. Se ajustó el nudo de la corbata una vez más. Estiró las mangas del suéter que le quedaba ya un poco corto, porque en los dos últimos años se había estirado mucho. Aquellos pequeños actos que en conjunto no

transcurrieron ni en un minuto le parecieron absurdamente lentos y complicados. Al cabo, la puerta se abrió con un chirrido, accionada por manos invisibles. En el vano se irguió la figura del mayordomo como un fantasma. Lo miró, ya no con rabia como la vez anterior, sino con paciente condescendencia y quizá con un poco de curiosidad y otro tanto de sorna. Lo dejó pasar con una caravana ceremoniosa que mucho tenía de burla, pero Esteban ni siquiera lo advirtió, preocupado como estaba porque temía que los latidos de su corazón alebrestado estuvieran escuchándose fuera de su cuerpo como una intempestiva y molesta máquina.

Apenas cruzó el zaguán se le impuso la cegadora luz del patio principal y cuando pudo acostumbrarse al duelo de la penumbra contra el sol le fue dado al fin contemplar los deleites de la fuente de cantera que presidía el claustro, los arriates, las innumerables macetas con geranios y belenes y otras plantas de las que desconocía el nombre pero le eran vagamente familiares porque había visto otras iguales en la casa de sus abuelos. Aspiró intensamente por segundos, si no es que minutos, aquellos aromas mezcla de delicadeza y salvajismo, se dejó llevar por las fragancias como preludiando el momento en que aromas más delicados pero quizá también más salvajes lo recibieran en la antesala. Seguramente había glicinas, ciclámenes, petunias, nombres de flores de las que jamás había podido constatar existencia real, eran sólo producto de sus lecturas de novelas europeas, hermosos nombres de flores que podían ser también nombres de mujeres como lo eran Dalia y Hortensia y Rosa y Violeta y Azucena y Margarita o Lilia que en latín son los lirios o Susana que en hebreo es también el lirio. Pensaba en los nombres de las flores mientras iba comenzando a distinguir sus aromas característicos acercándose con cuidado a los tiestos, siempre con el temor de evidenciar su nerviosismo en la torpeza de sus movimientos, lo cual podría terminar en un desastre de

tepalcates, tierra y pétalos dispersos por el suelo. En algún momento estuvo tentado de tronchar la más brillante de las rosas purpúreas que se abrían desafiantes al sol en un rincón del patio para regalársela a la dueña de las flores, pero reprimió el repentino deseo como si fuera un mal pensamiento recitando su jaculatoria preferida ¡Ave-María-purísima-sin-pecado-concebida!

Ave María Purísima en la persona de María Teresa Gallardo apareció en ese momento cortando de raíz no sólo sus malos pensamientos sino *todo* pensamiento. Esteban volvió a experimentar el absoluto alelamiento del día de la primera aparición y no reaccionó sino hasta que ella le dirigió la palabra con su tono balsámico y le extendió la mano.

—¿Qué tal? No creí que volvieras, Sebastián.

Esta vez la confusión del nombre le causó a Esteban cierta molestia, porque le daba un tono equívoco a todo lo que ocurría, como si fuera un episodio más de aquellas novelas que devoraba un poco a escondidas del padre prefecto que siempre había desaprobado toda lectura profana, aun las que parecían más edificantes. Por ello, quizá, decidió corregir el error:

—Esteban, señorita —y correspondió tímidamente al saludo en un estilo que detestaba en los demás y ahora, al corroborarlo en sí mismo, le causaba exasperación y vergüenza.

—¿Quieres conocer la casa, eh? —al decir eso, ella guiñó como el otro día su ojo derecho. Lo que seguramente era un tic a Esteban le pareció el colmo de la coquetería pero siempre dentro de los límites de la decencia y el buen gusto. Afirmó con un gesto de la cabeza, tan corto estaba de palabras.

Se adentraron por uno de los corredores. La Casa Grande había sido un auténtico palacio de veraneo en otros tiempos. Ahora, ciertamente, seguía siendo suntuosa y enorme, pero carecía del empaque y sobre todo de los cuidados que requería una finca de sus dimensiones. Lo primero que Esteban pudo notar, deslumbrado por el paso del cuadrángulo de luz a la

sombra refrescante de los cuartos, fue cómo el polvo –enemigo mortal del presente, aliado, por tanto, de todo lo antiguo– se había adueñado de los sillones Luis XV, de los aparadores provenzales del comedor, de las lámparas vienesas, de los trofeos de caza (aquellas horripilantes cabezas de animales disecados: lobos, ciervos, algún puma u ocelote, tigrillos, quizá un jaguar, incluso un oso, lo que hacía pensar en correrías pretéritas de los marqueses, ahora por nadie recordadas), de los tibores orientales, de los armarios de caoba repletos de chucherías traídas de los rincones más extraños del planeta –así era la fama de trotamundos que tenían los Gallardo–, de las inmensas cabeceras de latón de las camas (María Teresa lo había llevado primero a las habitaciones vacías), de los barreños y jofainas de plata (que él conocía prosaicamente como lavamanos). Ella lo acompañaba en calidad de guía, a veces como un Lazarillo que enseña el camino a su amo ciego, a veces como el anticuario que ostenta su paciente sabiduría frente al lego que lo ignora todo de las cosas viejas, y siempre como la Beatriz de Dante que conducía con dulzura y suavidad a su huésped por las alcobas del cielo, mientras iba nombrando –como si fuera una versión actual y femenina de Adán– con su voz angelical los objetos admirados: “Esto es un bargueño que mi bisabuelo mandó fabricar en Alemania, en Francia les dicen *secrétaire*”, “esto se llama *chaise longue*, también se le nombra diván”, “ésta es una araña de cristal cortado austríaco, por las noches es un prisma de luces incesante”, “ésta es una vajilla de porcelana de Pekín”, “este juego de copas es de cristal de Bavaria”, “este reloj está hecho en Praga pero su máquina es suiza, naturalmente”, “estas delicadezas de cristal se llaman *Lalique*”.

Salieron del edificio principal, luego de atravesar patios pequeños y más grandes, todos atestados de crisantemos y margaritas, alguno había que ella nombró “de los limoneros”, en el que se respiraba un perfume cítrico de irresistible

frescura. Fueron a las caballerizas donde a esa hora reposaban los magníficos ejemplares de sangre española y árabe: tenían dos yeguas de fama que corrían carreras en la región y hermoso alazán que enjaezaban lujosamente para llevarlo a competir en torneos de alta escuela. Al regreso cruzaron otro patio que a Esteban le pareció desconocido, no obstante la premura con que habían atravesado minutos antes aquella zona de la casa. Lo primero que vio fue un incendio de color –ese color que quién sabe por qué se ha dado en llamar rosa mexicano pero que también puede decirse solferino o tal vez fucsia, palabra chocante que Esteban prefería desdeñar–, un incendio de color que ocupaba una pared entera, que trepaba hasta lo alto de la tapia y amenazaba con propagarse hacia la huerta. Era una buganvilia crecida descomunadamente que entraba por los ojos como un fogonazo de escopeta. Esteban estaba a punto de quedarse ciego, tal había sido el desesperante juego de luces y sombras al que había sido sometido aquella tarde.

Lo que después ocurrió pertenece a un territorio vedado a las palabras. Sólo Esteban podría decirlo, aunque es de dudarse.

En un arranque que bien podría achacarse a los estragos de la abstinencia prolongada que habían devenido sus días de soltera, María Teresa decidió mostrarle su recámara. Lo hizo con el mismo talante de guía de turistas que había venido utilizando. “Esto se llama *baldaquino*, es de madera muy fina, fue labrado por un ebanista de Puebla el siglo pasado, sirve para sostener el mosquitero y le da un toque muy florentino a la recámara, ¿no crees?” Probablemente sean éstas las únicas frases que Esteban pueda reconstruir y eso porque la palabra *baldaquino* rimada con florentino se le quedó por mucho tiempo como un sonsonete en los engranes de su memoria. Lo demás fue silencio, deslumbramiento, silencio, perfume intenso –aroma de gardenias o de azaleas, palabras más palabras menos–, más silencio, miradas tiernas o levemente lascivas quizá, más y más silencio, el roce inequívoco de unos

labios en otros labios, mucho silencio y locura, y más locura, y silencio total.

Esteban avisó al bedel que en lo sucesivo las horas de siesta –de dos a cuatro transcurría el inexorable ritual– las aprovecharía para escribir. El bedel ya conocía las aficiones literarias del muchacho, estaba al tanto de que los años anteriores Esteban había aprovechado las vacaciones para adaptar algún entremés español y montarlo con bombo y platillo el día anterior a la fiesta de la Asunción, fecha en que oficialmente terminaban las vacaciones. Pensó que esta vez sería lo mismo, pero no sospechaba el género de fiebre que se apoderó de Esteban durante las siguientes semanas, luego de aquella escapada en apariencia insignificante ocurrida con el permiso grave del propio bedel, a quien la invitación de la señorita Gallardo le parecía una deferencia que Esteban, por educación y por no hacer quedar mal a los seminaristas con sus ancestrales benefactores, debía corresponder con una visita formal.

Los días pasaron en absoluto desasosiego. Escribía versos que luego juzgaba deleznable (todos rimaban florentino con baldaquino) y los tiraba rabiosamente a la basura. Entonces, abría un libro que había traído casi en secreto, se concentraba tan sólo por espacio de unas cuantas páginas y lo abandonaba, impudicamente abierto, exponiéndolo al escrutinio vigilante del bedel que sólo esperaba una oportunidad, el más mínimo descuido de Esteban, para caerle encima como un animal de presa y denunciarlo al prefecto, exhibiéndolo como un muchacho disoluto, en cuyo corazón anidaba la perversión en estado larvario, por decirlo con el lenguaje altisonante que el propio padre prefecto usaba como un martillo para achatar los brotes de maldad que, a despecho del ángel de la guardia de cada uno, a menudo surgían repentinamente hasta en las almas más protegidas con la coraza de la virtud. El libro era una novela francesa, el autor –irreprochablemente católico– se apellidaba Mauriac (“Moguiac”, le había enseñado a pronun-

ciar el profesor de francés, aquel simpático anciano al que no habían logrado importunar con sus bromas, a veces subidas de tono, porque era sordo y entendía muy poco el español), sus personajes vivían torturados por hondas pasiones y extensas culpas, intentando bucear en las profundidades de sus sentimientos para encontrar una verdad sobre sí mismos que siempre se les escapaba, como el agua retenida sólo un instante en el cuenco de la mano; llegaban por retorcidos caminos al desierto de sus vidas y en aquella inmensa llanura la existencia parecía no tener sentido hasta que una luz –esa luz que esplende en la noche oscura de las almas y que nos llega “toda ciencia trascendiendo”, como había dicho el poeta de Yepes, Juan de la Cruz–, la luz de un amor situado por encima de todo, los redimía de la culpa y les permitía salir del túnel, del laberinto en que habían convertido su miserable existencia, víctimas como eran de sus pasiones.

Otro día retomaba el proyecto de escribir no un sainete, a la usanza pueril de los que cada año representaba con sus compañeros, sino una obra verdadera, en la que genuinamente se vieran reflejados los avatares de su corazón, a últimas fechas tan estrujado. Pretendía disfrazar los hechos y desde luego los personajes reales acudiendo a algún pasaje bíblico, especialmente de los evangelios, que le diera pretexto para exhibir allí los desiertos de su alma y las tribulaciones de sus sentidos.

Nunca le había creído al padre prefecto cuando los amonestaba sobre los peligros de caer en tentaciones carnales y les advertía que el mejor recurso contra tales asechanzas del maligno era la oración, ante todo, pero si ésta no rendía el fruto esperado –la paz del espíritu, la lasitud del cuerpo– era necesario entonces recurrir a métodos más drásticos: la flagelación. A Esteban aquello le sonaba a martirio inútil al que se sometían los frailes encerrados en sus celdas a piedra y lodo. A ellos el demonio se les aparecía en figura

de mujeres inmensamente deseables que cuando estaban a punto de cometer los pecados más abominables se convertían en asquerosos chivos. Contra semejantes tentaciones valía la pena usar el flagelo. Pero a él no se le había aparecido el diablo sino un ángel al que en principio creyó la mismísima Virgen y luego la más adorable de las criaturas de este mundo. Y no había sido sólo una aparición sino una verdad de carne y hueso –más carne que hueso, ciertamente– que lo había tocado, que le había deshecho el nudo de la corbata y lo había acariciado en la nuca, en la cabeza, en el cuello y lo había besado en la boca provocándole sensaciones que jamás había imaginado, y lo había dejado luego sumido en el más espantoso desconsuelo.

Muchos, muchos días le parecieron los que había pasado sin verla. Esperaba el domingo como el náufrago que mira la isla todavía lejana. Esperaba el domingo porque sabía que en la solemne misa de doce podría verla, y por ello se ofreció gustoso para llevar el cirial, aunque para ello tuviera que portar la odiosa sotana negra con aquella banda verde que indicaba su novatez, su condición de “rata”, que así llamaban los mayores a los alumnos del seminario menor. Con el cirial en la mano se sentiría más seguro y al estar de frente a la asamblea durante casi toda la celebración podría mirarla a su antojo.

El domingo llegó y trajo consigo la más cruel de las decepciones. Las hermanas Gallardo, inexplicablemente, no se presentaron a la misa de doce. Al parecer, habían tenido que viajar a Asunción desde el sábado, urgidas por algún asunto impostergable.

Esteban disimuló sus lágrimas –eran de rabia y tristeza y autocompasión– ayudado por el humo picante del incienso que lo molestaba tanto a él como a sus compañeros y se tragó la humillación en silencio, fingiendo por primera vez que rezaba todas las oraciones cuando en realidad aprovechó el murmullo de los asistentes y el canto de los himnos para declamar para nadie los versos que había compuesto la noche anterior casi

a oscuras. Supo en ese mismo instante que sus versos, mala imitación de ciertas rimas de Bécquer que alguna vez el padre Gutiérrez, profesor de preceptiva literaria, les había hecho leer para que aprendieran a versificar, eran malos, habían nacido sin alma, mutilados, sin belleza alguna, porque la destinataria no estaba allí para escucharlos. En ese momento decidió que nunca más escribiría versos, quemaría todos los que guardaba por ahí, metidos entre los libros, borraría todo vestigio de esas palabras que ahora lo llenaban de una oprobiosa sensación de desamparo. Se sintió extrañamente más solo que nunca en medio del rito multitudinario. Se equivocó más de una vez en los movimientos que debía hacer con el cirial y al término de la misa, cuando avanzaba por el pasillo central de la iglesia, en procesión solemne tras el párroco, se halló recitando no sus versos ripiosos y ahora desdeñados sino su jaculatoria predilecta como si fuera un ensalmo: Ave-María-purísima-sin-pecado-concebida-Ave-María-purísima-sin-pecado-con-cebida.

5

Hoy es un día insólito en Asunción y también un día especial para nosotros, la familia de Esteban.

Por primera vez en muchos años, tal vez en lo que va del siglo, anoche la temperatura en la ciudad cruzó la barrera de los cero grados hacia abajo. Hoy, como a las nueve o diez comenzó a nevar: unas hojuelas ligeras, leves, como *cornflakes* blancos, o plumas de un almohadón que volaran por el aire. En un santiamén las calles se pusieron blancas como en esas tarjetas navideñas y se veían los árboles como en las películas, grandes cabezas canosas. En el colegio, el director ni siquiera nos dejó entrar y en las primarias los maestros dejaron salir a los niños después de la formación, mucha gente no fue a trabajar, no tanto por el frío, sino para poder observar a sus anchas este

espectáculo maravilloso y absolutamente desacostumbrado. Mis hermanas se volvieron locas de alegría y salieron a la calle a lucir sus abrigos, que casi nunca se ponen, y unos gorros de estambre que mamá les había tejido hace años, presintiendo desde entonces una mañana blanca y helada como ésta.

Además, la familia tiene otro motivo para no olvidar este día. Hoy es el cumpleaños número dieciocho de Esteban, mi hermano. En casa nunca hemos celebrado los cumpleaños, no se hace fiesta ni hay piñatas para los niños. Pero hoy es el primer cumpleaños que Esteban va a pasar con nosotros. Los años anteriores los cumplió en el seminario, a lo mejor felicitado por alguno que otro compañero. Hoy, en cambio, mamá le hizo comida especial, de fiesta, y le pidió a Carmen, mi hermana mayor, que tiene tan buena fama de repostera, que horneara un pastel. Ahora lo está decorando en la cocina y hasta aquí llega el olor a betún de chocolate.

Ayer, papá nos había anunciado que Esteban por fin decidió dejar el seminario y que hoy llegaría a la casa. Justo hoy que es su cumpleaños, once de enero. Justo hoy que está nevando como nunca de los nunca habíamos visto en Asunción. Ni nosotros ni mis padres ni mis abuelos, nadie recuerda una mañana así, acaso tan sólo mamá que la soñó tan claro pero que ya había olvidado ese sueño. Martha, mi hermana gemela, no cabe de contento: con su abrigo azul marino y su gorro rojo de estambre se salió a la calle desde que comenzó la nevada a recoger los copos para hacer figuras, bolas o muñecos, lo que alcance a salir con esa escarcha fina que está cayendo.

Hace dos horas que Esteban llegó. Mis papás nos habían advertido que no le hiciéramos preguntas ni malas caras. Al contrario, dijo papá, vamos a hacer fiesta porque ha regresado, dichoso él que tiene una casa donde llegar y una familia que lo quiere, así dijo. Yo a Esteban le vi la cara como de tristeza, como que no le hace mucha gracia haberse salido así, tan intempestivamente, del seminario. A lo mejor ya tenía tiempo

pensándolo y pensándolo, pero no se decidía. Lo lógico hubiera sido que en las vacaciones de Navidad se hubiera quedado aquí para siempre, pero regresó el día dos de enero, como cada año, a los patios, a los salones y a los dormitorios del seminario menor, donde antes todos los domingos lo íbamos a visitar.

A Esteban le gusta mucho la música clásica, es una afición que adquirió en sus años de seminarista, porque antes ni de chiste. Ahora es muy culto, muy leído y escrito –como dice mi abuelo en son de burla–, le gusta leer novelas rusas y francesas, incluso a mí me contagió el gusto por la lectura: en las vacaciones acabé *La guerra y la paz*, que son dos tomos como de mil páginas cada uno. Me encantó, hasta me dieron ganas de escribir una continuación. Ojalá un día pueda yo escribir historias inventadas de verdad, porque ahora cuáles podría contar, a menos que me ponga a relatar las anécdotas que mi hermano me ha estado narrando desde que llegó, mientras escucha en la consola un disco de música clásica y me dice que esa pieza que pone y vuelve a poner –se va a rayar el disco, le dije– se llama “*Adagio* de Albinoni”, y suena la verdad muy bonito, muy sereno pero también como muy triste, se mete en los oídos con suavidad, lentamente, con ligereza, como la nieve que vemos caer por la ventana mientras él me platica las aventuras que desde las vacaciones pasadas ya me había contado y las noticias ya viejas del seminario. Se va a rayar el disco, pienso.

–Imagínate que al bedel del seminario menor, ése que era como policía en las vacaciones de comunidad, lo corrieron hace un mes muy en secreto. Nadie sabe por qué, si ya estaba en Teología, sólo le faltaban dos años para ordenarse. Dicen que le descubrieron una novia y que hasta un niño tuvo con ella, vete a saber –me cuenta, aunque eso ya lo había platicado en Navidad. Él bien sabe que esa historia ya la había contado, pero lo vuelve a hacer porque tiene temor de quedarse callado,

de que la tristeza se le salga por los ojos y claro que no quiere llorar, seguro se prometió a sí mismo que no iba a llorar.

Yo quisiera preguntarle muchas cosas: por qué dejó el seminario, qué pasó con la famosa vocación al sacerdocio –hubo un tiempo en que quiso convencerme para que también yo fuera sacerdote–, qué piensa hacer ahora con su vida, ahora que ya tiene dieciocho años cumplidos, pero no tiene estudios oficiales. ¿Es cierto lo que dicen mis hermanas, que se consiguió una novia en la hacienda de Gallardo y que por eso el padre prefecto lo presionó para que saliera?

No me atrevo a preguntarle porque en su mirada veo un desierto sobre el que está cayendo lentamente la nieve. Un desierto blanco que no tiene ningún paisaje o es un paisaje que por ahora esconde todos sus colores, un desierto en el que se hubieran borrado de pronto todos los caminos.

Pero no debo comer ansias. Yo sé que un día me lo contará todo y podré escribir esa historia.

Aguascalientes, enero-julio del 2002.

Para mi hermano.

Sonata en el jardín

1 *Violenta en el jardín suena una nota (1924)*

Siempre a horas imprevistas, suenan las notas del piano en el jardín. Un piano en el jardín suena tan desacostumbrado, tan de otro mundo. Según su madre, el piano debe presidir las reuniones sociales y familiares en el salón, *comme il faut*, y por tanto sólo a regañadientes ha permitido el capricho de Alejandra, uno de tantos caprichos que a últimas fechas ha venido imponiéndoles. Al señor Douglas sólo le preocupa lo que tendrá que pagar al afinador porque es seguro que el piano, por más que haya sido traído desde Hamburgo, vía Nueva Orleans, apenas hace un par de años, tarde o temprano va a desafinarse con esos cambios de lugar y de temperatura: no es lo mismo la penumbra apacible del salón con su duela de nogal pulida y encerada a cada rato que la agreste intemperie del jardín, bajo los rayos justicieros del sol de Asunción, sin siquiera una sombrilla que lo proteja. ¿Y qué va a ocurrir cuando lleguen las lluvias? Afortunadamente las primeras tormentas del verano se han retrasado mucho. Asunción es tierra de poco llover; sin embargo, ya se anuncian en el cielo las nubes agoreras de julio y con ellas la inminencia del arribo

del reino de las aguas. Por ello hoy, como ayer y anteayer y los días pasados y las semanas anteriores, el señor Douglas ha insistido con la misma frase que ya no parece una orden sino una débil súplica: “Hay que meter ese piano ya”. Pero nadie hace caso: su mujer ha estado enfurruñada las últimas semanas como si sus cólicos menstruales, que de por sí no suele soportar con la debida paciencia, se hubieran prolongado más allá de lo tolerable hasta límites que parecerían contradecir a la naturaleza; ha estado irritable, antojadiza y caprichosa, lo que aún a un hombre indiferente y distraído como el señor Douglas no ha dejado de llamarle la atención por la sospecha, increíble para él, de que pudiera estar embarazada. La simple duda lo atormentó por noches y días (*If she were pregnant*), tanto que comenzó a jugar en su mente con todas las variables que su lengua natal concibe para expresar tales dudas, simplemente como una manera de no pensar en ello, porque si alguien está seguro de no haber dejado preñada a su mujer es él: ni siquiera la ha tocado en los últimos tres meses, pero tampoco le ha revelado la causa, incapaz de enfrentarla con una confesión que lo avergüenza: su amigo Giacinti, el médico, le ha confirmado lo que en principio sólo era una sospecha sustentada en mirarse y a veces temerosamente tocarse sus adoloridos genitales. Su enfermedad se llama con un nombre cómico pero no menos extraño: *varicocele*, no es lo que se llama una enfermedad innoble, de esas que transmiten las putas de cabaret, es simplemente una inflamación de los vasos sanguíneos en uno de los testículos. Pero ¡ah! cómo molesta, y desde luego, cómo impide disfrutar los goces de la carne *comme il faut* (para usar esa expresión francesa tan del gusto de Victoria, su mujer). Para él no era tan simple sentarse un día en su sillón predilecto, llamar a Victoria y decirle, lleno de una ternura que por principio de cuentas jamás había usado porque era incapaz de prodigarla ni al menos consigo mismo: “Vicky –como le llamaba en momentos de debilidad–, *dolly*,

honey, perdóname que no pueda *making love* contigo, tengo varicocele *in my balls*". Sólo de imaginarlo enrojecía sintiéndose a la vez ridículo y humillado, dos condiciones que jamás podría enfrentar con cordura. Tampoco se atrevía a preguntarle *are you pregnant?*, lo que además de ridículo y humillante era estúpido, porque carecía de todo sentido (*simply nonsense*, se repetía una y otra vez durante las largas horas en que intentaba convocar al duende del sueño para disfrutar por un rato cada vez más exiguo la paz de no pensar). Así se torturaba el señor Douglas de noche. De día podía tolerar sus angustias porque las mezclaba con el mejor whisky escocés, del que acopiaba una bodega entera en su castillo y otra en las oficinas de La Esmeralda, donde mataba las horas diurnas dando secas órdenes en inglés al gerente de la fábrica, revisando papeles con los administradores, dialogando con los capataces en su medio español, martilleando con insultos a muchos de los obreros en una lengua afortunadamente incomprensible para ellos, aunque no dejaban de advertir el tono malhumorado e hiriente de las palabras de aquel hombre que antes de ser un extranjero millonario en Asunción había recibido también órdenes mezcladas con insultos cuando no era más que un peón de quince años en los campos helados de Escocia que ni siquiera tenía tiempo para soñar en convertirse en un *gentleman*. Y pensar que ahora daría no sabe cuánto por volver a dormir con la tranquilidad exhausta de aquellos días, aunque fuera sobre la paja hedionda de un establo. Pero cómo dormir con serenidad si las notas enloquecidas del piano martirizado por su hija se prolongan hasta la madrugada. Ojalá fueran aquellas delicadas piezas que Alejandra repetía y repetía hasta sangrar los dedos en su niñez absorta, cuando el maestro Ladislao, pariente tal vez del ilustre músico Manuel M. Ponce, le daba lecciones tarde tras tarde. Se trataba de "Para Elisa" o del "Claro de luna" o algún pasaje de Debussy, esa música adormecedora y nocturna que el señor Douglas agradecía

porque de inmediato le parecía entrar en trance hipnótico, le comunicaba una serenidad bienhechora a sus huesos y una calma insospechada a sus nervios. Pero a últimas fechas, desde que Alejandra se había salido con la suya con esa loca idea de trasladar el piano al jardín, sonaban las notas más exasperadas. No sólo la “Polonesa” de Chopin, que al propio maestro Ladislao le parecía impropia de una señorita, sino aquellas piezas arrebatadas de baile de negros de las que a saber dónde había conseguido las partituras. Al señor Douglas se le crispaban los cabellos sólo de escuchar esas notas encabalgadas, absolutamente peleadas con el buen gusto y la delicadeza de unas manos femeninas, esas notas que sólo se permitía oír en casas de mala nota, al calor de las copas, con los muslos de dos muchachas apoyados en sus piernas, una mano acariciando el vaso de whisky y la otra en los senos de una morena de quince años. Pero en su propia casa, a media noche y en el jardín, era el colmo. Algo tendría que hacer y pronto, para lograr dormir tranquilo: tenía que hablar con las dos mujeres de su casa, había que averiguar a qué se debían los comportamientos extravagantes, aunque de algún modo estaba acostumbrado, ninguna de las dos era lo que podía llamarse una persona normal, al menos lo que él suponía que debe ser una persona normal. Si Victoria era una mujer caprichosa, impredecible y caótica, Alejandra había superado toda expectativa, y eso que el nombre había sido escogido por él para honrar a la que en ese momento era reina de su lejana patria natal: Alexandra, aquella princesa que gracias a su sordera irreversible podía tolerar de buen modo las infinitas habladurías, todas con base real, que corrían por todo el país sobre las aventuras y correrías eróticas de su real consorte, el sempiterno príncipe de Gales, apodado Bertie por su madre, quien había renunciado a su primer nombre, Alberto, para optar por el más inglés de Eduardo. El señor Douglas no podía dejar de apreciar las similitudes de nombres propios entre

aquella, la familia real británica, y su modesta familia mexicana: su mujer se llamaba Victoria (a saber por qué la madre había decidido el nombre), él era orgullosamente Eduardo –como Eduardo VII– y sus hijos Alberto –como se llamaba realmente ese mismo rey– y Alejandra, sin esa molesta “x” que el oficial del Registro Civil había cambiado en un descuido imperdonable por la “j” hispánica. Sus reales reflexiones lo llevaron de regreso a casa. Cuando llegó, apenas cruzado el sólido muro que separaba su castillo del mundanal ruido de la calle del Apostolado, lo atrapó el sonido discordante del piano. Fue directamente al jardín, tuvo el inútil cuidado de acercarse sin hacer ruido hasta plantarse justo detrás del cuerpo encorvado de su hija que en ese momento acometía las más extrañas combinaciones de notas, aporreando por igual y sin concierto las negras que las blancas y pisando los pedales de forma caprichosa. Un *impromptu* excesivamente original que en sus dedos sonaba extraño, por no decir otra cosa. El padre se inclinó y le tocó suavemente los hombros, tratando de no asustarla. Pero no lo logró. Alejandra pegó un grito espantoso, como si el descuartizador de Londres se hubiera adueñado de su cuello con las intenciones más perversas. Cuando se dio cuenta de que era su padre, no se calmó, como hubiera sido de esperar. Por lo contrario, arremetió contra él en un arranque histérico que dejó al señor Douglas sumido en una irritante confusión. Finalmente, decidido a tomar el toro por los cuernos (expresión que sólo al llegar a Asunción había aprendido), confrontó simultáneamente a las dos mujeres, del modo más directo posible, como él acostumbraba, con esa mentalidad sajona que aparecía nítidamente cuando entraba en crisis de cólera. En esos momentos lo que más odiaba eran los rodeos lingüísticos a los que eran tan afectos los naturales de Asunción –él sospechaba, no sin razón, que todos los habitantes del país usaban esos intolerables preámbulos y subterfugios para evitar ir al grano y llamar a las cosas por su nombre–, lo que

producía en él un efecto contrario: formulaba preguntas o lanzaba acusaciones que caían como balas de plomo en sus interlocutores y, claro, les parecían el colmo de la descortesía. “Victoria: ¿estás embarazada?”, fustigó a su mujer y en seguida a su hija: “Alejandra, ¿te volviste loca o qué te pasa? ¿Necesitas un hombre?”. Su mirada rabiosa iba de una a otra, esperando que le respondieran de modo tan directo como creía merecer. Por toda respuesta, Victoria soltó una carcajada que contagió a la hija. Ante aquel ataque de histeria hilarante, el señor Douglas se sintió incapaz de continuar el interrogatorio. Se dio por vencido, chocó los talones de sus polainas contra el piso abrigado del salón, dio media vuelta y fue a encerrarse luego en su despacho, donde guardaba su tesoro preferido. Estuvo bebiendo tal vez una botella entera de whisky antes de irse a acostar, absolutamente borracho. Victoria esperó ese momento, en pleno desquiciamiento alcohólico, para revelarle la verdad: “Yo no estoy embarazada, tarugo, la que está embarazada es Alejandra, tiene ya ocho meses, sus molestias son insoportables”. Es de dudarse que el señor Douglas haya comprendido de inmediato. Pero a la mañana siguiente citó con urgencia a Giacinti y no salió a la fábrica hasta que éste hubo auscultado a la muchacha y dictaminado, para sorpresa de todos, incluida la propia Alejandra: “Esta muchacha tiene ya un embarazo muy adelantado, le faltan unas cuantas semanas. Sería bueno que hoy mismo, mañana a más tardar, la lleves al Hospital Civil. Si no lo haces, puede ser tarde, el bebé no está bien colocado”. Interrogada por el padre hasta la exasperación, y por la madre a veces con dulzura y otras con rabia celosa, la muchacha se obstinó en no declarar el nombre del padre de la criatura ni las circunstancias en que había sido concebida. Un mes después, mientras tocaba el piano, la acometieron con furia los dolores del parto, Giacinti acudió de inmediato acompañado de una enfermera, porque Alejandra se había negado a alumbrar en el hospital, las familias adineradas lo

consideraban de pésimo gusto. Era el 15 de agosto, día de la Asunción, día de gran ceremonia en que los Douglas solían asistir de pipa y guante, de mantilla sevillana y zapatillas de raso, a la misa solemne en la catedral. Ese año de gracia de 1924, el obispo, Monseñor Ignacio Valdespino, no los miró desde el presbiterio, menos aún desde el púlpito. Los Douglas no llegaron, la hija de Alejandra nació en su castillo a las seis de la tarde. El bautizo de Rebeca, que así se empeñó en llamarla, no pudo efectuarse ese mismo día porque el obispo se hallaba muy ocupado en las festividades patronales.

2...*que tiembla como gota de rocío: (1904)*

Aun cuando ya habían pasado cuatro años de su matrimonio, el señor Douglas, que por delicadeza suya, había decidido llamarse oficialmente Eduardo y no Edward, como estaba asentado en su partida de nacimiento, a estas alturas seguramente perdida en las buhardillas de su humilde casa natal en Escocia, no podía amoldarse a las costumbres insólitas de su mujer, Victoria Ruiz de Chávez, con quien se había casado en rumbosa ceremonia luego de haber aceptado el bautismo en la fe católica. Ese año, primero de los 900, la parroquia de la Asunción, ahora ya sede del nuevo obispado y por lo tanto recién estrenada como catedral, se vistió de gala, pues el señor Douglas, con sus treinta y tantos años a costas había sido bautizado y confirmado y meses después celebraba nupcias con la sobrina del gobernador. Su ingenuidad escocesa y campesina, inherente a él, pegada y cosida como una segunda piel, a pesar de los años transcurridos y de la creciente fortuna que había logrado acumular, no le permitió advertir las extrañas costumbres de su novia. Además, ella se había cuidado muy bien de no evidenciarlas, segura como estaba de que ningún otro hombre la aceptaría en matrimonio a su edad

–veintisiete años bien cumplidos– y con aquellos modales hostiles y excéntricos que quién sabe de dónde habría sacado, si al quedar huérfana fue educada con esmero por las institutrices que su tío contrataba y luego por las recias maestras del Liceo de Señoritas, mujeres enérgicas, disciplinadas y serias, donde las haya. Ahora, pasados ya cuatro años de aquella ceremonia al mismo tiempo fastuosa y ridícula, en la que él nunca supo cómo comportarse, el escocés seguía sin comprender el por qué su mujer había dado en ciertas conductas estrafalarias sin siquiera esperar a que transcurrieran los dorados días de la luna de miel. Para celebrar aquel enlace habían emprendido un larguísimo viaje a Europa y los Estados Unidos. Recorrieron las ciudades más populosas del planeta. Partieron de Veracruz con rumbo a Nueva Orleans y de allí viajaron a Filadelfia, ciudad que a Eduardo le traía recuerdos no muy gratos de épocas en que había pasado hambre y frío. Luego fueron a Nueva York, urbe que había crecido enormidades en los últimos veinte años, desde que el señor Douglas no pisaba sus calles. Anduvieron por la Quinta Avenida, recorrieron a pie el Central Park, se hospedaron en el lujoso hotel Waldorf, atravesaron las interminables calles hasta llegar a los muelles del dawntown y responder al saludo imponente que les hacía la estatua de la Libertad, instalada en una isla como si fuera su casa desde hacía quince años como regalo de los franceses, siempre irónicos, al pueblo megalomaniaco de Norteamérica. A Victoria no le gustó nada esa ciudad de hierro, enorme y bulliciosa, prefirió reservar sus facultades de sorpresa para después, cuando atravesaran el Atlántico en un buque de bandera británica que los depositó en Southampton una helada mañana de abril. Tampoco Londres ejerció mayor efecto en su ánimo; era una ciudad tan ruidosa y gigantesca como Nueva York, pero mucho más antigua y oscura. Además, no soportó la niebla: daba la impresión de que los londinenses conocían a sus hijos hasta los quince años,

cuando su estatura les permitía atravesar el muro de niebla que los separaba de sus padres. Se hospedaron muy cerca de Saint James, como para sentir la presencia protectora de la anciana reina, aquella implacable tocaya que gobernaba su imperio como si fuera su familia y a su familia, extensa y entrelazada con todas las casas reales de Europa, como si fuera su reino. Fueron a Escocia, donde el señor Douglas derramó lágrimas silenciosas y Victoria se enamoró de los castillos, tanto que convenció al marido nostálgico de que le construyera uno a su gusto en Asunción donde nadie había soñado ni visto tal cosa. Luego, repuestos de la estrujante visita a la *Homeland*, continuaron el viaje al Viejo Continente. Estuvieron en ciudades esplendorosas, pequeñas y brillantes como joyas bien engastadas, cuyos nombres encantaron a Victoria: Brujas, Gante, Lieja, Lovaina, Amberes, La Haya. Conocieron el populoso puerto de Rotterdam y los canales espléndidos de la Venecia del Norte, Amsterdam, que al igual que la ciudad del Adriático, cada tanto tiempo terminaba hundida bajo las aguas como en la peor pesadilla. En París conocieron todos los sitios de fama, no sólo admiraron la estatura imponente de la Tour Eiffel (que a Victoria no le arrancó el menor gesto de asombro, al contrario, le pareció una vulgar aguja de fierro que intentaba ridículamente cortar las nubes), no sólo se complació el señor Douglas con las piernas maravillosas de las muchachas del Moulin Rouge, no sólo pasearon por las riberas del Sena, y visitaron los barrios famosos de Pigalle o Montparnasse, Saint Germain des Prés o el Quartier Latin, y penetraron en las sombras de Notre Dame, olorosas a humo de cera, sino que también, por mera curiosidad, acudieron a presenciar la novedad más extraordinaria, invento de los hermanos Lumière, que al señor Douglas le causó un impacto inolvidable: aquellas imágenes en movimiento eran el vivo espejo de los sueños, aunque se movían a un ritmo diverso, no supo si más lento o más rápido, porque al momento en que admiraba las escenas

proyectadas sobre un muro blanco le pareció simplemente que soñaba, que de sus ojos hipnotizados emergía la luz que se agrandaba en la pared para transmitir aquella maravillosa sensación de vida. El señor Douglas jamás había leído a Platón, pero el relato vibrante que hizo a sus amigos, ya de regreso en Asunción, les pareció extraído, por su calidad poética, de alguno de los célebres diálogos del filósofo. A Victoria, a quien París se le hizo como una mala copia de la orgullosa capital de su país, le gustó mucho más Viena, una ciudad en la que dijo podría vivir para siempre si no tuviera que regresar a su rincón provinciano. De allá trajo los más preciados tesoros: candiles con prismas de cristal que milagrosamente llegaron a salvo a Veracruz y más milagrosamente soportaron el traqueteo del ferrocarril para arribar al altiplano y de allí, a lo largo de los inmensos eriales del Bajío, llegar a Asunción. Pero Victoria no esperó a estrenar su nueva casa para dar muestras de una serie de manías, actitudes o modalidades de su ser que fueron calificadas por su esposo como una forma infrecuente de locura. Cuando llegaron a Roma ella se empeñó en lo imposible: saludar personalmente al Papa, aquel anciano León XIII, cuyo gobierno espiritual parecía prolongarse tanto como el de Don Porfirio en su lejana patria, para presumirle la obra maestra de su paciencia cristiana: haber logrado convertir al hereje, al hijo de la pérfida Albión (como solía llamarse al país natal del señor Douglas), en un católico fervoroso, amigo personal y devoto feligrés del obispo de Asunción. Desde luego no alcanzó su propósito porque el Papa no concedía entrevistas personales, ni siquiera a Don Porfirio, menos aún a la sobrina del gobernador de aquel estado pequeñísimo, diócesis apenas naciente, enclavado en los casi desiertos de un país cuyo nombre era ignorado incluso quizá por la sabiduría pontificia. Victoria hizo un berrinche de pronóstico reservado que al marido le pareció simplemente incomprensible en una mujer hecha y derecha de veintisiete años, los mismos años que tenía

Carlota de Habsburgo cuando, ella sí, se entrevistó con el antecesor de León XIII, para pedirle que intercediera por su marido, en trance de perder la vida en una ciudad lejana llamada Santiago de Querétaro, a manos de una pandilla de forajidos *indios*. Tampoco aquella mujer había logrado sus propósitos, y su rabieta fue el claro signo de que empezaba a declinar peligrosamente hacia el abismo de la locura. Victoria se negó a cubrirse la cabeza en la misa dominical en plena basílica de San Pedro, corazón de la cristiandad, a pesar de que había comprado en Brujas media docena de elegantísimos *écharpes* de encaje con los que pretendía deslumbrar a sus amigas cada domingo, en la misa de doce. Ella consideraba su actitud como una forma de protesta ante la negada, seguramente ni siquiera solicitada entrevista con el Romano Pontífice. Lo que pretendía era darse a notar, que su cabellera castaña, perfectamente visible, llamara la atención, que los guardias suizos la echaran con escándalo del templo. Finalmente, el asunto se resolvió de la manera más inesperada: no acababan de ingresar al suntuoso edificio de la basílica, que en opinión del señor Douglas parecía más un museo, un teatro, que una iglesia cristiana, cuando Victoria sintió un mareo repentino, una náusea súbita que se apoderaba de su cuerpo y corrió a volver el estómago, habrá que decirlo, sobre las pías baldosas de la egregia Piazza San Pietro, no tan limpias como fuera de desear en aquel sacro sitio. El atribulado marido corrió tras ella sin saber qué hacer. Al fin discurrió llevarla con un médico inglés que por casualidad halló a unas calles del hotel donde se hospedaban. El dictamen, que Eduardo esperaba funesto porque lo relacionaba con aquella conducta caprichosa de los últimos días, fue de lo más simple: *She is pregnant*. Según sus propios cálculos, de lo más exacto –estableció la propia Victoria– había quedado embarazada en Viena, la ciudad de su preferencia, cuatro semanas atrás. De modo que al regreso de la funambulesca luna de miel, ella trajo de Viena los mejores

regalos, los adornos más exquisitos, los candiles más refulgentes, y el máspreciado bien para su marido: un heredero. El viaje de retorno fue torturante en extremo porque a los mareos propios de su estado se sumaron los generados por el barco que encontró tormentas y mareas a todo lo largo de la ruta. Desde entonces, el señor Douglas asociaría las manías y exabruptos de su mujer y los viajes en barco con la sentencia del médico consultado en Roma: *She is pregnant*. Nació el primogénito a principios del primer año del siglo. Fue bautizado con fiesta. Se llamó Jorge Eduardo, pero su padre lo llamaría siempre Ed, con aquella costumbre anglosajona de apocopar los nombres hasta el extremo. Transcurridos tres años, cuando ya había perdido la costumbre de preocuparse por las locuras crecientes de su mujer (eso de criar gatos que se multiplicaban amenazadoramente por toda la casa, eso de ordenar cenas de chocolate con conchas durante semanas y semanas, lo que a él parecía no importarle, porque así tenía el mejor pretexto para vaciar sus botellas de whisky, declinando la cena insufrible, eso de cultivar aquellas plantas exóticas en el invernadero y no salir de allí a veces hasta la media noche), un buen día de mayo la sorprendió tirada boca arriba en el jardín, con la luz feroz del sol cegándola, el sudor corriendo libremente por su piel trigueña, los brazos desnudos saliendo del camisón encarnado, las piernas, aquellas piernas que eran la perdición del deseoso marido, en una postura incitante, como invitándolo a entrar en un cuarto oscuro lleno de delicias. La mujer cantaba una canción incomprensible cuyas notas temblaban en su voz como gotas de rocío en una orquídea salvaje. Podía ser una canción de cuna, pero también una lúbrica melodía de aquéllas que el señor Douglas recordaba haber escuchado a las muchachas del Moulin Rouge. Cuando el hombre se acercó, tumbándose sobre el pasto encrespado, e intentó besarla con una mezcla de pasión e ignorada ternura, ella se abalanzó sobre sus labios y los acometió voraz. Lo mordió no sólo allí

sino en la mejilla y en el cuello y en el lóbulo de la oreja. Ante semejante demostración felina, el señor Douglas no tuvo más remedio que preguntarse *Is she pregnant?* Claro que lo estaba. El día de Navidad, en medio de una comida bizarra servida en el jardín, con la dueña de la casa aullando en su recámara como una loca, los Douglas fueron felicitados cálidamente por sus amigos, encabezados por el médico Giacinti, quien acababa de traer al mundo a la niña. “Que se llame Alexandra, como la reina de Inglaterra”, dijo el orgulloso padre. Muchos de los presentes no sabían que la esposa del rey Eduardo VII se llamaba así, que allá se escribía con “x” y menos aún que la regia poseedora de aquel nombre era danesa y sorda. “Hay más cosas entre el cielo y la tierra de lo que es posible imaginar”, sentenció el abogado Westrup, amigo de la familia, que había leído a Shakespeare y acababa también de ser padre por segunda vez.

3...*la gota de cristal que araña el frío* (1942)

Por muchos años, el señor Douglas vivió acongojado por las excentricidades de las mujeres de su casa. Alguna vez intentó sumarse a ellas pero resultó imposible, su carácter no se avenía fácilmente a aceptar como naturales aquellas intempestivas formas de ser. Ante su ostensible fracaso, cambió de idea: prefirió dedicar todos sus esfuerzos a hacer de su nieto, único varón de su descendencia, un verdadero Douglas, al menos en aquellos rasgos que él juzgaba imprescindibles para ser un auténtico heredero suyo: el gusto por el whisky escocés y los habanos, y desde luego, la sagacidad para los negocios. Así, el hombre no tuvo ojos para ver crecer a su nieta Rebeca, que se desarrollaba como una planta salvaje, una más de las caprichosas especies que Victoria cultivaba en su invernadero, que iba asumiendo las costumbres felinas de la abuela, ad-

quiriendo también los hábitos desordenados y erráticos de su madre, aquellos repentinos cambios de humor que no obedecían a la ronda lunar de su naturaleza femenina, sino que la acometían en los momentos más inesperados y por las causas más insólitas. Acudía al Colegio de la Inmaculada, donde ponía a prueba todas las mañanas la paciencia de Sor Elisa, venerable por todos conceptos, en especial por aguantar los malos modos de niñas como Rebeca, cuya crianza siempre dejó mucho que desear. Soreli, como la llamaban en confianza sus alumnas, prodigó sus virtudes magisteriales, hizo acopio de sus mejores herramientas de trabajo para intentar desbrozar los yerbazales bajo los que se escondía el alma cándida de aquella indómita jovencita, pero poco pudo lograr. Tristemente habría de reconocer ante el señor Douglas que no era posible sacar buenas tiras de aquella tela montaraz. “Es de fábrica, hermana”, concluyó el abuelo, con una dosis pareja de resignación y buen humor. Decidió entonces que debería enviarla a un internado, de ser necesario en el extranjero. Quien más viva oposición mostró al respecto no fue Alejandra, la madre, ni siquiera Victoria –a quien la niña le era particularmente simpática–, sino Eduardo, el nieto, que se empeñó con la energía y pasión de sus quince años en que la prima no se fuera de Asunción. “No quiero quedarme solo”, dijo y sonó bíblico, como si el abuelo fuera el mismísimo Padre Eterno que hubiera decretado la expulsión de Rebeca del Jardín del Edén y él un nuevo Adán privado del producto de su costilla. Finalmente, la intervención de Victoria, que asumió la defensa de su nieta como si el señor Douglas la hubiera acusado falsamente ante un tribunal superior, pesó lo suficiente en el ánimo del patriarca, al grado de acceder a que fuera matriculada en otra escuela de monjas, las discípulas de Santa Juana de Lestonac, y allí terminara con más pena que gloria sus estudios elementales antes de ver si era aceptada, lo que no parecía muy factible, en el antiguo Liceo de Señoritas, ahora transformado en Normal del Estado,

aunque seguían dirigiéndolo las mismas mujeres adustas que habían intentado en vano corregir el carácter bronco de la abuela y se habían declarado incompetentes para extraer de Alejandra la madera de futura educadora: a las claras se vio que no poseía vocación alguna, salvo aquella afición suya por el piano que abandonaba por semanas y luego retomaba con vehemencia, cuando la aquejaban los cólicos menstruales. El señor Douglas se sentía cada vez más abrumado por las vergüenzas que le hacían pasar aquellas mujeres caprichosas y agresivas. En las reuniones con sus amigos intentaba distraerse jugando largas partidas de *poker* (baraja inglesa, por supuesto) con Giacinti, su médico de cabecera, su confidente, su mejor aliado en los momentos difíciles –que a su edad menudeaban–, con Buchanan, el “ingenioso ingeniero”, con el “joven abogado” Westrup, a esas alturas ya solterón entrado en canas (su padre, el “viejo abogado”, que leía a Shakespeare y ponderaba tanto los misterios de la vida, había muerto en los brazos, por no decir en los pechos, de una puta de categoría en medio de una de aquellas parrandas memorables que solía disfrutar en sus excursiones a la capital, a donde viajaba cada tanto por razones que mantenía como secreto de estado, aunque cualquiera sabía que sus “negocios” eran una ilusión con la que engañaba a su candorosa mujer), y de vez en cuando con el comerciante Brunier, con quien mantenía distantes y frías relaciones públicas y prácticamente nulas relaciones personales: le era, como todo lo que oliera a francés, repulsivo y antipático. Una de esas noches, cuando Rebeca estaba a punto de cumplir los dieciocho años, irrumpió literalmente como un gato salvaje en medio de la paz alcohólica y el humo denso de la tertulia. La impresión que causó entre los asiduos del señor Douglas fue imborrable y tuvo consecuencias inesperadas, alguna incluso benéfica, como el hecho de que Monsieur Brunier decidiera no regresar jamás al castillo de los Douglas. Sin embargo, el incidente abochornó de modo particular a Alejandra porque

hacia tiempo había puesto sus ojos en el “joven abogado” Westrup, atrayéndolo con halagos y frases corteses, invitándolo de manera particular a disfrutar un coñac antes de que los demás invitados hicieran acto de presencia, mientras ella tocaba al piano lo mejor de su repertorio, que desde luego era invariable y muy escaso. Con sobrada razón, Alejandra temía que la aparición de su hija, como en una pesadilla, como en la peor escena de una película de terror, hubiera despertado en el abogado recelos y prevenciones que podían sintetizarse en una pregunta muy natural: “si así es la hija, ¿cómo será la madre?” Por ello, se esforzó en borrar de la memoria de los contertulios de su padre aquellas perturbadoras imágenes de una Rebeca revolcada en el lodo, arañada quizá por los gatos insaciables de la abuela, su bonita cara atacada violentamente por el acné juvenil, al grado de parecer más bien que padecía los coletazos fatales de la viruela, sus brazos a punto de sangrar por las líneas que los felinos habían trazado como un tatuaje perverso, su falda escolar desgarrada en quién sabe qué momento de cólera, tal vez por sus propias manos, su mirada, esa mirada azul que lo mismo podría revelar absoluto candor que los extravíos de una mente perdida, su mirada ausente y vagarosa, como aquellos personajes femeninos de Poe, mezcla de encanto juvenil y horrorosa decrepitud. Así que los meses siguientes Alejandra estuvo al pendiente de la llegada de Westrup, le dedicaba mayor atención que el señor Douglas. Mientras tanto, él, agobiado por enfermedades de viejo y tantas tribulaciones familiares, no había reparado en la delicadeza repentina y desacostumbrada con que su hija trataba al abogado de la familia. Para fortuna de Alejandra, Westrup no se alejó, no porque apreciara mayormente las atenciones de aquella mujer que acusaba en su cuerpo y en su cara los efectos de una prolongada abstinencia, ya que no podía hablarse legítimamente de soltería, sino porque le interesaba sobremanera seguir llevando los asuntos legales del señor Douglas,

en particular ahora que lo acababan de nombrar Notario Público, cargo que su padre había desempeñado hasta su muerte con notable eficacia y no menos notable habilidad para hacerse de todo tipo de bienes de dudosa procedencia, aquellos que bien llamaban “negocios de viudas”, en los que el viejo abogado era un experto. Westrup esperaba pacientemente el día en que el señor Douglas se decidiera a otorgar testamento. No perdía la ilusión de ser él quien lo redactara y aún más, tenía la secreta esperanza de quedar incluido en ese testamento en calidad de pariente político. No se había atrevido a dar el paso crucial, no obstante la evidencia de interés por parte de Alejandra, porque todavía acunaba en su mente la posibilidad de hallar mejor destino matrimonial, es decir, alguna muchacha joven, de buena familia, no mal dotada en prendas personales, como solía decirse, ni escasa de patrimonio. Pero mientras tal oportunidad seguía negándosele, y los años corrían sin piedad para su físico de por sí nunca sobresaliente, él seguía cultivando la perla madura del castillo Douglas. Ciertamente, alguna vez había contemplado, sólo de lejos, como un pensamiento pasajero que ahuyentó de su mente con rubor, una posible jugada maestra, como cuando se guarda celosamente un as bajo la manga para exhibirlo triunfante en el momento preciso. Se trataba de cortejar a la madre sin prisas, sin dar claras señales de su intención, durante dos o tres años más, hasta que la hija se convirtiera en mujer y entonces revelar su genuino interés por Rebeca. Pero justamente el día en que la muchacha había hecho su aparición aterradora ante los invitados del abuelo, Westrup llegó demasiado temprano, antes de que oscureciera por completo, lo que le permitió ser involuntario pero a la vez agradecido testigo de una escena que le pareció al principio incomprensible y repugnante; luego, conforme lo fue meditando en medio de la partida de poker, lo llegó entender con alucinada precisión, y comenzó a sentirse aliviado por no haber cometido la peor equivocación de su

vida. Se percibía libre de culpas pasadas y futuras y al mismo tiempo un tanto aver-gonzado de su proyecto matrimonial que, visto a la nueva luz de los hechos que sólo él había atestiguado esa memorable tarde, ahora le parecía mezquino y egoísta. Esa tarde, le contaría años después a sus amigos y confidentes mientras empinaba la enésima copa de coñac, había entrado al castillo por el jardín y gracias a un impulso inexplicable se había desviado, un poco apenado porque aún era temprano, hacia el invernadero, donde pudo ver con sus propios ojos, y que las musas nos perdonen el pleonasma, diría, cómo el nieto de su cliente preferido, el joven Eduardo Douglas, estaba violando a su prima allí, sobre la tierra mojada del invernadero. No hacía falta explicación, según Westrup, sus ojos no lo engañaron. De modo que calló prudentemente durante el resto de la velada y se decidió a cambiar de planes. Aquella noche, sorprendido en el fondo de su débil corazón por la extraña mirada de su nieta, el señor Douglas no acertó a pensar en su lengua natal más que una frase que se le había vuelto familiar: *Is she pregnant?* Por supuesto que el anciano no conocía la respuesta, tampoco Rebeca, pero Eduardo, su nieto, quizás hubiera podido afirmar con su ridículo orgullo adolescente que sí, que la había dejado embarazada en un único instante de rudo placer, aquella tarde en el jardín.

4...en el espejo de una perla rota. (1945)

Desde los días en que su nieta desapareció del mundo sin aviso, sin que nadie supiera por qué, ni adónde había ido, menos aún si estaba embarazada como sospechaba su abuelo, el señor Douglas comenzó a deslizarse hacia el abismo de la melancolía, hacia los temibles desfiladeros de la inacción. Pasaba las horas de la mañana en el jardín, arrellanado en un sillón de cuero, uno de esos equipales traídos de Tlaquepaque

por su mujer en un arranque nacionalista que más bien parecía otra más de sus excentricidades, porque si algo detestaba Victoria eran precisamente aquellos muebles que olían a establo, a caballeriza, que le recordaban sus vacaciones en el rancho del tío que llegó a gobernador a pesar, o precisamente, porque era un militar campirano sin refinamientos de ciudad. Al señor Douglas le gustaron los sillones porque eran cómodos sin exageración y justo porque le hacían recordar, ahora que le sobraba tiempo para hacerlo, sus años de miseria en los establos de Escocia, años duros en que su madre lo había enseñado a trabajar en las caballerizas, en el establo, en los graneros. A eso olían los sillones: a su madre, y su madre olía a leche recién ordeñada, pero también a estiércol de res, a paja mojada y a trigo y a whisky casero. Cuando caía la tarde y el viento refrescaba un poco, entraba al salón o al despacho, se echaba una manta sobre las piernas y seguía bebiendo whisky a pequeños sorbos hasta que se hacía de noche y llegaba Giacinti, ahora tan viejo como él, para acompañarlo unas horas mientras jugaban una partida de *bridge* (de sus antiguos amigos sólo podía contar ya con Giacinti y sólo él conocía las complicadas reglas de ese juego que el señor Douglas había aprendido en su niñez, tan sólo de observar a prudente distancia a los dueños de la mansión en que él, su madre y sus hermanos servían). Giacinti le había prohibido los habanos y el whisky, sin embargo, el señor Douglas sólo había podido cumplir parcialmente la recomendación: ya no fumaba, pero no podía ni quería dejar de beber. “El día que deje el whisky me muero”, había declarado, como quien hace una predicción de tormenta inminente mirando un cielo nublado y oscuro. A estas alturas de su vejez había renunciado a explicarse la locura congénita de la familia. Lo que más le preocupaba era la tendencia de su nieto a la ensoñación y a esa especie perniciosa de inactividad que los sabios de su siglo llamaban nihilismo y él calificaba simplemente como pereza. Eduardo no gustaba

del trabajo, tan sólo pasaba las horas pensando en el imposible regreso de Rebeca. Pero la muchacha se había ido sin decir agua va luego de aquella espantosa crisis de esquizofrenia (no podía ser otra cosa, había dicho Giacinti, que no era psiquiatra pero sí un hombre viejo, instruido y sabio, que había atestiguado todo lo imaginable en esa familia y también lo inimaginable): le dio primero por reír a carcajadas durante horas y luego por encerrarse en el invernadero a cal y canto, convirtiéndose en uno más de los gatos salvajes protegidos por Victoria, hasta que una madrugada ya no regresó, contradiciendo su condición felina. Nadie tenía idea de su paradero, aunque su madre, Alejandra, se había atrevido a dar una explicación tan infundada y volandera pero tan válida para el caso como cualquiera otra: “Se largó con un músico, uno que toca el saxofón en un cabaret de mala muerte”. Por supuesto nunca reveló el por qué de aquella suposición que para ella no era tal sino absoluta verdad. Era cierto que Alejandra había ido, durante la feria de abril de aquel año, a alguno de esos lugares que se improvisaban en tablados alrededor del jardín de San Marcos, acompañada del abogado Westrup, que seguía cortejándola descuidadamente. Y era cierto también que allí había quedado deslumbrada por los ojos verdes de un músico joven, quizá demasiado joven, que tocaba el saxofón en la orquesta. A ella le había parecido tan guapo como Tyrone Power o cualquiera de los actores que protagonizaban esas películas americanas que Westrup la llevaba a ver religiosamente cada jueves en el cine Plaza. Pero cómo habría podido ocurrir que Rebeca conociera a ese muchacho, cómo aquel joven la habría enamorado, a ella que pasaba los días encerrada en un invernadero que a su vez estaba encerrado tras los muros infranqueables de un castillo, no tenía explicación posible ni la requería, pues Alejandra ya había decidido que Rebeca viviera las fantasías de ella, su madre, estuviera donde estuviera, cuerda o loca, viva o muerta. Tal vez por ello aquel

año se había empeñado en conseguir una invitación para el baile de coronación de la Reina de la Feria, estaba convencida de que esa noche tocaría la misma orquesta cuyas notas habían alegrado su corazón y guiado sus pasos de baile hacia casi tres años, y claro que tocaría el saxofón aquel muchacho, y entonces podrían preguntarle por Rebeca, podrían saber dónde la tenía escondida. Victoria recelaba de que su hija hablara con verdad, suponía, más bien, que ahora sí –¡por fin!– el abogado Westrup formalizaría sus intenciones matrimoniales: imaginaba que una hora antes del baile se presentaría en el castillo tan elegante como de costumbre, con aquel corbatín de seda roja ajustado al cuello almidonado de su impecable camisa blanca, pediría hablar con el señor y la señora Douglas y, muy formal, con aquella jerga rimbombante de abogado que tan bien manejaba, solicitaría la mano de Alejandra. A eso se debía que ella, Victoria, hubiera puesto tanto empeño en gestionar la invitación, no obstante que el retiro de su marido y la muerte de quienes habían conocido a su tío en el siglo anterior la habían dejado sin contactos con la sociedad de ahora (“esos nuevos ricos ordinarios y desconocidos”, según sus palabras). Paralelamente, se encargó de hacerle confeccionar un vestido de noche muy lucidor a su hija que a despecho de sus cuarenta años conservaba destellos de su antigua belleza que darían envidia a muchas de sus compañeras del Liceo convertidas ya en apacibles matronas (“tan apacibles como vacas lecheras”, habría dicho Victoria sin ruborizarse por el insulto). El ajuar, que desde hacía una semana estaba listo, enfundado en un maniquí para que no se arrugara, se complementaría con el collar de perlas de Mallorca que Victoria había llevado en su boda. El señor Douglas no tenía la menor intención de acudir al baile, no salía de noche porque las cataratas en los ojos no le permitían ver el piso y temía caerse para no levantarse más. En cambio, estaba entusiasmado con otra invitación: jóvenes empresarios habían reunido dineros y esfuerzos para lanzar

un nuevo diario que justo ese 25 de abril habría de publicar su primer número, coincidiendo calculadamente con la celebración de San Marcos. Habría una comida en el Hotel París y luego era probable que los asistentes siguieran de fiesta en la plaza de toros. El señor Douglas nunca había sido aficionado a ese espectáculo carnívoros al que eran tan asiduos los nativos de Asunción, de modo que lo más seguro era que a media tarde estaría de vuelta en casa para pasar el resto del día acompañado por las botellas de whisky escocés que guardaba en su despacho inútilmente bajo llave, porque su nieto se las ingeniaba para extraer de allí por lo menos tres botellas a la semana. Quizá Giacinti viniera a visitarlo y luego de examinar su pulso se quedarían conversando algunas horas, mientras que el abogado Westrup aparecería con su ridícula corbata roja para llevarse a las mujeres al baile de gala. Su nieto, entretanto, se estaría emborrachando en las oficinas de la fábrica y quizá seguiría haciéndolo más tarde con sus compañeros de juega, entre ellos el nieto de Giacinti, que estaba de vacaciones en Asunción haciendo una pausa en sus estudios de medicina. Irían a escuchar música y a piropear muchachas en el jardín de San Marcos, porque ninguno de ellos tenía ganas de presentarse al baile de las encopetadas, preferían la diversión al aire libre de abril y luego pasarse al Casino donde esperarían el alba confiados en su buena suerte. Pero todo lo anterior no son sino probabilidades, meros enunciados del deseo, jugadas imaginarias sobre un ilusorio tablero de damas. Los hechos fueron otros. El señor Douglas no pudo asistir a la comida en el Hotel París. Eduardo no pudo emborracharse a gusto ni en la fábrica ni con sus amigos, ni mirar muchachas ni esperar el alba en el Casino. Victoria y Alejandra no pudieron asistir al baile de gala en el Palacio de Gobierno. El abogado Westrup no pudo concretar esa tarde su intención de pedir la mano de su eterna novia. El viejo Giacinti tampoco pudo acudir a la comida con su amigo porque a eso de las doce recibió la llama-

da telefónica de Victoria, quien le comunicaba –en un tono de exasperación y fastidio nunca oído por él– que el señor Douglas se encontraba sentado en su sillón de cuero, en el jardín, sin conocimiento. “Creo que está muerto, más bien”, se apresuró a concluir Victoria. Y en efecto, minutos más tarde el propio Giacinti confirmaría el hecho. Murió sin dolor, sin saberlo, como si mirara plácidamente, en un sueño, aquellas escenas que vio en París el año 1900. Cuando todavía tenía conciencia, quién sabe cuánta, había creído mirar a su hija que se paseaba nerviosa por el jardín increíblemente vestida con el traje que estrenaría esa noche, tronando los huesos de sus dedos finos y largos, de pianista frustrada, como si se acercara el momento de entrar a escena. Luego miró nítidamente cómo se llevaba las manos al cuello y jalaba violentamente del collar hasta romperlo. Vio brillar al sol los engarces de oro y vio volar por el aire las perfectas perlas blanquísimas y vio cómo rodaban por el pasto como si se tratara del piso brillante del salón. El señor Douglas la miró tan bella como Ingrid Bergman en “Casablanca”, la última película que había visto en su vida. Le pareció que se paseaba como un fantasma enloquecido por la pantalla. Creyó confundirla con Rebeca o con Victoria, eran tan parecidas las tres. Quiso decir, como Humphrey Bogart dice en la película, una frase breve y precisa como el disparo de una pistola, unas palabras cariñosas y frías a un tiempo, dirigidas a un inexistente pianista negro que bien podría ser su amigo Giacinti: “*Play it again, Sam*”. Intentó recordar aquella palabra mágica que el magnate decrepito de *El ciudadano Kane* pronuncia misteriosamente antes de morir, pero las únicas palabras que resonaron en su mente, producto de aquella perplejidad frente al mundo que resumía el sentido de su vida, se le iban esfumando como si fueran las notas apagadas del piano en el jardín: “*If she were pregnant*”. El señor Douglas no pudo darse cuenta de que aquella visión final (su mujer, su hija, su nieta o quien fuera rompiendo el collar) no era más que

un recuerdo anticipado de lo que pasaría horas más tarde,
durante su funeral.

Aguascalientes, julio-agosto de 2002.
Para Adelina Alcalá Gallegos.

El clave bien temperado

1

Años después, inmóvil ya en la cama donde habría de morir, Alberto Douglas sólo tuvo pensamientos para pensar en Rosario, su fragante rosa mexicana, cuya hermosura daba clases a la belleza. A pesar de que casi no podía respirar, Alberto inspiraba en aquel cuarto de hospital el aroma de la Rosa de Asunción, tronchada en lo que fue su edad dorada. Aunque sabía que estaba muriendo, el joven Douglas no hacía caso de los rezos de su madre que rogaba a la Virgen de la Asunción por él, porque le devolviera siquiera un átomo de la vida en fuga que lo estaba matando; él prefería gastar cada segundo en el recuerdo que se llevaría consigo: el oro bruñido de aquella cabellera, el clavel temprano de unos labios, el lirio o marfil immaculado –de pronto se confundía, atrapado en la red de las metáforas– de un cuello perfecto. Pero sobre todo lo que el poeta nunca advirtió (tal vez porque el poema había sido escrito para otra muchacha trescientos años antes y el bardo español que lo escribió no podía profetizar): la dulzura candorosa de la mirada más azul del universo que rivalizaba con el azul del cielo de Asunción y lo vencía, incluso en el mes

de abril. Cruelmente, con la certeza que le daba la cercanía de la muerte, Alberto comprendió las palabras de aquel ramillete de imágenes poéticas que lo obsesionaba por la perfección estatuaria de su forma, por la abundancia y justeza de las comparaciones, por aquella furia gramatical que revolvía el idioma, como en un crisol del que emergía la pieza de metal más brillante que el mundo hubiera visto. Disfruta hoy de tu juventud y tu belleza porque mañana tú, tu juventud y tu belleza no serán sino humo, polvo, tierra, sombra, nada, decía el poeta y cada palabra sonaba como un martillazo. ¿Por qué prefería intragable de estas palabras a las del otro magno vate (usaba los términos que su maestro del Instituto le había enseñado), el genial Quevedo, tan contrario, tan rival del otro genio, pero en el fondo un espejo gongorino quién sabe si más siniestro? Quevedo remataba aquel su proverbial soneto con una nota de esperanza escatológica (Alberto nunca distinguió bien el sentido filosófico de esa palabra, sólo conocía su cara vulgar, grotesca, tan cercana a sus propios actuales sufrimientos): “Serán ceniza, mas tendrá sentido. Polvo serán, mas polvo enamorado”. Contra el polvo enamorado que le sugería un más allá fantasmal, inasible, pero tal vez por ello horrendamente físico, Alberto había decidido aferrarse paradójicamente a la nada, al vacío, al hueco que quedaba en la vida una vez que uno se marchaba ¿a dónde?

Esta historia debería haberla contado don Eduardo Douglas, padre del infortunado muchacho, cuyas desdichas enturbiarán las siguientes páginas. Probablemente el señor Douglas contó la historia muchas veces, en la privacidad claustral de su despacho, al calor de una botella de whisky escocés, mientras contemplaba al sesgo, por la ventana siempre abierta, el sendero tapizado con fondos de botellas oscuras. Es posible que lo escucharan sus amigos de siempre: el abogado Westrup, el médico Giacinti, quién puede asegurarlo.

Ellos también ya murieron. O quizá nunca se atrevió a abrir el corazón sobre estos hechos que le causaban un silencioso dolor, tan comprensible, a pesar de su imagen de flemático caballero británico.

El desprevenido lector perdonará que la historia la cuente yo, porque en ella toma parte una mujer extraordinaria, a la que no conocí, pero de quien mucho me habló mi abuelo en tiempos ya remotos. Era su cuñada, es decir mi tía abuela. Se llamaba María Antonia del Rosario y había crecido con sus hermanos en las tierras coloradas de los Altos de Jalisco, fresca como las mazorcas que su padre cultivaba y en buena medida podría decirse que era una hija auténtica de aquellas tierras, pues tenía el cabello como los jilotes y las mejillas chapeteadas, signo de vigor, de salud y de mucho sol cayendo sobre su cara de muñeca rusa.

Es probable que su buen talante y su inclinación a servir a los demás la hayan encauzado desde que era una muchachita a la vocación que luego, a los trece años cumplidos, había de sentir como un llamado interior o necesidad ardiente, como si alguien desde muy lejos la atrajera a un paisaje desconocido pero no por ello menos apacible. Su padre la llevó a Tlaquepaque, dejándola en su descuido al cuidado de las hermanas del Verbo Encarnado, congregación benevolente que aceptaba muchachas de su edad, lo que no en todos los casos podía ocurrir.

Rosario era en extremo hermosa, advertido por propios y extraños, según las leyendas que vienen de lejos, corriente abajo en el manantial del tiempo, y tal vez por ello su suerte en la vida conventual resultó muy contraria a sus aspiraciones. Desde luego, también es posible colegir que su padre, temeroso de una desgracia debida a sus encantos –nunca se sabe por dónde saltará la liebre–, haya preferido hacerla desaparecer a las miradas masculinas que la reclamaban ya en su rozagante mocedad.

El caso es que era una adolescente despierta, no sólo bella sino además inteligente y vivaz, cualidades todas ellas que no tardaron en despertar las más virulentas reacciones dictadas por la envidia, ese mal que corroe a todo gineceo, más si se trata de uno consagrado a la oración no siempre sincera, al silencio que incuba monstruos, a la soledad que destruye los intestinos y envenena los pensamientos.

Rosario, que así abreviaban su nombre, destacó rápidamente por su disposición y talento para asistir a las monjas de mayor edad en sus tribulaciones y enfermedades, que no eran pocas. Pronto, cuando no era más que una chamaca de quince años, el venerable médico que atendía a las hermanas en sus dolencias, la tomó como asistente, confiándole el cuidado de los casos delicados que requerían noches en vela al pendiente de las variaciones de temperatura, del color de la orina o la consistencia de las heces. Rosario aceptaba tales sacrificios, no solamente impulsada por una genuina piedad de su corazón generoso, sino además por un interés cada vez mayor en los secretos de la medicina, que le llamaban poderosamente la atención.

Se convirtió en una discípula aplicada del médico. Las noches que debía pasar velando el sueño intranquilo, lleno de respiraciones fracturadas (a veces alarmantes, a veces pacíficas e indoloras) de las ancianas, dio en leer libros de anatomía, fisiología y otras ciencias aledañas; estudiaba el *Vademecum* con cuidado, obstinadamente, como si mañana fuese a rendir examen general, y pasado mañana la fueran ya a consultar los pacientes a los que soñaba atender algún día.

Curiosamente, tal empeño suscitó en las hermanas más jóvenes un particular sentimiento de desconfianza, lo que suele llamarse ojeriza (tal vez porque justamente le mandaban sus señales de odio con la mirada); y los efectos de la envidia no se hicieron esperar: rumores, habladurías, cuando no simples mentiras, fueron llegando a los oídos de la superiora

general, mujer enérgica y dueña de un escepticismo bien ganado en tales menudencias del temperamento monjeril. La hermana Felicitas (cuyo carácter desmentía casi todo el tiempo su nombre) desestimó desde un principio los chismes, porque discernía con clarividencia la fuente de donde surgían. Ordenaba callar y con rigor conminaba a las lenguas viperinas a orar doblemente en vez de propalar los consabidos rumores.

Con ese apoyo providencial, Rosario pudo sobrevivir a las calumnias, desarrollar todavía más sus recién descubiertas cualidades para la profesión médica, crecer en sabiduría, en su buen juicio y no por ello desmerecer en sus atributos físicos, cada día más notables, a pesar de la dura regla religiosa que le mandaba disfrazar los curvos excesos de su frondosa anatomía bajo incómodas vendas y corsés.

Así pudo la novicia sortear los primeros años de reclusión en aquella casa. La superiora la relevó de sus obligaciones en los quehaceres domésticos con la intención de que se dedicara exclusivamente a atender a las ancianas enfermas, muchas de las cuales padecían enfermedades que ni las eminencias médicas de aquel tiempo lograban dilucidar, pero para quienes la modesta presencia y el celoso cuidado de la muchacha resultaban el mejor de los bálsamos, el específico más eficaz.

Rosario tenía un sexto sentido para adivinar o intuir ciertamente la verdadera naturaleza de los males que aquejaban a aquellas monjas de clausura: en la mayoría de los casos el deplorable estado en que se hallaban provenía de la prolongada soledad de sus vidas, de la ausencia absoluta de amistades verdaderas, del abandono familiar, de los desengaños juveniles, y desde luego (aun cuando Rosario no podía poner en palabras lo que sólo alcanzaba a imaginar) de no haber “conocido varón”, como se complacía en decir la hermana Martirio, la maestra de novicias, que cuando hablaba de estas cosas se empeñaba en mudar de expresión para parecer grave y austera pero sólo

conseguía que se le escapara una media sonrisa traidora o un repentino destello de inesperada picardía en la mirada.

Sus padres visitaban a Rosario de vez en cuando, no solamente porque la regla no les permitía frecuentarla como quisieran, sino porque a los deberes domésticos abundantes se había sumado la situación inestable del país: un día la región amanecía pululante de soldados federales, de aquellos que obedecían las órdenes criminales del usurpador Victoriano Huerta; otro día los campos recién sembrados eran arrasados por huestes revolucionarias de vaga procedencia villista, no menos temibles que los federales, quienes depredaban las tierras labrantías a su paso hacia lugares que luego se volverían famosos por la fama de las batallas y la gloria de los triunfos (como la toma de Zacatecas o la batalla de Torreón); otra madrugada aparecieron de la nada los carranclanes decididos a no dejar títere con cabeza, de camino a la capital de la República, donde soñaban con instalar a su Jefe de la Gran Barba Blanca en la silla más alta de la nación, justo la misma donde don Porfirio se había aposentado abollando sus asentaderas por casi cuatro décadas.

Los caminos eran inseguros, los días también. No eran buenos los tiempos, ni siquiera para las dulces hermanas del Verbo Encarnado, que se vieron en un tris de perder su casa solariega a manos de la soldadesca. Los buenos oficios de la superiora, su astucia impagable y sus buenas relaciones con los políticos locales (alguno de los cuales había recluido en aquel reservorio sagrado a una sobrina descarriada), le valieron para que su convento saliera incólume del trance revolucionario.

Sin embargo, las desgracias nunca vienen solas. El año de la paz, cuando los cañones y las carabinas habían dejado de aterrorizar a la población, llegó como un terremoto de proporciones apocalípticas la epidemia de influenza que se conoció como gripe española, insidiosa enfermedad que se llevaba a la gente con la perturbadora simpleza de un catarro que se volvía

pulmonía fulminante en cuestión de días y a veces de horas. La gente más pobre, diezmada por los efectos devastadores de la guerra, padecía ahora el designio exterminador de un Dios demasiado cruel o de ángeles disfrazados de diablos carniceros. Hasta a las venerables hermanas encerradas en la vieja casona de San Pedro Tlaquepaque alcanzó la garra siniestra del mal.

Rosario vio multiplicarse imprevistamente las demandas de sus hermanas. Las noches se le hacían brevísimas y los días más para tratar de atemperar los dolorosos efectos de la epidemia. Hubiera querido tener dos pares de manos y un cuerpo más vigoroso y un sueño más ligero y unas capacidades mayores para entregarse aún más a su tarea. Pero, para su desgracia, comprobó que la muerte no hace excepciones y que a veces la oración no es suficiente para frenar la implacable hoz que cercena las espigas, algunas en plena juventud: varias religiosas, unas jóvenes y no pocas mayores, entre ellas la mismísima madre superiora, sucumbieron al indiscriminado y anónimo castigo. Rosario las asistió a todas en la medida de sus menguadas fuerzas.

El médico le aconsejó descansar, beber mucho líquido, especialmente jugo de naranja y limonada, porque la enfermedad hacía presa más fácilmente de las defensas de su organismo por los suelos. “Esto es como en el Evangelio, hermana, las vírgenes prevenidas se salvan; hay que tener la lamparita bien provista de aceite”, le decía. Rosario entendía sólo un sentido de la frase, pronunciada con una suave ironía que a la novicia se le escamoteaba, preocupada más que todo en ayudar a bien morir a unas y rescatar de las tenazas de la desgracia a las otras. En semejantes trances, estuvo a punto de caer ella también bajo el filo inexorable de la guadaña. La salvó su carácter invencible y las precauciones que supo tomar a tiempo, porque pasó muchas semanas conviviendo con la huesuda, la parca, la calavera de dientes pelones, la catrina que

había retratado un grabador bigotón que pedía y daba posada, según el capricho de su apellido. Al cabo escapó de aquella peste de proporciones universales con su olor medieval, aunque no salió del todo bien librada, pues algunas secuelas quedaron en su debilitado cuerpo: remanentes, huellas, tal vez vivas cicatrices de aquel fuego arrasador enviado desde el purgatorio como una señal ignota o advertencia del día del Juicio Final.

Y finalmente, repuestas sus fuerzas, escampado ya el cielo de aquesas terribles tormentas, las religiosas volvieron a encontrarse en su redil, fieles ovejas, aunque sin pastor visible por lo pronto, pues la muerte de la hermana Felicitas las había dejado temporalmente en la orfandad.

Rosario, que estaba lista para hacer sus votos perpetuos, se resignó a esperar la elección de la nueva superiora. Sin embargo, el destino, adquiriendo la forma humana esmirriada y pálida de su padre, se presentó de manera inopinada, como es propio del destino, como una señal ambigua “en mitad del camino de la vida”.

Hacia los días de Navidad, y quizá para compensarlas de tantas tribulaciones como habían soportado ese año, las hermanas recibieron una honrosa invitación del Arzobispado, firmada de su puño y letra por Su Ilustrísima, el señor Orozco y Jiménez, para asistir al teatro Degollado al concierto con fines de socorro (y mucho necesitaban ellas de socorro en aquel momento) que cada año ofrecía la curia. En esta ocasión se trataba de escuchar a un afamado pianista. Entre los invitados estaría el obispo de Asunción, diócesis vecina que no hacía veinte años todavía era un apéndice de la obesidad del arzobispado jalisciense. Allí, Rosario saludó con una reverencia que ocultaba su rubor y en seguida fue presentada al visitante con estas palabras: “Esta muchacha, señor obispo, salvó la vida de muchas de sus hermanas, es un tesoro de caridad, un ángel entre nosotros”. El señor Ignacio Valdespino, que tal era el

nombre del invitado, sonrió afectuoso y contestó con cortesía: “Ojalá tuviéramos a este ángel en Asunción. Religiosas como usted nos hacen falta allá”.

2

Por ahora, la urgencia de ratificar su vocación queda suspendida. Por ahora, impaciencia de su padre, que la había visitado por la mañana para comunicarle una resolución radical sobre su futuro, ha de esperar. El cansancio de tantas noches sin dormir, velando el insomnio de sus hermanas, importa poco. Los estragos de la Revolución en la ciudad y en el campo, las funestas consecuencias de la epidemia, quedan atrás. Por ahora, todos sus sentidos, su alma entera, han sido raptados por la música. Del piano surgen notas exquisitas, como provenientes de un Paraíso Terrenal en el que ahora parece instalada. Rosario había echado un furtivo vistazo días antes al programa añadido a la invitación, de modo que tuvo la ocasión de asesorarse con su profesor de solfeo, el joven José Salvador, egresado del famoso Conservatorio de las Rosas, quien tenía una buena educación musical además de prestancia y galanura (las novicias anhelaban que llegaran los miércoles y los sábados, que eran los días de clase, sólo por embobarse con sus ojos seductores, su bigote negrísimo, su piocha finisecular, su andar de *flâneur* parisino perdido en las calles señoriales del pueblo de San Pedro). El profesor, que además era un pianista bastante aceptable, le pidió que estuviera muy atenta a la segunda parte del programa: se iba a ejecutar una selección de pasajes de la serie *El clave bien temperado*, del maestro de maestros, el padre de la música, el genio Johann Sebastian Bach, transcritos para piano moderno. Rosario no se había atrevido a preguntar qué era aquello de “bien temperado”, por timidez y por orgullo, pues no deseaba exhibirse como ignorante ante

su maestro. Pero José Salvador advirtió la curiosidad en su mirada cuidadosamente inclinada hacia abajo y la satisfizo sin arrogancia. Con un par de sencillas explicaciones, a Rosario le quedó claro que el clave o clavicordio era un instrumento antiguo, sin la elegancia y majestuosidad algo presuntuosa del piano, del que era evidentemente como un bisabuelo. Y lo de bien temperado... eso era harina de otro costal, “luego te lo explico”, dijo el maestro. Pero esos eran pensamientos previos al concierto. Una vez iniciada la música, Rosario no tuvo lugar en su mente y en su cuerpo sino para asimilar desde lo más profundo aquella imperiosa melodía que se deslizaba como un manantial soberbio, a la vez suave, delicado, juguetón, pero también impetuoso, casi violento en su caída sin fin. Las dos intensas horas del concierto, ella permaneció levitando entre la tierra y el cielo, sin saber bien a bien dónde estaba sentada. No sabía si habitaba en el éter puro o en la cima de un árbol altísimo o al pie de un precipicio. Le pareció que pasaba frente a ella un pantalla colorida de imposibles combinaciones cromáticas: salmón plateado, violeta purpúreo, óxido plomizo. Vagos pensamientos, desasidos del mundo, la envolvían. Por instantes se preguntaba si esto sería un éxtasis. Había leído historias truculentas (que no por algo la superiora censuraba), que describían estados de inconsciencia en que el alma parecía salir de su apretada corsetería corporal (aquellas fajas y vendas tan pegadas al cuerpo, seguramente) para escapar hacia lo alto, buscando el tibio regazo del celestial Amado. Había leído un poco a la santa de Ávila y otro poco al divino Juan de Yepes. Recordó los versos de este último, especialmente los que se habían adherido mejor a su mente: “Salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada”. Y de pronto aquellas palabras cobraron un significado terrenal, tomaron forma y cuerpo, sobre todo cuerpo. Reprimió severamente la imagen que se había colado a su cabeza: era el fino talle de José Salvador y su cara como la de un cromo piadoso pero al mismo tiempo

acariciable y besable, real, tan real que cuando se dio cuenta ya estaba mirando en escorzo a su derecha y allí estaba él. Sólo distinguía su nariz, su bigote y la barba en punta. En ese momento, lo que le pareció increíble, la música cesó. Y fue como salir de un sueño y por unos minutos todavía seguir bajo el influjo magnético de la ficción avasallante de ese sueño. Ella trajo entonces a sus labios, casi en secreto, los versos de Juan de la Cruz (¿santo o poeta?, hombre sobre todo): “Cesó todo y dejeme, dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado”. Se sintió extrañamente exhausta, como si acumulara en ese instante toda la fatiga de los últimos meses. Y quiso salir del teatro sin ser notada, escapar, huir ¿a dónde?

Esta es la parte de la historia que bien podría haber contado el señor Douglas o que se hubiera complacido en contar su hijo Alberto, si no fuera el muchacho más silencioso y retraído de Asunción.

Alberto fue siempre suave de maneras, moderado en todo gesto, temeroso de enfrentar a los demás, de estilo sosegado, parco de palabras, apasionado como el que más pero notablemente hermético, como una ostra en su concha. No se parecía en el carácter a sus padres: ni había heredado la volubilidad de su madre, aquellos extremos de euforia o melancolía que le eran tan conocidos al hijo; ni tampoco la verbosidad alcohólica del padre que tanto lo abrumaba cuando niño.

Había crecido en el inverosímil castillo Douglas, arropado por la abundancia millonaria, criado por su nana Zenaida, quien era visiblemente lo contrario de cualquier nana de novela (especialmente si la comparaba con aquellas negras matronas del profundo sur de Norteamérica). Era una mujer menuda, de piel muy morena, con los rasgos propios de la gente de la hacienda de Pabellón de Hidalgo, donde había crecido; su escasa presencia física la suplía con un vigor fuera de toda proporción y una arrolladora simpatía en el hablar. Zenaida era

nana y doncella y ama de llaves y cocinera a un tiempo, y todo lo hacía bien, sin protestar ni exigir mucho a cambio. Se había encariñado con la familia, sobre todo con el niño Alberto; sus únicos rivales eran los gatos que criaba la dueña de la casa en un desorden vesánico. Zenaida los mantenía a raya mientras no la observara la señora Victoria, soberana de aquel reino.

En las tardes, mientras ella planchaba y almidonaba las camisas del señor Douglas y doblaba cantidades absurdas de ropa de cama, el niño Alberto escuchaba embebido de labios de aquella mujer minúscula historias truculentas y no menos sorprendentes, leyendas consabidas o anécdotas desopilantes. Lo mismo narraba hazañas de insignes bandoleros (su favorito era el famoso Juan Chávez) como si fueran biografías de beatos; o de ilustres personajes como la mujer de don Pedro García Rojas, que conquistó con un beso dado al dictador Santa Anna la independencia del estado. “Imagínate si los de Asunción todavía fuéramos zacatecanos”, opinaba como si tal supuesto significara la peor de las afrentas.

De ella aprendió Alberto el amor por la ciudad. Con ella de la mano, escapaba a escondidas de sus padres, a quienes les parecía de mal gusto que los niños salieran a las calles simplemente a caminar, a disfrutar de una golosina en la plaza de armas o en el jardín de San José. Su hermana Alejandra se quedaba en casa porque tenía clases de piano o de bordado; en cambio él, como varón, gozaba de la oportunidad inigualable de hacer su voluntad. Y su voluntad, a los diez años, era ir por las calles, vigilado no muy de cerca por Zenaida.

Y andar una y otra vez todos los caminos de la ciudad: desde el castillo hacia el poniente por la calle Primo Verdad, que antes se llamó de San Juan de Dios, hasta el Parián a comprar paletas heladas; contemplar largamente el jardín del estudiante, en la explanada del templo de San Diego; chupar una charamusca mientras miraba embelesado la austera fachada del Instituto de Ciencias, donde un día aspiraba a ingresar. Y de regreso por

Pedro Parga, la antigua Apostolado, hasta la confluencia con la ancha calle del Olivo, donde se alza impresionante la cúpula de la iglesia apenas hace unos años terminada y consagrada a San Antonio de Padua, el patrono de las solteronas, al que Zenaida encomendaba cada tercer día su futuro, confiada en su poder de atraer a los hombres cuerdos hacia las redes candorosas de las muchachas mayores de veinte, maduras pero cariñosas, sabias en los secretos de la vida, como ella; no muy agraciadas en verdad, pero fieles y cumplidoras como ninguna.

Otro día, con el pretexto de llevar al niño a confesar en la Catedral o en la Merced, Zenaida aprovechaba para ensayar otra ruta, con un rodeo inexplicable para la geometría mental del señor Douglas, pero en secreto gozado por Alberto, que nunca manifestaba cansancio o disgusto, antes bien una disposición permanente para aquellas aventuras modestas, en gran medida domésticas. Entonces arribaban al centro por la calle Oriente hasta Cinco de Mayo, donde hacían una larga escala porque Zenaida paraba en el mercado principal de la ciudad y aprovechaba para surtir la opípara despensa de los Douglas: frutas de las huertas de Santacruz, verduras frescas, yerbas de olor de toda especie, garbanzos, lentejas, habas, recién desembarcados del tren de Chihuahua.

Desembocaban finalmente en la plaza de armas, rodeaban la catedral y accedían por la señorial calle de la Merced al templo del Rosario, donde piadosamente escuchaban misa y esperaban pacientes a que el más anciano de los sacerdotes se sentara a confesar. “Ni él entiende tus pecados, ni tú te enteras de la penitencia”, le decía con una sonrisa a Alberto, que desde luego se mostraba muy conforme con aquella extraña forma de equidad de culpas y perdones. Cuando regresaban, algo sudorosos pero muy contentos, la nana se dirigía a su patrona con una frase ritual, a medias entre los términos militares y el exceso de confianza con que gustaba de espolear a Victoria Ruiz de Chávez: “Misión cumplida, doña Douglas. Aquí traigo

el mandado y al muchacho limpio de pecado”. “Señora Victoria, no se te olvide”, contestaba maquinalmente, más bien ocupada en su molestia cotidiana ante el atrevido apelativo y sin reparar mayormente en la cara de inocencia angelical con que Alberto se adornaba en tales condiciones.

A los pocos meses de nacido, Alberto Guillermo Jaime Eduardo (que tales eran los predecibles nombres de soberanos ingleses con que su británico padre lo había bautizado, un poco a su pesar, bajo la ley católica imperante en Asunción) había mostrado los primeros síntomas de la desgracia que lo acompañaría toda la vida: el asma.

En los accesos furibundos de la enfermedad, el muchacho encontraba refugio en la nana, mucho más que en los brazos de su madre que se impacientaba muy pronto, perdía el control de sus nervios (lo que es un decir, porque casi nunca lo tenía), y recurría de inmediato al expediente conocido: llamarle al médico Giacinti, a cualquier hora del día o de la noche. El hombre, además de ser un facultativo eficaz, era persona de buenos modales y gran amigo del dueño de la casa, lo que facilitaba las cosas. Acudía pronto, administraba con paciencia los cuidados que el enfermizo Alberto requería y a veces no se retiraba, con ese pretexto, sino a altas horas de la noche, luego de haberse bebido una botella de whisky con el Sr. Douglas mientras jugaban una partida de cartas e intercambiaban lo que ellos llamaban con pompa retórica “noticias del mundo”, aquello que en labios de Zenaida, testigo oficioso de tales escenas, era calificado como simples chismes, de sociedad, pero al fin y al cabo chismes.

Así había crecido Alberto, al que a veces, sólo a veces, cuando se sentía inclinado a un sentimentalismo vergonzante del que luego se arrepentía, su padre podía llamar “Bertie”, recordando al rey Eduardo VII, el hombre más poderoso del planeta, cuyo sobrenombre cariñoso era precisamente ese “Bertie” que la reina Alexandra, su esposa, sorda como era

y tal vez cansada de humillaciones conyugales, repetiría con sarcástica sonrisa a la hora del té con panecillos, delante de los criados y uno que otro entrometido; el mismo “Bertie” con que todas las amantes del príncipe (que se hizo viejo antes de ser rey por el capricho imperial de su madre) lo llamaban desde las sábanas tibias, desde sus cuerpos de seda.

Así había crecido Alberto, receloso del trato inclemente del señor Douglas, el padre que parecía eternamente molesto por la indecorosa enfermedad del hijo. Desconfiado de las palabras de cariño que su madre empleaba ocasionalmente con él, porque sabía que podían convertirse súbitamente en reclamos, en exabruptos, en regaños sin causa, simples muestras de su habitual neurastenia. Amparado en las caricias verbales de su nana, que lo consolaba como nadie en sus prolongadas soledades, que le enseñaba mejor que sus maestros el mundo verdadero que nacía en las calles de la ciudad, tan cercanas al castillo y en apariencia tan ignotas como un reino sólo visible en la fantasía febril de su mente.

Mientras Alberto sufría con resignación los pavores de su adolescencia, levemente prologada por la endeble constitución de su cuerpo, el país emergía de la guerra civil curándose de las peores heridas de su historia. Asunción había atestiguado no sólo el paso de los ejércitos de uno y otro y otro bando, sino la tregua más famosa del conflicto: aquellos meses en que los líderes revolucionarios o sus delegados se sentaron a dialogar bajo los arcos y el cielorraso afrancesado del Teatro Morelos. Días de gloria para la ciudad: días bullangueros para los pobres que sólo asistían de oídas y de lejos a los preclaros acontecimientos; días de ideas y palabras, de muchas palabras, para los protagonistas; días decisivos para la patria que atestiguaron los que quisieron, los más enterados, los que tomaron partido, los esperanzados de la paz.

El joven Alberto vio aplazarse sus intenciones de ingresar al Instituto de Ciencias por varios años, mientras el venerable

centro de saber se mantuvo cerrado con motivo de la contienda armada. Finalmente, al término de la refriega, victorioso ya el Ejército Constitucionalista y con el prohombre de la lengua barba en el poder, las escuelas públicas y privadas reabrieron sus puertas y el joven heredero Douglas vio colmado su anhelo de estudiar. Quería llegar a ser ingeniero de minas, aunque su padre lo había desilusionado tajantemente con la más convincente y atroz de las razones: “Un asmático nunca podrá entrar a una mina, *stupid boy*”.

Quizá por debilidad de carácter no se atrevió a contradecir a su padre ni a plantear alternativa. Simplemente dejó que las cosas ocurrieran. Asistía emocionado a las clases de preceptiva literaria que obsequiaba la famosa maestra Adelina Alcalá, descendiente de grandes educadores y abogados. Allí aprendió a medir versos, a escribir con alguna pulcritud, a fantasear con endecasílabos que practicaba un poco a escondidas, sin tener mayor pericia ni musa del día que pudiera dictárselos a su imaginación. Allí supo, eso sí, disfrutar la lectura de aquellos autores clásicos del siglo de oro español que lo enamoraron con sus sonetos perfectos, enigmáticos, sonoros; tan fáciles de memorizar que se le quedaban marcados como tatuajes en el corazón.

A la postre discurrió que quería ser abogado, pues su padre podría necesitar un apoderado en sus empresas. “Para eso tenemos a Westrup”, le contestó el señor Douglas, algo contrariado por la decisión del hijo, a quien no le veía madera para los profesiones liberales. Pero como en otra ocasión dio en decir que había sentido un llamado misterioso que lo invitaba a la vida religiosa, su padre se alarmó (“Lo que nos faltaba: sotanas en la casa”, fue su reacción inmediata) y prestamente se las ingenió para persuadirlo de nuevo de que el estudio del Derecho era la mejor opción. Por ello, preparó todo para enviarlo a San Luis Potosí, donde tenía algunos amigos que podrían facilitarle las cosas. En realidad, Alberto no estaba

muy convencido de que salir de su ciudad fuese lo mejor. Tal vez por ello, por la abrumadora nostalgia que lo invadió desde los primeros días, no pudo soportar más de dos meses en la ciudad vecina. Regresó con el pretexto de un severo ataque de asma. El señor Douglas, molesto, lo envió al consultorio de Giacinti. “Ya eres un hombre, ve tú mismo, no esperes a que lo llame”.

Esa fue la ocasión que cambió su vida.

Si su padre había creído que lo castigaba por enviarlo caminando al consultorio del médico, se equivocaba, pues ya sabemos el gusto especial que Alberto había adquirido desde niño por recorrer las calles de Asunción al revés y al derecho. De modo que, pese a su estado de salud (en realidad no era sino una proyección de su melancolía pertinaz), anduvo gustoso las cuadras que separaban al castillo Douglas de la casa y consultorio del doctor Giacinti, situada sobre la calle del Centenario.

Deliberadamente, Alberto siguió la ruta más larga, para detenerse en la contemplación de jardines o fachadas de iglesias o magníficos pórticos de casas solariegas por cuyos cancelos entreabiertos algunas veces podía asomarse y ver los patios adornados con macetones de malvas o geranios o admirar las bugambilias de ardiente color fucsia que trepaban los altos muros encalados. Era un placer que el muchacho sabía dosificar, por eso caminaba con lentitud para lograr aquel efecto teatral de artista o vagabundo francés, directamente extraído de “La Bohème”; envuelto el cuello en una cálida bufanda de lana o en fino gazaré de seda, de los que su padre encargaba a la tienda El Palacio de Hierro de la capital; tocada su cabeza con una gorra a juego con la bufanda, el chaleco de paño inglés y el pantalón de *tweed* perfectamente planchado por Zenaida.

Así iba por las calles “el hijo del gringo”, como lo apodaban las criadas, los lecheros y los panaderos con quienes se cruzaba

en sus andanzas mañaneras. A su paso, solía concitar miradas burlonas porque además de su figura pulcra y atildada, su notoria elegancia (sólo le faltaba usar el bastón tutelar de su padre para parecer un perfecto *dandy*, un bardo como aquel Gutiérrez Nájera que enamoraba a las costureras de la calle Plateros en tiempos de don Porfirio) y su aire desprotegido, había adquirido la costumbre “heroicamente insana de hablar solo”, como dijera Ramón, un muchacho de Jerez, poeta él, que también había vagabundeadado por estas mismas calles tres lustros atrás.

La casa del doctor Giacinti era un resumen de la mediana opulencia en que vivían los pocos profesionistas liberales de Asunción. Casa antigua, con un ancho zaguán, un cancel de vidrio emplomado, un claustro interior con fuente al centro, patios y traspatios casi siempre embellecidos con macetas de todo género, especialmente de aquellas que la voz popular designaba como “de espejitos”, porque al recipiente de barro lo cubrían con una capa de pintura blanca y sobre ésta un sinnúmero de recortes de espejo que reproducían la luz del sol fragmentada en mil prismas.

El despacho y consultorio del médico ocupaban el recibidor principal, cuya ventana enrejada daba a la calle del Centenario. Alberto suponía que el médico despachaba solo, pero se llevó gran sorpresa al encontrarse con una pequeña sala de espera, detrás de la cual, biombo mediante, Giacinti recibía a sus pacientes; y apenas trasponiendo la puerta, sentada frente a él, estaba la mujer que desde ese día le sustrajo la respiración, le desordenó el ritmo cardíaco, se metió por su pecho hacia su corazón como un truhán armado, se apoderó de sus pensamientos, se adhirió a su mirada, se adueñó con alevosía y ventaja de su existencia.

Desde ese momento guardó en su memoria la imagen de la muchacha según aparecería tiempo después en la fotografía de estudio que le hizo el maestro José Villalobos (y que yo puedo

ver y volver a ver porque la tengo encima de mi escritorio): un rostro delicado, de suaves líneas perfectas; su blanquísima piel con la lozanía de la azucena que adorna los altares en el mes de mayo; ojos profundos, de mirar apacible, misericordiosos, azules hasta el delirio; el cabello casi rubio recogido en la nuca cae discretamente en un flequillo sobre la mitad derecha de su frente; los labios apenas coloreados trazan una herida leve en el rostro; las cejas son dos horizontes ligeramente curvos que mantienen cautiva la mirada. Sus pechos se ocultan con pudor, siguiendo la costumbre más bien cursi y muy *fin de siècle* del fotógrafo: en su lugar aparece un ramillete de rosas, algo desenfocadas, que no añade nada, sino que en todo caso roba naturalidad al retrato. Pero esto lo miro yo ahora, Alberto tendría un recuerdo más vívido, más carnal de aquellos pechos.

Se llamaba María Antonia del Rosario. Era mi tía buela. El prevenido lector la conoce ya.

3

Años atrás, años después, por ahora no importa cuándo, mientras ella esperaba, con valentía desusada en otros, ver de frente el ignorado rostro de la muerte; ya serena en la batalla final, confortada con los cercanos auxilios que le prodigaba su confesor, apenas aligerados los terribles dolores gracias a las inyecciones de morfina que le administraba el doctor Giacinti, Rosario se aferraba a la vida como se aferraban sus manos a los barrotes de la cama. En tanto Alberto, su marido, no se apartaba de ella, confundido, nervioso y sobre todo triste, infinitamente triste desde que el médico había diagnosticado el mal incurable, el carcinoma fatal que la invadía poco a poco, avanzando desde el cuello de la matriz hacia sus entrañas, succionándole la sangre y la vida como un monstruo abominable alojado ahí por el designio oscuro de un Dios

cruel que vengaba en ella, cándida rosa, azucena purísima, las afrentas que otros multiplicaban contra Él, sobre todo en estos tiempos de dura persecución contra su Iglesia y los creyentes. Alberto la tomaba de la mano y contemplaba arrobado aquel rostro que rápidamente había dejado de tener el color entre rosa y azucena (pensaba vagamente en la metáfora de Garcilaso que había memorizado) para convertirse en palidez de cera y ansiaba poder insuflarle aliento con sus pulmones de asmático aunque reventaran, pero la rosa en las mejillas de Rosario se marchitaba velozmente como si el tiempo se redujera a las horas de una tarde agonizante, cuando el amor recorre los cuerpos que se reúnen en una sola forma durante un efímero crepúsculo azul-rosado, a los minutos de una hora consumida entre suspiros de enamorados, a los segundos de un minuto en que unos labios se pegan a otros labios, a las fracciones de un segundo que ya no alcanza ni para decir adiós-amor-nomeolvides. El tiempo airado (otra vez Garcilaso en su voz, usurpando las propias palabras), el tiempo tirano, el ingobernable tiempo de la vida que se iba, le estaba robando a Rosario. Y Alberto, que de suyo era un hombre menguado de ánimo por la enfermedad, se sentía absolutamente inerme para enfrentar el tamaño de su desgracia. En sus palabras rotas, casi sordas por inaudibles, Rosario, que apretaba la mano de su marido hasta casi hacerlo sangrar, volvía una y otra vez, como si fuera el estribillo de un canto de iglesia, de los muchos que recordaba, a pronunciar aquellas palabras que el hombre no comprendía muy bien porque no recordaba que ella las hubiera dicho antes. “Toca *el clave bien temperado*”: esas eran o parecían ser las palabras. El muchacho supuso que se trataba de un disco y entonces corrió a buscar en el gran armario de la sala donde su madre guardaba aquellos acetatos que reproducían maravillosamente la música girando a diez y seis revoluciones por minuto en el gramófono. Desesperado por no encontrar aquel título, regresó al lecho que fue sede del

amor ahora convertido en potro de tormento, pero ella sólo lo miraba sonriendo como diciéndole “no te preocupes, no entiendes” y como pensando “mejor que no entiendas”. Nadie, ni su padre, ni su madre o sus hermanos, que estaban también allí, viéndola consumirse como una vela cada vez más esperma y menos llama, ni siquiera ellos podrían saber a qué se refería: si deseaba tan sólo escuchar una música (tal vez fuera eso) o que el marido interpretara esa música (cosa imposible pues él no sabía tocar ni una nota) o que otro hombre (un pianista aceptable quizá) tocara aquella música sólo para sus oídos, antes de morir, para construir entre ella y el otro mundo un puente sólido que le franqueara el paso y le impidiera caer al abismo de la nada. En esos momentos, ya los últimos, no quiso mirar a su hijo por última vez: el niño no cumplía aún dos años, era demasiado pequeño para tragar una medicina tan amarga. Ella contemplaba a su marido como una *madonna*, lo amaba como cristiana que era, como amaba a sus enfermos desahuciados, pero hubiera querido tener junto a ella en el lecho del dolor, entre las sábanas mortales, al único ser que alguna vez había deseado de verdad y cuyo nombre no se atrevió a pronunciar jamás, cuyo paradero nunca pudo averiguar. Ella repitió las palabras, como un ensalmo. Alberto creyó que pedía una vez más el disco y le preguntó sin proponérselo: “¿dónde?” Y ella, casi vencida pero con un destello de ansiedad mordándole los labios, con la muerte a punto de ahogarla en estertores, se quedó mirando fijamente a todos y apenas alcanzó a decir, en un hilo de voz que pareció un espejo a punto de romperse: ¿dónde?

Como bien habrá advertido el lector perspicaz, la última parte de esta historia sólo puedo contarla yo. Los testigos murieron hace muchos años llevándose a la tumba secretos y verdades y mentiras. Pero los descendientes de aquel cruce de apellidos, no tan desigual como pudiera pensarse, estamos aquí todavía

para no dejar que la memoria se nos escape entre los dedos como el humo de un cigarrillo a medio fumar en el aire del tiempo.

Alberto Douglas cortejó asiduamente a mi tía abuela durante meses, todos los días al caer la tarde, pues era la única hora en que el férreo celo de sus padres le permitía hablar a solas con él, en el zaguán de la casa. Por aquellos años, según me contaban, mi abuelo y su suegro habían adquirido una casa de propiedad mancomunada en el barrio de Triana, calle de la Aurora, a menos de una cuadra del templo parroquial. Siendo niño, yo también viví en esa enorme casa, angosta en su fachada pero larguísima hacia el fondo y ensanchada a medida que uno trasponía los patios y llegaba al corral donde el abuelo, como hombre de campo que era, criaba gallinas ponedoras y cluecas y a veces incluso cerdos. La barda trasera de la casa daba a la calle que yo conocí como Abasolo, justo donde nace el exótico bastón de la Alegría, que así bautizaron los optimistas del siglo viejo a esa calle (como a otra llamaron, obcecados, de la Fortuna).

En esa casa vivían, acomodados en multitud de cuartos, los abuelos de Rosario, sus padres y hermanos, además de mis propios abuelos y sus hijos todavía solteros, entre ellos Pepe, de quien heredé el apellido, la calvicie prematura que me aqueja desde mis veinte años y quizá el afán cada vez más acusado por contar historias.

Alberto caminaba, por no hacer mudanza en su costumbre, todos los días, desde su casa hasta Triana (digamos del castillo a la aldea). El trayecto, que ordinariamente podría llevarle quince o veinte minutos, lo hacía en el doble de tiempo, en parte porque siempre salía con exceso de anticipación, dada su naturaleza aprensiva, en parte por el deleitoso vicio de mirar, detenerse en las esquinas, lucir su sombrero nuevo (un elegante tirolés de paño gris Oxford) a tono con el terno invernal (aunque hiciera el calor bochornoso de la primavera).

Le gustaba llegar por la calle de Washington, pero a veces elegía la de Colón, que lo llevaba una cuadra más lejos pero le daba la satisfacción de entrar a la calle ancha de la Asamblea, justo por el angosto callejón denominado Minerva y cruzar por el costado de la parroquia, pasar enfrente del jardín, esquivar miradas de las parejas que se entretenían con el canto de los pájaros mientras llegaba la hora en que podían besarse sin mayor recato, amparados en las sombras profundas mal combatidas por el alumbrado público. Él pasaba raudo porque estaba ya a unos pasos de la casa de Rosario.

Los padres de Alberto habían puesto toda clase de reparos a la muchacha por puro orgullo, por un sentido algo absurdo de las diferencias sociales; orgullo que se volvería cada vez más absurdo a medida que fueran pasando la vergüenza de ver a sus descendientes caer en ciertos abismos, abolidas las convenciones que tanto preocupaban a la señora Douglas, que verdaderamente se creía una reina Victoria y a su hijo un príncipe Alberto, a punto de malbaratar el trono, el cetro, la fortuna. “Es tan apocado el pobre que nunca sería capaz de encontrar a la princesa que merece”, le decía a su marido en tono de reproche dirigido más al padre que al propio hijo.

En cambio, los padres de Rosario, campesinos jaliscienses convertidos en prósperos comerciantes del mesón de Jesús, también orgullosos de sus apellidos, de su lejano pasado español y falsamente pregoneros de sangre francesa en sus venas (lo que era imposible de comprobar y, por lo demás, el sólo suponerlo echaba un manto de ignominia sobre las abuelas y bisabuelas que según tal leyenda debieron sucumbir en tiempos de la Intervención ante el asedio viril de los invasores), no tuvieron empacho en prohijar la relación, eso sí resguardando celosamente las fronteras de la decencia, alentando a la ex religiosa, franqueándole a la pareja de novios un camino florido hacia el altar.

Rosario aceptó el cortejo con humildad, como si se tratara de una más de las órdenes que estaba acostumbrada a obedecer en el claustro. Desde el momento en que Alberto apareció con su palidez de santo de iglesia en el consultorio de Giacinti, ella había percibido alrededor de su cabeza el aura de la desgracia. Quizá fue por ello que lo aceptó como un encargo divino, como un misterio incomprensible que se acata sin chistar, así como lo hiciera María, la inmaculada, ante la visita del ángel.

Se casaron en el templo del Cristo Negro, a pesar de que los Douglas querían el fasto de la catedral, el báculo del obispo, el boato que exigía su adinerada posición. Se impusieron, sin embargo, los padres de la novia con prudencia. Preferían la discreción de su barrio. Por esos meses soplaban vientos aciagos para la iglesia, pues ya se barruntaba el estallido de la Revolución Cristera que tantas heridas causaría entre la población acendradamente religiosa de Asunción. El obispo se hallaba en el extranjero y fue su vicario, el canónigo López y González, luego convertido en obispo sucesor, quien como amigo de la familia y confesor de la novia presidió el acto solemne un mediodía de octubre, el día de Santa Teresa, como para honrar a aquella portentosa mujer, cuyo *Castillo interior* era el libro de cabecera de Rosario.

Ella se comportó desde un principio como una enfermera con un paciente delicado al que hay que prodigar hasta los mínimos cuidados. Consideraba a Alberto su caso más difícil porque su salud de cristal podría quebrarse entre sus manos si se desentendía tan sólo un segundo. Probablemente no lo amaba entonces ni lo amaría jamás, ni siquiera cuando quedó embarazada y perdió en abortos dolorosos a sus dos primeros hijos ni tampoco al lograr por fin que sobreviviera el último, Eduardo, luego de un parto igualmente azaroso.

Nunca fue dichosa encerrada en aquel castillo, hubiera preferido la sencillez de su cuarto, compartido con su hermana María de los Dolores. Hubiera preferido seguir al lado del

doctor Giacinti como enfermera, batiéndose a diario contra los efectos espantosos del tiempo. Ahora el médico la trataba con deferencia y cortesías que a ella le incomodaban. Por qué la saludaba con aquel “¿cómo está, señora?”, extraído de un manual de buenos modales y besaba su mano como caballero antiguo, en vez de la afable condescendencia con que la trataba antes, cuando él mismo reconocía su pericia profesional como si confraternizara con una colega. ¿Hubiera preferido seguir soltera o esperar a un hombre que verdaderamente la amara? No hizo su voluntad sino la del Señor, pero no estaba tan segura de sus buenas intenciones. Era demasiada soberbia considerar el castillo de los Douglas como su propio Huerto de los Olivos.

Su único acto de rebeldía consistió en dejarse vencer por la muerte antes que seguir cuidando al único paciente que le había quedado al casarse: su marido. Y murió sin saber que el hombre que un día soñó poder amar vivía también en Asunción y estaba cerca de ella, incluso allí, en su lecho de muerte, tocando el piano, ayudándole a bien morir con las notas de Bach: *El clave bien temperado*. Murió Rosario presa de los horrores del cáncer y no tuvo quién heredara sus virtudes estoicas: su hijo fue siempre y en todo un Douglas. Alberto se fue dejando morir en los siguientes años: el médico Giacinti pronosticó finalmente el paro respiratorio, luego de una larga etapa de melancolía, esa forma de la abulia, de la muerte en vida que hoy llaman depresión.

Mi tía abuela murió sin ver nuevamente a su maestro de solfeo, José Salvador. Era el maestro cantor de la parroquia del Cristo Negro por los años en que yo viví en la casa de mis abuelos, calle de la Aurora, que ya por entonces se llamaba Leona Vicario. Murió hace tiempo, estragado por la diabetes, casi ciego, sin una enfermera amorosa que velara sus débiles sueños. Hasta sus últimos días habitó una casa arruinada de la calle Díaz de León (que Alberto Douglas conoció siempre como Washington). Una de sus nietas se llama como la santa

patrona de los músicos. Me casé con ella. Tenemos dos hijos que no se llaman Alberto ni Rosario.

A estas alturas, el curioso lector seguramente sabe más que yo de esta historia. Y es que en Asunción los tiempos se tocan en círculos concéntricos, las vidas se cruzan, los hechos se repiten, se confunden. La Historia de la ciudad es una dilatada metáfora que alude simultáneamente a las historias mínimas de sus moradores: historias de amores desolados y desiguales como el de Rosario y Alberto; historias crueles y violentas o tristes (que huelen a naftalina, si es que alguien hoy todavía recuerda a qué huele la naftalina); historias azules o moradas, teñidas por la nostalgia, historias en que todo se muere, se mueren las casas antiguas (la de mis abuelos es hoy una escuela), se mueren las personas, mueren los nombres ingenuos de las calles y mueren los tiempos viejos.

Y aquella ciudad que conocieron nuestros abuelos y la que nosotros recorrimos cuando niños ha dejado de ser, o se ha transformado tanto que sería irreconocible, o es otra la ciudad que ahora palpita y solamente ha habido un cambio de personajes sobre un escenario en apariencia fijo. La memoria de Asunción quedó atrapada en palabras. Hoy es una ciudad de papel, hecha con los relatos de los sobrevivientes. Asunción sólo revive si la imaginamos, si la soñamos, si la nombramos.

Aguascalientes, Asunción, 2004-2006.
En recuerdo de mis abuelos José y María Dolores.

PARTITURAS
DEL ÍNTIMO
DECORO

Primera edición 2011

Primera edición 2015 (versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo
del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.